

MANUEL



TERESA CEREZALES PEREZ

ÍNDICE

1. CENTENARIO	pág. 1
2. VILLANUEVA	pág. 15
3. APRENDIZ	pág. 35
4. OLIMPIA	pág. 49
5. TRABAJO Y AHORRO	pág. 79
6. CARPINTERO AVENTURERO	pág. 93
7. DE CUIDARSE A CUIDADOR	pág. 119
8. DUELO	pág. 151
9. ENSEÑANZAS	pág. 183
10. CABREADO, RESIGNADO, AGRADECIDO	pág. 187

1.

CENTENARIO

El sol de otoño entra por la ventana de la salita y mientras leo Patria de Fernando Aramburu, Manuel ojea el suplemento de los jueves del ABC.

- Habla aquí de la “atanasia” ...

- ¿De qué...? Tengo que hablar alto porque me empieza a fallar el oído, pero papá ya está “como una tapia”.

- De la atanasia.

Cuando me acerco, porque no comprendo lo que me quiere decir, veo que el artículo se titula “A favor de la eutanasia” del sacerdote Carlos Pérez Laporta. Me sorprende, más que el titular en ese periódico concreto, la pregunta abierta, clara y contundente.

- ¡Ah, la eutanasia! Le digo.

Pasan un par de minutos, ahora todo va a cámara lenta, e insiste.

- ¿Qué es?

Me quedo un poco bloqueada... Cómo contestarle sin molestar a su clara inteligencia de cien años. Hace unos meses estuvo bastante enfermo por una infección respiratoria que no era COVID, que lamentablemente es tan habitual en estos últimos dos años, sino posiblemente una neumonía como las de siempre. Se negó a que le hospitalizaran y lo cuidamos en casa. Cuando se sintió al límite de sus fuerzas, no dudaba en decirnos que todo tendría arreglo con “la pastilla de Pedro Sánchez”. Incluso se lo comentó a su médico de familia cuando venía a ver cómo seguía... “¡Señor Manuel no diga tonterías!”.

Inicio una “explicación” torpe y a voces...

- Ya sabes... cuando alguien está muy malito... y tiene muchos dolores...

No me deja continuar.

- Bueno si es con la ley, está bien.

Y siguió leyendo los titulares, porque la letra pequeña le aburre.



Le gusta estar informado de lo que pasa en general. Hace mucho que no oye la radio porque no pudo acostumbrarse a los audífonos, “me resuenan en la cabeza” decía cuando los usaba. Pone la televisión de vez en cuando, aunque se lía con el mando; lee los subtítulos del Telediario y ve su programa favorito, el “Pasapalabra”, más que por las definiciones, por la competición: “¿Cuántas “rubias” sacó? ¿Quién ganó hoy? ¿Por cuántas?”

Manuel lo cuenta casi todo: las vueltas que da por casa con el andador; antes contaba las vueltas en la calle, cuatrocientos pasos ida y vuelta; los cinco cucharones de sopa; los cuatro bizcochos Noel... y especialmente las cartas cuando juega a la Brisca con nosotros o con la tía Rosalía. Manuel gana casi todas las partidas, porque calcula los puntos en juego, los suyos y los del contrincante; y aún planea estrategias.

Hace unos días cumplió los cien años, “¡Ni se os ocurra hacerme nada!”. Buena bronca se llevó Manoli, mi hermana, porque le compró un chaleco: “¡Ya tengo uno! no lo ves!”. Sus nietos Alberto y Pedro, junto con mi nuera Cristina; y sus tres bisnietos: Nacho, Martina y Miriam le mandaron un vídeo precioso de felicitación “¡Las cosas que hay ahora!”. Los seis más próximos nos juntamos para tomar un café y soplar las velas de una sencilla tarta casera. Al final, estuvo tranquilo y contento, “¡El mejor regalo!”. Comprendimos que, a veces las fiestas a los centenarios no siempre son para los protagonistas; en ellas se sienten agobiados, fuera de sus rutinas y espacios habituales.

La vida actual de Manuel es todo tranquilidad, rutinas y cuidados cariñosos, muy diferente a sus años anteriores. Porque, aunque se jubiló a los sesenta y cinco años, no paró de trabajar hasta pasados los noventa y cinco, cuando apagó definitivamente las máquinas de su carpintería.



Pasa las noches un poco angustiado por los recuerdos, los sueños no siempre agradables, el levantarse cada dos o tres horas para usar la vieja “bacinilla”, las molestias en la garganta que le obligan a chupar una pastilla o los gases “¡estos malditos gases!” de los que se queja en todas las consultas médicas (aunque el facultativo que tenga enfrente sea el urólogo o el dermatólogo) ... que le tienen incómodo. Mamá siempre decía: “Vuestro padre no quiere tener nada”. Una de las famosas frases de Manuel, que ahora usamos los de casa, era: “Parece que me quiere doler la cabeza”, cuando se empiezan a notar síntomas. Por eso se ha cuidado toda su vida, no con obsesión sino con dedicación, y ha aprendido a escuchar a su cuerpo e

identificar lo que le sienta bien y lo que no. Sé que agradece que pasemos a lo largo de la noche a ver cómo está, aunque tiene un timbre conectado con una alarma que suena donde estemos, por si necesita algo. Le vaciamos la bacinilla y le rellenamos el vaso de agua. Escuchamos como duerme plácidamente, tan suave es su respiración que a veces nos preocupa y nos tenemos que acercar para asegurarnos de que está bien.

Sobre las ocho y media de la mañana pasamos a darle los buenos días, subirle la persiana e informarle del tiempo. Pide su dentadura postiza, si se la quitó la noche anterior, y el desayuno. Se lo llevamos en una bandeja con patas que se apoya en la cama: café con leche y bizcochos. A veces es él quien nos recuerda “¡la pastilla!”, la única que toma de forma sistemática desde hace más de veinte años, para mejorar el funcionamiento de la próstata,

Su jornada matinal transcurre en la cama y como es articulada, la va cambiando de posición a su voluntad: sentado para observar el tiempo, las nubes y los picos de las montañas lejanas de la sierra de Ferradillo; recostado para desconectar o meditar; y tumbado de vez en cuando para dormir a ratos y “relajar la columna”. Sólo hace un alto sobre las once de la mañana para ir al baño con ayuda del andador. Se asea y a veces se afeita, sin ayuda, con su vieja máquina eléctrica. Da unas vueltas por la casa con el andador, que no empezó a usar hasta después de una caída en noviembre de 2021. Después vuelve a la cama hasta que se mentaliza para levantarse.

No da ningún trabajo en toda la mañana. Sólo nos acercamos de vez en cuando para ver cómo está...casi siempre relajado y tranquilo. Si está despierto le comentamos algún suceso del barrio, los saludos o abrazos que le mandan los familiares, amigos o vecinos, todos le tienen un cariño especial por cómo se portó con todo el mundo a lo largo de su vida. Le faltaba tiempo para ir a ayudar a Crespo en un trabajo, o arreglar una gotera en el tejado de Pastora, poner una cerradura en una puerta de la casa de Mirce, hacer un banco o una mesa para... siempre con una alegría y entrega excepcionales. Sólo Olimpia, su esposa y nuestra madre, se quejaba de que no era así también para casa. Cerca de los años noventa empezó a preocuparse y hacer más trabajos para su propia casa y familia cercana.

Cuando se levanta de la cama sobre la una y media o dos menos cuarto, se viste casi sólo, aunque los calcetines tienen que ser viejos y amplios. Necesita ayuda para ponerse la parte de arriba: camisa, chaqueta o chaleco. Da otras ocho o diez vueltas con el andador por el comedor de su casa, ya tiene apartado del circuito todo lo que le puede molestar. Después de tomar un vaso de agua con un reconstituyente neurológico continúa sus ejercicios matutinos de unos quince minutos de actividad con los pedales, que ha encajado entre los muebles de la salita para que no se muevan.



Todo tiene que estar en su lugar para que el entorno sea conocido o predecible. Si le cambias la chaqueta de lugar, en cualquier momento volverá al sitio que él había elegido. Así que la casa y todo lo que hay dentro está exactamente donde él quiere que esté para sus actividades rutinarias.

Aunque se queja porque “se limpia demasiado”, nunca lo hace por la elaboración de la comida. Visita de vez en cuando la cocina “para picar algo”: trocitos de cecina o jamón serrano, lo que más le gusta. Mientras preparamos la comida suele estar sentado en el sofá del comedor desde donde controla, a través de los ventanales, lo que pasa en la calle. Aún tiene curiosidad por muchas cosas, personas y situaciones. “Lelo y Charo, los vecinos sacaron el coche, hace días que no los veía”. “Me saludaron Josefina y Ramón “. “Pasó Gaspar para la huerta, luego fue Carolina”

Desde hace más de un año sólo toma sopa de primer plato, de carne que está hecho con pollo, hueso de

ternera, algún trocito de pata de cerdo...; o de pescado con espinas de merluza, cabeza de rape, un trozo de congrio, cáscaras de langostinos; y ambos, siempre, con verduras: zanahorias, calabaza, calabacín, puerro... Todo triturado y con unas cucharadas de sémola o de tapioca.

Es Mari Paz, la persona que nos ayuda en casa desde hace años, la que se las prepara siempre de la misma manera, y le sirve en el plato la misma cantidad, cinco cucharones. Excepcionalmente en invierno, puede tomar caldo de nabicol con un poco de lacón. De segundo plato o come las partes más blandas de lo cocido en la sopa, o un poco de pescado rebozado o a la plancha, una trucha pequeña o una tortilla francesa, a veces con trocitos de langostinos o espinacas. Completa el menú con una ensalada hecha con un poco de aguacate acompañado de mango y unas aceitunas. Siempre deja pasar unos minutos desde que se le pone el plato de sopa en la mesa, “para que enfríe”.

Tarda más de veinte minutos en comer y deja los platos limpios, sin rastro; y si por casualidad hay huesos o espinas, estos quedan completamente limpios. Ya no come pan, y bebe agua sólo cuando se lo recordamos, o tiene que tomar alguna medicina.



tanto limpiar!”. Por eso desde entonces procuramos dejar sus listas tal y como él quiere. Su capacidad intelectual es muy buena, está atento a todo, quiere saber de todo y recuerda todo. Es él quien nos recuerda la medicación, o nos dice el nombre de la hija de una vecina que preguntó por su salud. Calcula si la bandeja del desayuno no está a nivel y protesta, o se cabrea si al manejar el mando de la tele se bloquea y no sale la cadena que quiere. Todos los domingos por la mañana está pendiente de que Pedro, su nieto mayor, le llame por teléfono. Le queda muy agradecido, aunque sólo capte algunas palabras de lo que le dice.

Sobre las tres y media se tumba en el sofá del comedor donde hace la siesta, “tapadito”, aunque sea verano y haya buena temperatura. Últimamente tiene que pedir ayuda para cubrirse con la manta, porque su capacidad de movimientos no le permite hacerlo solo. En invierno siempre le acercamos una bolsa con semillas, que se calienta en el microondas, le ayuda a mantener una temperatura agradable.

En torno a las cinco de la tarde empieza a leer los periódicos: el ABC y la Crónica de León que le trae Carlos, mi marido y su yerno. Cuando nosotros estamos en Madrid para visitar a hijos y nietos, es mi hermana quien le compra El País, por cambiar enfoques. Mi hijo Alberto, bromeaba diciendo que con estos cambios de prensa no va a saber en qué país vive.

A veces, se pasa al sillón orejero de la salita donde suele haber más luz porque da al sur. Se niega a encender la

lámpara, “¡Para qué! Sólo leo las letras grandes”. Selecciona los temas de lectura: especialmente los titulares o noticias sobre la gente mayor y sobre la vida en los pueblos. No pierde el tiempo, pasa a lo que le interesa.

Hacia las seis vuelve a dar diez o doce vueltas al comedor, va al aseo y se pone otra vez a pedalear mientras mira la tele. Aunque no hace mucho caso a los programas, le gusta que estén los de divulgación de la dos, la cuatro o la sexta. Si sale algo que le importa, se para y lee los subtítulos. Pocas veces hace comentarios, desde su sabiduría de cien años y con todo lo vivido, sólo algunos hechos tienen para él realmente importancia.

Espera con interés la llegada de la tía Rosalía, su cuñada, que con ochenta y siete años es la persona que le conecta con el pasado y el presente. Hablan de lo que les pasa a los familiares y conocidos del barrio, de los males y síntomas de sus enfermedades, de los gastos que tienen, de los que hacen en el día a día. Rosalía ya tiene que dejar de trabajar en la huerta, le cuenta que el otro día se llevó un buen disgusto porque el perro de un vecino le mató cuatro gallinas. Ahora Manuel se queda sin la docena de huevos que le compraba de vez en cuando, siendo capaz de pagarle con las monedas de su viejo “cartero”, pasando un rato contando céntimos y euros. Hasta hace unos meses él preparaba el café para los dos, pero ahora es Rosalía quien lo hace. Se lo toman antes de la partida de cartas, Manuel con leche y sus bizcochos y ella café solo con una pasta. El juego de la Brisca puede durar más de una hora y siempre es reñido. A veces la “lían” un poco y

sospechamos de vez en cuando intentan hacerse trampas, y se pican entre ellos. Anotan sus puntos en una misma hoja hasta que está toda ocupada, solo usan o gastan lo imprescindible; y no sólo en papel. Manuel habrá ganado el sesenta por ciento de las partidas, si se hace un cálculo aproximado para los dos años que llevan jugando. Lo que cabrea bastante a la tía, que se sorprende cada día de ver cómo sin haber jugado mucho a lo largo de su vida, ahora es capaz de controlar y contar “sus puntos y los míos”.

Después ven juntos el Pasapalabra y cuando empieza el Telediario, Rosalía le abre el bote de un concentrado de proteínas para adultos, que será la cena de Manuel. Se despiden hasta el día siguiente, él le desea que duerma bien y que vuelva. Todos los días la recibe con un “¡Bienvenida Rosalía!”.



Siempre le acompañamos una de las dos hijas hasta las diez y media u once de la noche, vemos la televisión o leemos mientras él reza sus oraciones porque “respuesta a toda la familia” y reflexiona, sin hacer comentarios, o hace

meditación, sin saberlo, hasta que decide acostarse. Sólo tenemos que acercarle un vaso de agua con Movicol para que beba por la noche; y asegurarnos que están a su alcance, en la mesilla de noche, sus pastillas de Aerored, “para los malditos gases” y las Juanolas de miel, limón y propóleo para la garganta, que se le seca y le hace pasar mal rato. Le colocamos la cama articulada un poco levantada por la parte de la cabeza, para que respire mejor y otro poco levantada por los pies para mejorar la circulación. Cuando hace frío le acercamos su bolsa de semillas calentada en el microondas. Así se queda, aparentemente tranquilo, pero esperando a las sombras inquietantes de la noche que a veces le perturban... por tanto vivido, por tanto luchado, por tanto logrado... y con toda la memoria intacta.

Una de sus reflexiones preferidas, que comparte con todos los que le visitan, es: “¡Se acabó el paisano!”. Creemos que lo dice para que la persona que le escucha proteste e insista: ¡Pero Manuel, con lo bien que está para su edad! ¡Firmaríamos todos el estar con su cabeza y sin dolor! ¡No se puede quejar!

En esta etapa de su vida, papá manifiesta un sentido especial, el de compensación y equilibrio de su cuerpo y su mente. Esto ocurre a través de diversas sensaciones internas o propioceptivas, que le ayudan a identificar todo aquello que le puede dañar (actividades, bebidas, sueño, comidas, descanso, medicinas, conversaciones, relaciones...). Por eso, hace sólo lo que quiere y considera bueno para él; bebe agua o leche con un poco de café

natural; duerme más de doce horas al día y pasa otras tres en estado de calma, descanso o meditación; se alimenta solamente de lo que ya ha comprobado que le sienta bien y casi nunca toma algo distinto, “eso no lo conozco”; evita las medicinas si no son imprescindibles, como los antibióticos o las pastillas para bajar la fiebre; sólo mantiene las conversaciones que son funcionales o importantes, tanto por sus dificultades de oído como por los temas...” ¡Para lo que hay que oír!”.

Hasta el año pasado salía un rato a la calle o al balcón para caminar, tomar el sol o ver a la gente. Ahora sólo se asoma de vez en cuando al ventanal del comedor para saludar a algún vecino o comentar a las “chicas del Alimerka” que está al lado de casa: “¡Sois muy guapas, pero lo seríais más si no fumarais!” Por eso se llevó una alegría cuando Alberto, su nieto, le dijo que iba a dejar de fumar. Él nunca fumó.

Está al tanto de todos nosotros. Le gusta saber dónde está cada uno, y “si está contento”. Antes se preocupaba por los temas o problemas concretos, cómo iban los trabajos, si alguien estaba enfermo, o si se había comprado un coche para ayudarle con sus ahorros... Ahora sólo nos responsa con sus rezos para que las cosas nos vayan bien. Poco a poco a lo largo del 2022 ha ido dejando los papeles, la gestión de cosas y casas, “ocuparos vosotras”; y se ha centrado en sí mismo, en los pequeños achaques que con sus años son especialmente importantes, y en las rutinas que le ayudan a tener el control consciente de su realidad. A veces intranquilo en la espera.

2.

VILLANUEVA

Manuel nació en “la casa do Xastre” de Villanueva en torno al 8 de octubre de 1922, fecha en que lo registran en el Ayuntamiento de Balboa (León). Sus padres eran Delfino Cerezales Gutiérrez originario de Villariños, cuna de los Cerezales, apellido de frontera (cereixais/cerezos) entre León y Lugo; y su madre, María Santín Núñez, hija de José Santín oriundo de la casa do Xastre y de Consuelo Núñez, de la casa de Núñez de Fuentedeoliva.

Todas estas aldeas están situadas en los extremos de la zona suroeste de la Sierra de Ancares, a unos novecientos metros de altura, con accesos muy precarios y una economía de subsistencia basada en la pequeña ganadería y agricultura para uso familiar.



Villanueva está situada sobre una loma en dirección este-oeste entre dos valles que terminan en altas montañas. Hacia el suroeste, por donde discurre la carretera comarcal LE- 4116 que va de Ambasmestas al Portelo está la montaña Grandalonga, con los montes comunales de Mendaña o Fontefría a un lado de la carretera y Penas Pardas al otro. Hacia el noreste, hacia Fuentedeoliva, la montaña se llama Cabeza do Torno y entre sus montes comunales están o Teso do Regueiro, A García, Reboleiro, O Chao y Viarega ya cerca de la aldea de Ruideferros. La caída hacia el valle se llama Vidual y Valdemarrá. Zonas en las que los jóvenes pastoreaban vacas, caballos y burros hasta los años noventa del siglo XX.

Su abandono ha hecho que la naturaleza vuelva a dominar los espacios y el cambio climático, con sequías y tormentas, provoca que de vez en cuando, en verano, sean pasto del fuego.

Su familia vivía en una palloza, construcción de origen celta de paredes de piedra y techumbre de paja; en la que convivían personas y animales domésticos separados por una sencilla empalizada de madera. Tenía dos hermanos mayores: Carmen, la única hija, que formará un “frente matriarcal” junto a su madre y su abuela; y José, el tío Pepe, mi padrino, que será el mayoral, siguiendo la costumbre de la zona. En la casa viviría la abuela Consuelo, tras la muerte en Fuentedeoliva de José, el abuelo materno que Manuel no conoció. Según comentarios de los que la conocieron, Consuelo era “¡todo un carácter!”, endurecido por las difíciles circunstancias que le tocó vivir. Fue quien controló la casa y ayudó a sus hijas María y Carmen a criar a los pequeños de las casas de Xastre y de Crespo con bastante mano dura. De sus seis hijas, solo la sobrevivió una a su muerte en 1952.

Cuando Manuel tenía un año, la familia empezó a transformar la palloza en una gran casa de piedra con tejado de pizarra. En la planta de abajo continuaban las cuadras y la vieja cocina con el fuego sobre el suelo de tierra. En la “lareira” se hacía el caldo, alimento básico y diario, en el pote colgado de una cadena sujeta a una estructura móvil que llamaban “burro”. Rodeando la zona del fuego, tenían unos escaños de madera, uno con una tapa abatible que servía de mesa. Alrededor, los escasos

utensilios de cocina colocados en pequeñas alacenas; las artesas para hacer y almacenar el pan y otros alimentos; algo de leña y objetos diversos para mantener el fuego; o las escobas, para barrer hechas con ramas de “xestas”. En el piso añadido en la parte superior con acceso directo desde el portal de entrada, se pusieron cuatro habitaciones como dormitorios, con el suelo y techos de madera. Como no había aseo, las necesidades se hacían en las cuadras de la zona inferior de la casa, a las que se accedía por una escalera interior; en los orinales que había en cada dormitorio; o en el exterior, a campo abierto.



Más adelante, se añadió, en frente, otro edificio llamado “O Cuarto”. La parte inferior la dedicaban a varios usos: almacén de patatas y otras viandas; cuarto del telar donde Consuelo y María tejían; y la “carpintería” de Manuel, donde colocó su primer banco de carpintero.

Este banco que había construido él mismo con madera de castaño, cuando tenía quince años en plena Guerra Civil, le acompañó toda la vida, aún está en su carpintería, ahora quieta y silenciosa. En el piso superior de “O Cuarto” existía un único espacio con suelo de madera y entrada independiente que podía servir de habitación o dormitorio. En este espacio, sobre mediados de los años cuarenta se ubicó la escuela de la zona, antes en Castañeirras, que permaneció abierta hasta los años setenta.

También tenían la mitad de un hórreo compartido con un vecino. Los hórreos, en esta zona son grandes y cuadrados, parecidos a los asturianos, son construcciones en madera para permitir la aireación y con el tejado de pizarra y paja. Están elevados del suelo sobre cuatro pilares de piedra para evitar el acceso de los animales y la humedad del terreno. Servían como almacén de alimentos para las personas, asegurándose su conservación. Allí se guardaba en sacos tanto el grano como la harina de centeno o el pan ya hecho; la carne de la matanza; los alimentos no producidos por ellos sino comprados, por lo que se aseguraban de que estuviera siempre bien cerrado.



La Casa do Xastre está situada en el centro de la aldea, que tiene otras seis casas con sus propiedades: Casanova, Casa do Pico, Casa de Andrés, Casa do Campo, Casa de Crespo y Casa do Menor. Rodeadas de terrenos con nombres peculiares pero conocidos por todos: Mosteira, Tras o Teso, A Louseira que era la cantera de donde sacaban la piedra y la pizarra para construir las casas, Cotexo, Furcos, Os Chaos, A Fontiña, Os Prados, A Corona... Entre las aldeas de Villanueva, Castañeiras y Fuentedeoliva están algunos arroyos o "regos" como: Ruidelobos, a Rozada y o do Córrago, que confluyen valle abajo hacia Balboa.

Manuel no quiere hablar mucho de su primera infancia. La vida entonces era muy dura, y los niños no "contaban" como ahora. Estuvo cuidado por su hermana Carmen, a la que quería mucho; y protegido o dirigido por su hermano mayor, Pepe, el que hacía "os zocos" para todos, con madera de abedul. Su madre pronto se quedó embarazada, lo normal era cada dos o tres años; y la familia creció con los más pequeños: Emilio, nacido en 1929 y Alfredo. Fue una sorpresa, cuando hace un tiempo descubrimos que existió un sexto hermano, Jesús, nacido entre Manuel y Emilio, fallecido a los veinte años.

Su casa era una buena propiedad con prados como el Córrago, Xeixón, Muín o Xabogueiro; con leiros (campos de labor para sembrar centeno, patatas, berzas, fréjoles...) como la Cortiña grande, el Carvedo, la Cancela, la Seariña, Labor de Toledo, Lama do Salgueiro, Os Chaos, Cantín, Lameirois o la Caborca; y "soutos" de castaños situados en Pacios o A Roda más alejados del pueblo. Mucho trabajo

para la familia, que crecía, entre otros motivos por necesidad de mano de obra. Tenían un criado que procedía de Porcarizas, Lisardo, que ayudaba en las tareas más duras mientras los niños eran pequeños. Cuando él murió, fue su sobrina, Anuncia, la que colaboraba con la abuela Consuelo porque la madre ya estaba enferma.

La vida transcurría mayoritariamente en el exterior de la casa, sólo al anochecer o cuando hacía mucho frío se permanecía en la cocina situada en la planta baja, alumbrados por los “ganzos”, hechos con palos de uz o por sencillos candiles “a gas”, cuyo combustible era un derivado del petróleo, que compraban en botellas en las cantinas de El Portelo. Allí también adquirían azúcar, aceite, sal, arroz, sopa, bacalao salado, sardinas en conserva... escatimando y usando solo lo imprescindible.

En la cocina las mujeres organizaban el “yantar”, la comida de todos los días, que consistía en un caldo hecho en el pote con habas, carne de cerdo, berzas y patatas, al que añadían un trocito de unto. También preparaban la “parva”, comida sencilla que se toma a media mañana en casa o en el campo haciendo un alto en el trabajo; que consistía en café, patatas cocidas aliñadas con pimentón, tocino, y ocasionalmente chorizo o buñuelos. Otras labores realizadas en la cocina eran las preparaciones con la leche recién ordeñada, ya fuese para los desayunos o para hacer queso o mantequilla, que vendían en la feria. También amasaban para hacer el pan con harina de centeno los días que tocaba “cocer” en alguno de los hornos compartidos del pueblo. En las cenas, o se

terminaba el caldo que había quedado de mediodía, o se cocían castañas con leche o patatas con cebolla y sardinas. La comida con líquido se tomaba en cuencos o tazas, excepcionalmente se utilizaban platos, pues cuando era en seco (cachelos, arroz, verdura...) se cogía directamente de la olla o de la fuente. Se sentaban en los escaños, bancos o banquetas colocados en torno a la lumbre, aunque muchas veces se comía de pie.

Entre las tareas de los niños, según iban creciendo, estaban las de ir a buscar el agua a la fuente para la comida y el aseo de personas y objetos; traer leña para mantener el fuego; hacer recados a la despensa, bodega o huerto cercano... Aunque no hiciese buen tiempo, desde la mañana temprano se movían por distintos espacios siguiendo o acompañando a los adultos: a las cuadras para atender o sacar a los animales al campo, a las tierras de labor, a visitas a otras casas o pueblos cercanos... También correteaban libres por los caminos, por las tierras o se quedaban en otras casas con los demás niños del pueblo, con los que tenían diversos grados de parentesco por la endogamia característica de estas tierras de alta montaña. Por las tardes, la abuela Consuelo dirigía el rezo del rosario con toda la “chiquillada”, así al tiempo que los controlaba un rato, se permitían todo un descanso. Les enseñaba oraciones como el responso de San Antonio de Padua que, aún hoy recuerda. Manolo, uno de sus nietos, hijo de Emilia, la consideraba “la mejor persona del mundo y la más recta”.

También Delfino era un hombre religioso y muy atento a las necesidades de la Iglesia. Por eso siempre que el cura venía a la aldea, se quedaba a comer en la casa do Xastre.



Desde los cinco o seis años, Manuel realizaba tareas ordenadas por el padre, la madre o la abuela: cuidar a los hermanos pequeños Jesús, Emilio y Alfredo; atender a gallinas, cerdos, ovejas...; recoger verdura para el caldo, patatas o castañas; ayudar a preparar el horneado del pan; ir a la fuente con cántaros a por el agua imprescindible para beber, hacer la comida o fregar los “cacharros” de la comida en la “coladeira”, fregadero hecho en piedra, que vertía el agua usada al exterior de la casa...

La jornada, tras una noche compartiendo cama con hermanos y la abuela para calentarse y ahorrar espacio y mantas, empezaba al amanecer. Desayunaba, al lado del fuego, un tazón de leche recién ordeñada migado con pan. Tras un lavado rápido en la palangana, vestido con pantalones viejos, casi siempre “heredados” de hermanos o parientes, camisa de lino tejido en el telar, calcetines de lana de oveja tricotados por la abuela o la madre; y sus zuecos de madera..., empezaba su día a día, casi todos iguales.

Atendía, en los campos próximos a la casa, a los cerdos de cría, también a ovejas y cabras a las que conducía a parajes cercanos, normalmente en compañía de otros niños vecinos o parientes. Llevaba la “guillada”, palo con

el que arrea a los animales; el “mantelo” capa o delantal de lana de oveja teñida de negro (para que aguante el uso) que sirve para proteger de la lluvia y el frío; y un trozo de pan sólo, a veces con tocino o unas castañas secas para alimentarse hasta la vuelta a casa, poco antes de anochecer. Después de guardar a los animales en sus cuadras y realizar otras tareas que le ordenaban, podía cenar algo de caldo, sopas de pan o castañas con leche o patatas cocidas y... a la cama, hasta la madrugada siguiente.

Manuel fue poco a la escuela, más por las obligaciones y tareas que por la distancia, pues estaba en Castañeiras. Cuando se puso la escuela en Villanueva, podía asistir o escaparse con más facilidad. Su escolarización total rondaría los dos años; lo suficiente para aprender a leer y a escribir, y sobre todo “las cuatro reglas” (sumar, restar, multiplicar y dividir) que le darían la base matemática utilizada más tarde en sus trabajos. Todo el material de aprendizaje: las pizarras individuales y los pizarrines, los libros y cuadernos... estaban en la escuela. El maestro que atendía a todos los niños del pueblo, y de los alrededores: Portelo, Comeal, Porcís, Vilarello ..., vivía en la Casa do Xastre, donde además se le daba la comida y participaba de la vida familiar. Todos hablaban en un gallego “de frontera” pero las enseñanzas eran siempre en castellano. La mayor parte de los maestros venían de la zona de Astorga más próxima a la Escuela Normal que estaba en León, la capital de la provincia.

Según va creciendo, sobre los doce o trece años, las tareas serán más complejas y duras: atender a vacas, caballos y burros; ir al monte a buscar leña, cortarla y guardarla en el portal; limpiar las cuadras; ayudar en las actividades de responsabilidad como el arado o sembrado de los campos. Algunos de estos trabajos eran decididos en el “Concello”, asamblea del pueblo para concretar los trabajos a realizar en las zonas comunales: arreglos de caminos, fuentes, montes... Se reunían en la casa do Xastre, pues el patriarca Delfino hacía las veces de alcalde o representante del pueblo. En invierno, se inicia en los trabajos de interior, básicamente carpintería y arreglos de estructuras de piedra de casas. Muchas de estas tareas eran de colaboración o ayuda a familiares o vecinos.

Casi no tenía actividades de ocio, algún que otro juego o escapada con su mejor amigo, Vitorino de Casanova, con el que aún mantiene contacto y afecto. Algún viaje con su padre a localidades importantes como Balboa, a la misa; a Vega de Valcarce para gestiones o compras; a Piedrafita del Cebrero a la feria para vender mantequilla, huevos y en ocasiones especiales, algún animal grande: oveja, ternero, burro o mula; y comprar alimentos no producidos en la casa, ni a la venta en las cantinas de El Portelo. También adquirían herramientas y, según crecían, ropa o calzado más adecuado a su estatura. Delfino tenía mucho interés por las ferias, y a su vuelta los hijos, que no le habían acompañado, esperaban expectantes para ver qué traía: comida, herramientas, ropa o noticias. También traía ideas para modernizar, en la medida de lo posible, la casa o el propio pueblo.

Había tres grandes celebraciones que los niños, más que los adultos, vivían alegremente cada año: la matanza, la Navidad y la fiesta del pueblo, el San Pedro.

La matanza de los cerdos, entre dos y cuatro, tenía lugar en el mes de diciembre, cuando los fríos ya aseguraban la conservación de la carne. Se organizaba de tal forma para que vecinos y parientes pudiesen ayudar en las tareas duras y complejas que asegurarían la supervivencia del año. El matarife, que además dirigía los trabajos, en Villanueva era el tío Pepe. Se empezaba haciendo un fuego en el suelo en las proximidades de la cuadra y colocando sobre un “tres pies” un gran bidón lleno de agua para calentarla hasta hervir. Los hombres, jóvenes y adultos, sujetaban los cerdos, que chillaban y se retorcían sobre un banco de madera rústico y largo; mientras una de las mujeres recogía en un caldero la sangre, tras el corte certero del matarife. Tenía que darle vueltas continuamente con un palo para que la sangre se enfriara y no cuajara. Con pequeñas cantidades de esta sangre, añadiendo agua, harina y sal se elaboraban las filloas. Se hacían en la sartén untada con un poco de grasa. Se tomarían en los días de la matanza y posteriores, porque se conservaba bien.

Después de matar cada cerdo, se escaldaba con el agua hirviendo del bidón y se raspaba la piel con grandes cuchillos para quitarle todos los pelos. Posteriormente se colgaba en una escalera o estructura de madera, con la cabeza hacia abajo para abrirlo con un corte vertical, que permitía su vaciado. Se sacaban todos los órganos

internos y la grasa que los rodea, el unto, tan valioso por sus numerosos usos. Las mujeres iban recogiendo en ollas, fuentes, platos... el corazón, los pulmones, los riñones...

Tratamiento especial tenía el aparato digestivo, las tripas, pues se separaban de la grasa y se vertían en una masera, para su lavado en la fuente. Esta era una de las tareas más duras del día, más por el frío y la humedad que por los olores. Por eso a la vuelta a la casa, no perdonaban un descanso y un poco de vino caliente con azúcar. Los hombres limpiaban y recogían, ayudados por los chavales, todo lo que se había usado: la tabla, los cuchillos, las maseras, los recipientes y su propio aseo. Mientras tanto, en la cocina, las mujeres importantes: abuela y madre, ayudadas por alguna vecina o pariente, cocinaban importantes y suculentos platos para la comida más espectacular de todo el año. Se hacían múltiples menús: cocido de garbanzos con repollo y patatas con su carne de cerdo y su sopa; patatas con bacalao; arroz a la cazuela... y postres como el roscón o el flan. A la comida, ya tarde, asistían los que participaban en las tareas, y todos los niños del pueblo, que iban siempre de invitados o se "autoinvitaban". En el segundo día de matanza, se partía el cerdo en los diferentes trozos que el matarife conocía bien: los jamones, las paletillas, las costillas, los lomos, las patas, la cabeza, las orejas, el morro, el tocino o la panceta... hasta el rabo será utilizado en la preparación del botillo (embutido típico de esta zona, hecho con la piel del estómago o tripas gordas rellenas con trozos de oreja, rabo, costilla troceada y aliñada como los chorizos). Clasificaban la carne cortada y la colocaban en distintas

maseras: una para salar, usando dos o tres sacos de sal gorda; otra para la carne que usarían próximamente. En la tercera masera preparaban el mondongo, picaban en trozos pequeños toda la carne sobrante, la abobaban con sal, pimentón dulce y un poco del picante, ajos y a veces tomillo.



Al día siguiente, los de casa con alguna ayuda extra se ponían a hacer chorizos, androllas y botillos. La carne que estaba en la masera con sal se tenía allí unos quince o veinte días hasta que se sacaba, se limpiaba y se colgaba en las zonas adecuadas de la casa o del hórreo. Los embutidos se colgaban en cuerdas sobre un fuego constante y suave hasta que se secaban y endurecían un poco. Posteriormente se guardaban también colgados al aire. Todos estos alimentos aseguraban la manutención básica para todo el año, completada ocasionalmente con los pollos criados en casa, el bacalao salado, las sardinas

en aceite, algún que otro cordero y las verduras cultivadas en los huertos: patatas, nabizas, fréjoles, y más lechugas que tomates, ya hacia el verano.

La Navidad era una celebración más familiar. Las fiestas navideñas, en aquella época y zona, eran tranquilas pues todo iba a otro ritmo, aunque seguían los trabajos porque había que continuar cuidando el ganado. Si el campo estaba nevado, algo bastante normal por la altura, y el ganado quedaba en las “cortes”, se le proporcionaban nabos, recolectados en los campos de labor y cortados, o hierba seca, que se había segado y guardado durante el verano en la parte superior de la casa bajo el tejado, en la “barra”. Al ser la Navidad a principios de invierno, con la despensa o el hórreo llenos, las mujeres podían dedicarse a trabajar en el telar, tejer, remendar la ropa y además de mantener un buen fuego, podían preparar comidas suculentas y postres que no formaban parte de la vida cotidiana. Algunos menús que recuerdan Manuel o Rosalía son el bacalao con repollo para Nochebuena; el cocido con un botillo para el día de Navidad; el arroz con pollo o conejo para celebrar los Reyes. Para este día, normalmente sin juguetes, podía haber como regalo alguna prenda de ropa imprescindible. La madre y la abuela preparaban dulces como el roscón, el arroz “dulce” con leche, los bollos de aceite, que era masa de pan frita. Normalmente se procuraba hacer una hornada de pan en los días previos a la Navidad para que estuviese tierno; y se preparaban empanadas con carne, cebolla y patatas. Las noches de celebración se visitaban unos a otros por las casas de la aldea. Como había muchas personas en cada

casa, surgía la charla, entre vino y vino traído del Bierzo bajo, se contaban “contos” o historias vividas o inventadas; y ocasionalmente, se cantaban Villancicos al ritmo de la botella de anís, animados por el café de puchero y el orujo. Se comían castañas asadas, nueces y avellanas o se hacía chocolate de puchero para tomarlo con “feixós”, tortitas de leche, agua, huevos, harina y sal cocinados en la sartén untada con un poco de tocino. La Navidad era tiempo de descanso y alimentación fuerte para retomar el duro trabajo, en cuanto mejoraba el tiempo exterior.



La otra gran celebración, para Villanueva y para toda la zona, era el San Pedro, el día 29 de junio. Entre las preparaciones previas estaban las compras o encargos de ropa nueva, solo la necesaria o imprescindible. Especialmente las niñas y chicas que estrenaban algún vestido encargado a las modistas cercanas, como mi madrina, la tía Victorina de El Comeal. También se

compraba el vino y se preparaban las comidas especiales para invitar a parientes de otros pueblos. El día de la fiesta empezaba con un buen baño en la habitación, usando un balde de zinc con agua calentada en una olla y jabón de olor. Se ponían sus mejores ropas y calzado para asistir a la misa en la capilla y, a veces, a la procesión por los alrededores del pueblo. La copiosa comida empezaba tarde, en algún cuarto de la casa se montaban una mesa y unos bancos con tableros para familiares e invitados, y también el cura. Mientras los hombres preparaban bebidas y cortaban los chorizos porque los jamones se vendían, las mujeres “andaban al vuelo” para terminar los menús y llevarlos a la mesa. Además del chorizo, lacón cocido o empanada como entremeses, se ofrecía cocido de garbanzos o arroz con pollo, y algunas veces un guiso de cordero o cabrito. Como dulces para acompañar al café de puchero, se hacían tartas con bizcocho y crema pastelera, roscón, arroz dulce, flan... acompañados por bebidas como el coñac, el anís o el licorcafé y los orujos elaborados por las mujeres.

Tras una larga sobremesa en las casas con los invitados, las mujeres se acicalaban para ir, ya todos juntos, al cercano Portelo. Sus cuatro casas están en la cima del puerto de montaña que separa León de Lugo en la vieja carretera que viene desde Balboa por Villarmarín; y se dirige a Vilarello, Puente de Doiras, Cervantes y los Ancares lucenses. De las cuatro casas del Portelo, tres pertenecen a León y una a Galicia, y existían dos cantinas: La cantina de Frutuoso, el padre de la tía Rosalía, y la cantina de Victor, esta última situada en la casa que

pertenecía a Galicia. Entre ambas cantinas, en medio de la carretera se organizaba el baile amenizado por la gaita gallega o una flauta y tamboril. Al estar en la frontera entre las dos provincias, se hablaban en gallego y se danzaban jotas o muñeiras hasta altas horas de la madrugada.

Manuel participaba lo justo en estas fiestas o actividades. La que más recuerda es la Navidad, por ser época familiar y de descanso. El trabajo para él desde pequeño ha tenido un valor más allá de la supervivencia o las ganancias. Se interesaba especialmente por actividades que supusieran más cabeza que fuerza; y que permitieran salir de la aldea, conocer otras realidades y aprender. Se fundamentó en él un espíritu inquieto y activo, una ilusión por trabajar y hacer cosas interesantes y útiles, siempre intentando ayudar a otros. Ahora con cien años lo echa de menos...”no se pasan las horas”

Esta primera época de su vida estaría asociada a los olores. El olor de la piel de su madre y de la leche caliente. El humo de la “lume” que impregnaba tanto el entorno del pueblo como todos los espacios de la casa, pues desde la cocina se extendía alrededor a través de los suelos de madera. El caldo haciéndose a lo largo de toda la mañana. Los animales domésticos tras la empalizada que separaba “as cortes” de la zona habitada por las personas. El pan cocándose en el horno compartido con el vecino. El “cheiror” en las cuadras de cerdos y vacas. El sudor del padre y de los demás adultos por el trabajo duro y la higiene precaria. Los múltiples olores de la matanza o de

la comida en los días de fiesta. Los escasos baños en los baldes de zinc antes de ir a la misa del domingo o a la feria. El perfume del aire limpio del amanecer acompañado de todos los olores de la naturaleza viva y salvaje sin tractores ni maquinarias. Ya se sabe que los olores son los que ocupan nuestra memoria más profunda, los que despiertan los recuerdos, los que nos conectan con nuestro ser más íntimo y profundo.

También llegó el olor al miedo, el que surgió con la Guerra Civil. Manuel tenía catorce años cuando su hermano mayor fue reclutado, cuando las miradas de los vecinos y parientes se transformaron en sospechas, cuando aparecieron extraños por el pueblo y alrededores, cuando los caminos dejaron de ser seguros, cuando las rutinas adquirirían otro valor...

3.

APRENDIZ

Durante la Guerra Civil en aquellas aldeas no se pasó tanta hambre como en otros lugares. Tampoco en la casa de Manuel, por el modelo que tenían de supervivencia, por estar acostumbrados a la precariedad, a repartir los alimentos que conseguían en montes, fincas, sotos y prados. Además, la cría del ganado fue fundamental para poder alimentarse a base de leche, patatas, castañas y, de vez en cuando, algo de carne de cerdo. Lo demás era para la venta en las ferias, que les permitía disponer de algo de dinero para gastos relacionados con las atenciones médicas o compras importantes de ropa, enseres de casa, materiales, herramientas o animales de trabajo.

Otras fueron las angustias, penas o dolores de los que Manuel apenas quiere hablar. ¿Qué pensaría un adolescente iniciándose a la vida en aquellas

circunstancias de guerra y miseria? Al marchar su hermano mayor al frente de Teruel, la casa do Xastre quedaba, además de triste, sin una mano esencial. El abuelo Delfino era bajo y delgado; inteligente, interesado y entendido en el comercio. Iba a comprar y vender a todas las ferias de alrededor, llegando incluso hasta cerca de Lugo, siempre en su caballo. Era menos activo en los trabajos de fuerza, que los desarrollaban mejor Pepe, Jesús o Emilio. Por eso en ausencia del hermano mayor, todos los demás tuvieron que aumentar las tareas.

Acostumbrados como estaban a los cambios de temperatura, a la humedad, a correr y saltar pocas veces se ponían enfermos. Si les dolía la barriga, algo frecuente por los alimentos no siempre en buenas condiciones y la falta de higiene, tenían un método que les sugerían las abuelas que consistía en colocarse boca abajo durante un tiempo y no se sabe por qué, pero acababa funcionando. También les ponían un trapo caliente untado de grasa de cerdo en la zona del dolor; o paños mojados en agua fría si tenían fiebre. Los catarros los “curaban” con leche o vino calentados con miel o azúcar. Cuando se torcían o rompían algún hueso de brazos o piernas, iban al “compostor”, que en Villanueva era José de Crespo, y después su hijo José María. Durante unos años hubo un médico en Balboa, pero cuando se fue, tenían que ir a la consulta de Ambasmestas, o a Piedrafita del Cebrero, cruzando todo el monte de El Comeal. Uno de la casa tenía que ir a informar de la enfermedad, casi siempre andando o a caballo. Recorría los ocho o diez kilómetros de distancia, ida y vuelta, hiciese el tiempo que hiciese. Si la

enfermedad era grave y no podían desplazarse, era el médico quien se acercaba a la aldea en una caballería. Le tenían que pagar la consulta con dinero, y a veces, darle la comida. A pesar de los muchos cuidados y atenciones y de la medicina de la época, había veces que la enfermedad empeoraba hasta el punto de que no tenía solución, como le ocurrió a Jesús, el hermano de Manuel o a su madre, María, y a cuatro de sus tías, hijas de la abuela Consuelo, que se murieron antes que ella.

Cuando una casa quedaba sin madre o sin mujeres, tras las muertes por enfermedades o partos difíciles, la situación se hacía mucho más dura. Los hombres tenían tantas tareas, que no siempre podían desenvolver, así que los niños, o se criaban con alguna abuela, o se enviaban a casas de parientes para que les dieran cama y comida a cambio de ayuda en el campo.

A pesar de la situación de guerra y posguerra, había que seguir adelante con el cuidado de las once o doce vacas, los tres o cuatro cerdos, las quince o veinte ovejas y cabras, que necesitaban atención diaria y constante de ordeño, pastoreo o cuidados especiales cuando iban a parir o se ponían enfermos. Continuaron arando y preparando los campos de labranza, regando o segando los prados, cultivando el centeno, limpiando los sotos de castaños... Las mujeres además de colaborar en estas tareas tenían sus trabajos relacionados con la crianza de los niños, la casa o el telar.

Manuel ya despuntó entonces con una energía, que aún se le nota al centenario actual, cuando hace sus ejercicios

en los pedales o dando vueltas por la casa con el andador. A los quince años construyó su banco de carpintero de madera de castaño y lo colocó en el cuarto, donde estaba el telar de su madre y su abuela. Así pudo empezar a “carpentear” y ayudar en la economía familiar, con sus primeros trabajos. Su interés por el oficio de carpintero podría estar justificado tanto por sus competencias intelectuales para el cálculo, como por su baja estatura y constitución menuda, más adecuadas para la agilidad, flexibilidad y coordinación que para la fuerza y potencia necesarias en los trabajos del campo, característicos en sus hermanos Pepe y Emilio.



Suso, el hijo de su hermano Pepe, que presenció la construcción de varias casas de la zona, cuenta que el proceso tenía varias fases. Una vez decidido el lugar donde iba a situarse, muchas veces sustituyendo a antiguas pallozas. Primero se aseguraban la piedra. Después se encargaba la construcción a canteros “profesionales”, de fuera del pueblo, que venían en grupo, a los que había que dar alojamiento y comida. Ellos levantaban los muros exteriores, dejando los vanos de puertas y ventanas o ventanucos. Después eran los carpinteros quienes terminaban toda la obra haciendo el tejado en pizarra; los muros interiores en madera, al principio, luego con ladrillo encalado; los suelos y techos con listones de castaño o roble, más o menos pulidos; las puertas y ventanas con sus contras; y los muebles del equipamiento interior: mesas, bancos, banquetas, escaños, sillas, alacenas, mesillas, camas, armarios...

Manuel dice que su maestro en los distintos oficios fue José de la casa de Comuñas de El Comeal. Con él aprendió lo básico en construcción y carpintería al acompañarle por los pueblos de alrededor. Aún hoy recuerda casas, hórreos y otras edificaciones realizadas en Riamonte, Porcís, San Rebordín, Gumieiro, A Lama, ... “En tal sitio, en casa de... ayudé con el hórreo, o el tejado, o la casa nueva “. Aprendió a ser un poco cantero para hacer los muros de piedra, a poner pizarra en los tejados, a fabricar en maderas de castaño, cerezo, olmo, roble..., de los montes cercanos todos los elementos de una casa. Poco a poco, con el dinero que iba ganando, fue comprando en Piedrafita del Cebrero o Vega de Valcarce, las

herramientas más necesarias, que hoy continúan en su taller de carpintería.

Una de las experiencias más duras de cuando tendría unos diecisiete años, casi al final de la guerra, fue el atraco que sufrió en lo alto de El Comeal por parte de unos “escapados” escondidos en los montes de alrededor. Fue sólo a la feria de Piedrafita para vender la mantequilla hecha en casa por la madre, la abuela y la hermana. Cuando volvía para casa, un poco tarde, con el dinero de la venta, le cortaron el paso en una curva cerrada del camino. Sólo querían el dinero, porque la comida o las prendas de abrigo las “cogían” en las casas o en los hórreos o cantinas de los pueblos, incluso a plena luz del día. Iban armados y no había discusión posible.

Recuerda, con ayuda de la tía Rosalía, lo ocurrido en Castañeirras, cuando en una de sus casas estaban de “visita” un grupo de escapados a los que tenían que dar comida y ropa, sí o sí. Se presentó un guardia civil que también venía de “visita” y se encontró con un tiro de uno del otro bando. Estas situaciones eran muy frecuentes, se tenía que atender en una zona de la casa a un grupo de guardias civiles, “autoinvitados” a comer, a los que había que ofrecer las mejores viandas; y en otra zona de la misma casa, había que acoger a los “del monte” también exigiendo la comida; y las mujeres, asustadas, angustiadas la preparaban y servían con su mejor cara y disimulo. Algo parecido ocurrió en la casa de Ferreiro de Villaspasantes, según nos contaba mi madre.

Por lo visto, un grupo de militares pertenecientes a la “Guardia Mora” traídos para la guerra desde el protectorado marroquí, llegó hasta Villanueva y estuvo hospedada en “O cuarto”, con la tarea de persecución a los escapados en las montañas. Delfino fue tildado de traidor por algunos vecinos que no comprendían las situaciones complejas en las que había que moverse, otros lo veían como un hombre que solo quería vivir en paz. Algo parecido le sucedió a mi abuela de Villaspasantes, a la que denunciaron y pasó seis meses en la cárcel de Becerreá, por tener comiendo en casa, al mismo tiempo, a guardias civiles y a escapados. Otros vecinos también estuvieron presos en Villafranca del Bierzo, por proteger a hermanas de unos u otros; por esconder a parientes o amigos escapados en la “barra”, una especie de desván donde estaba la hierba seca. Tenían que guardar todas las hogazas de pan dentro de los sacos con el grano del centeno; la ropa o el dinero en lugares insospechados como agujeros de las paredes o vigas del techo... escondites que sólo conocía uno o dos de la casa. El miedo era una sensación permanente

Sólo los niños, en parte ignorantes de los aspectos más sórdidos, escabrosos y crueles, crecían ingenuos, compartiendo unos con otros los trozos de pan, los trabajos y los juegos, aprendiendo el valor del silencio, que aún hoy no se atreven a romper ... y por respeto no queremos insistir.

Tras la Guerra Civil, la vuelta de su hermano Pepe no fue posible. Después de su participación en la batalla del Ebro

en Teruel, y su estancia en Cataluña, tuvo que ir otros tres años al servicio militar en el norte de África y Canarias. Durante esos años Manuel alternaba algunas tareas en la casa con las estancias en otros pueblos acompañando a José de El Comeal y continuar aprendiendo los distintos oficios relacionados con la construcción.

Una etapa aparte en su vida fue el trabajo como minero. El desarrollo de la cuenca minera del Bierzo ofrecía mejores sueldos, y la posibilidad de librarse del servicio militar obligatorio, por eso muchos jóvenes de las montañas del noroeste se desplazaron hasta Fabero y sus alrededores. Manuel, cuando tenía veinte años, interrumpió sus tareas y vida en la aldea por una experiencia en la mina, donde trabajó once meses. Aún tiene una cicatriz en la frente, un recuerdo entre otros, de la dureza de las vivencias. Esta época de minero por un mes no le libró de la mili como a Emilio, su hermano, que por haber trabajado doce meses en la mina, pudo continuar allí otros tres años, hasta completar del servicio militar.

Era el año 1943, cuando al ser “llamado a filas”, le tocó en Larache, ciudad portuaria en el litoral atlántico de Marruecos, zona del protectorado español (1912-1958). Su hermano Pepe, que también había estado allí, aún no había vuelto a casa, pues estaba terminando el servicio militar, destinado ahora en Tenerife. En compañía de un “quinto” de Canteixeira, se puso en camino, con una muda y algo de comida. El viaje duró ocho días. Comenzó de Villanueva a Balboa y a Ambasmestas andando. Al día

siguiente en el coche de línea, que venía de Piedrafita, hasta Villafranca del Bierzo. Desde allí en tren hasta Toral de los Vados, cuya estación estaba en la línea Palencia - Coruña. Pasaron por Ponferrada, allí se les unió e hizo amistad con otro quinto de Carucedo. En Astorga se incorporaron al cuartel, donde se les dio la ropa militar y la comida para continuar el viaje con otros compañeros hasta Algeciras; y desde allí, en barco a Larache.

En esta nueva etapa, Manuel fue también aprendiz de relaciones y comunicación ya que su castellano era precario, con todo tipo de personas, de lugares y costumbres tan distintas a las de su tierra, y de actividades alejadas a sus trabajos cotidiano. Su inteligencia despierta y su temperamento controlado le ayudarían a moverse con precaución y sentido común.



Habla bastante bien de sus experiencias con compañeros y mandos. Aprendió a convivir de otra manera y con otras gentes. Se sorprendió de las costumbres de los marroquíes. Lo que más le llamó la atención era que tenían más de una mujer y que mientras ellas trabajaban, incluso cargando con los hijos pequeños, ellos estaban fumando y tomando té, a la entrada de la casa. Hizo buenas amistades, sus primeras fotografías; y dos tatuajes, en el brazo derecho tiene la palabra AFRICA en letras mayúsculas y en el brazo izquierdo un esquizador, diseñado por algún compañero del regimiento procedente del pirineo navarro. De pequeñas nos sorprendía mucho. Siempre llevó los zapatos “buenos” muy limpios. Los cuidaba como había aprendido en el servicio militar a hacerlo con los del capitán, a escupitajos, “crema veterana” y un fuerte cepillado, hasta que brillaban.

La estancia en Larache se complicó cuando se puso enfermo de paludismo, con fiebres muy altas. Tuvo que tomar quinina para poder curarse y a raíz de esta enfermedad fue cuando empezó a perder el pelo, razón por la cual siempre iba ataviado con una boina para ocultar esa calvicie; que con tan solo veintidós años le acompañaría toda la vida.

Pasó dos grandes penas en aquellos años. Sobre 1944 le llegó la noticia de la enfermedad grave y pronta muerte de su hermano Jesús, pero los mandos militares no le dieron permiso para ir a casa y acompañar a su familia en el dolor, caminando desde Villanueva hasta el cementerio de Balboa, más de seis kilómetros cuesta abajo, cargando

a hombros el féretro. Sí le dieron permiso cuando al año siguiente, en 1945, le llegó el telegrama, de la gravedad de su madre. Se puso en camino, pero tras la semana de viaje, cuando llegó a Balboa, sólo pudo ir a visitarla al cementerio, la habían enterrado el día anterior. Tuvo que desandar el camino de vuelta a Larache con una gran tristeza, donde continuó hasta licenciarse en 1946.

La abuela Consuelo se hizo cargo de forma absoluta de la casa, y también de su nieto Manolo por la muerte de su otra hija, Emilia, casada con Gumersindo de la casa de Cereixais de Villariños.

Cuando Pepe, el mayoral, vuelve de la mili, se hace novio de Josefa, una prima de la casa de Núñez de Fuentedeoliva. Se casan sobre 1947 y después de dos embarazos malogrados, nacen sus hijos, Suso en 1951 y Maruja en 1955, que vive en Barcelona. Ambos pasaron la infancia y adolescencia en Villanueva, donde vieron cómo su padre transformaba la casa do Xastre con ampliaciones y mejoras: la cocina tipo bilbaína en el piso superior, más habitaciones, y en los años setenta, el cuarto de baño. El tío Pepe también inició y coordinó mejoras en el pueblo como la luz eléctrica, la traída de agua hasta las casas, la reforma de la capilla, el teléfono público o el Teleclub para todos los del pueblo, instalado en el comedor. Pepe, acompañado de su hijo Suso, fue a recoger a León la televisión donada por la administración, entregada por Manuel Fraga, entonces ministro de Información y Turismo. Le costó mucho al señor Vicente de Moñón su instalación y puesta en marcha, la señal no era muy buena

en aquellas alturas. El tío Pepe desempeñó muchos años el cargo de alcalde pedáneo, hasta que viudo y enfermo tuvo que dejar las montañas de Villanueva para ir a vivir con su hijo, cerca del mar, en la costa de Lugo.

Carmen, la única hermana, desenvuelta y activa, ayudaba a la abuela Consuelo. Aunque tenía un amor en Balboa, tuvo que renunciar a él cuando la familia le pidió que se casase con Gumersindo, quince años mayor, su tío viudo que había estado casado con su tía Emilia, para atenderles y cuidar al pequeño Manolo. Al poco tiempo, los tres se fueron a vivir a Ponferrada, sobre 1947, al barrio de Flores del Sil, donde Gumersindo encontró trabajo en la empresa Minero - Siderúrgica de Ponferrada, popularmente conocida como MSP. Construyeron una gran casa con varias viviendas y huertas. Allí nacieron sus hijos: Pepe en 1949 y Mari en 1952, que trataron a Manolo como el hermano que era. En una de esas viviendas se irían instalando los hermanos de Carmen según abandonaban el pueblo: primero Manuel y Olimpia antes de instalarse en el barrio de Cuatrovientos; después Alfredo y Maruja cuando bajaron de Vega de Valcarce para Ponferrada.

Mientras estas historias ocurrían en la casa do Xastre, Manuel inició un camino personal de trabajos por todos los pueblos de alrededor. Ya conocía los oficios relacionados con la construcción, y las gentes lo conocían a él. Sabían de su buen hacer y responsabilidad. Le acompañaban Emilio de Villariños o su amigo Victorino de Casanova de Villanueva, entre otros ayudantes. Pasaban largas temporadas en pueblos y aldeas a veces alejadas.

Fue cogiendo la fama de buen trabajador que le acompañaría siempre.

Emilio y Alfredo continuaban en Vega de Espinareda, trabajando en la mina. Emilio hasta el fin de su servicio militar en los primeros años cincuenta. A su vuelta inicia relaciones formales con la tía Rosalía y se casan en 1956. Pasan los primeros años en Castañeiras donde nace Jorge en 1958, su primer hijo; después emigran a París y Rosalía vuelve durante un año cuando nació Milo en 1965.



Alfredo, el pequeño de la casa do Xastre, durante su estancia en la cuenca minera tuvo un hijo, Delfino/Fino, cuya existencia desconocíamos hasta hace poco tiempo. Fue muy bien acogido por los otros seis hijos que tuvo con la tía Maruja: Alfredo, José, Miguel, Fernando, Carlos y Elena. Larga familia que con los primos varones se asegura el apellido Cerezales.

Esta sería la época del tacto. Tacto para moverse en tiempos de guerra. El tacto del miedo en la piel sobre todo en la postguerra, que los encogía y callaba. Tacto con el carbón, cuando con veinte años, fue a la mina en Fabero. Tacto en el descubrimiento de las chicas, seguro que la vida en la cuenca minera tuvo algo que ver. Tacto para manejarse en el mundo que descubrió al ir a Larache a cumplir el servicio militar. Tacto para empezar a tratar con las personas que le encargaban los trabajos. Tacto con la madera que fue conociendo y manejando, del polvo y viruta en la ropa y en la piel. Tacto con las herramientas peligrosas, sus manos están llenas de cicatrices por los percances y accidentes. Y un tacto especial para iniciar su relación con Olimpia de la casa de Ferreiro de Villaspasantes, que tenía fama de soltera difícil de conquistar.

4.

OLIMPIA

Corría el otoño del año 1953, cuando en la feria de Piedrafita, Manuel se encuentra con Olimpia. Ella recordaba que le llamó la atención aquel chico, más bajo que ella, pero que parecía listo y cortés. Frente a otros “pretendientes” burdos y bruscos, Manuel tenía conversación, proyectos y era muy amable. Lo había visto alguna vez en El Comeal, cuando ella visitaba a su hermana Victorina, y él trabajaba por allí.

La invitó a un racimo de uvas, seguramente de El Bierzo, presagio del lugar en el que formarían su hogar. Entendiéndose en gallego, idioma que siempre usaron al hablar, Manuel mientras la acompañó una parte del camino a Villaspasantes, le pidió poder escribirle e ir a visitarla en su pueblo.

Pasó un tiempo y, cuando empieza el invierno, tiempo de menos trabajo, Manuel inició la correspondencia con unas sencillas cartas. Esta comunicación escrita se hace en castellano, idioma al que están poco acostumbrados, con una ortografía que, por su escasa escolarización, apenas conocen. Es su nieto Alberto quien las encontró, en el verano de 2022, limpiando y ordenando la carpintería. Reflejan el avance en la relación, el respeto, la química y el amor que se declaran.



Olimpia vivía en la casa de Ferreiro de Villaspasantes con su madre, su hermano Fermín, cuatro años mayor y el molinero, criado que atendía el molino de la zona, construido por su abuelo paterno en As Cobas. Todos los demás hermanos y hermanas ya se habían marchado.

José, el mayor, casado con María de Fonquente se había establecido en El Puente de Doiras, pequeña población que conecta la comarca de Cervantes y Los Ancares de Lugo, donde pusieron una cantina.

Victorina, su hermana mayor y mi madrina, la más elegante de todas, que había trabajado en Barcelona en talleres de alta costura, volvió para casarse con Jesús de El Comeal, de la casa de Comuñas, la mejor casa de todo el territorio.

Sus hermanas Teresa y Rosalía estaban ya en Barcelona desde hacía tiempo, casadas con José de Vilarello y

Victorino de Teixeira, todos jóvenes de la zona emigrados a Cataluña unos años antes de la Guerra.

Su hermana Adoración, casada con Manuel de Teixeira, se quedó en esa aldea hasta los años ochenta.

Remedios, la hermana que se casó con Manuel Gutiérrez de Villanueva de Pedregal. A mediados de los años cincuenta, cuando Olimpia se casó, volvieron con sus hijos a la casa de Ferreiro.

Carmen, la hermana pequeña, casada muy joven en Villarín de Doncos con Manuel de la casa de Girondo.

Fermín, hermano con el que convivía Olimpia, estaba construyendo su propia casa en el centro del pueblo para casarse con Virginia, una chica del pueblo.

Desde principios de los años cincuenta, Olimpia tuvo que trabajar “como una mula” para llevar adelante muchas de las tareas de la casa de Ferreiro, dirigida por su madre y su hermano Fermín. Fue pastora, criada, hilandera y tejedora, cocinera, cantera y constructora, comerciante en la feria, agricultora porque araba, sembraba y cosechaba.

Había nacido en Villaspasantes (una villita como le diría a Manuel en sus cartas) el 18 de abril de 1928. La octava de una familia de nueve hijos, creada por José Pérez López y Filomena Fernández Rosón, A Maíña, como le llamaron hijos y nietos. La casa de Ferreiro había sido fundada por Ángel y Antonia, padres de José, en 1857.



Foto delante de la casa de Ferreiro en 1929 publicada en el libro "A terra e os homes" de Walter Ebeling. Olimpia es la niña rubia en brazos de su madre, en el centro.

Si el abuelo José, fallecido por tifus a principios de 1930, aportó la casa con sus propiedades, la abuela Filomena, ofreció un cierto nivel cultural y estatus. Nacida en Castelo, parte de su familia asentada en Becerreá, tenía médicos y abogados cuyos descendientes ocuparon puestos importantes en Lugo, Ponferrada e incluso Madrid (Juan José Rosón Pérez, ministro del interior 1980-1982). La influencia de esta rama familiar sería la que Olimpia tendría en cuenta para intentar progresar en la vida. Proponiéndose como objetivo, igual que algunas hermanas, buscar un lugar lejos de la esclavitud del trabajo en la montaña, con escasas expectativas de futuro.

Son muchas las historias que nos contaba sobre su vida en el pueblo. Cuando de pequeña tenía que cuidar los cerdos casi tan altos como ella; cuando lloraba porque no tenía muñecas y sus hermanas mayores le hicieron una de trapo; cuando camino a Teixeira, una aldea cercana, se encontró con un lobo que le miraba desde la parte alta del camino hasta que volviendo sobre sus pasos se alejó a toda carrera; cuando durante la guerra pasó mucho miedo por los guardias civiles y los escapados entrando en la casa; cuando la madre le encargó hacer un arroz sin decirle cómo y echó todo el paquete a cocer en una tartera llena de agua hasta que se desbordó; o cuando iba con las vacas procurando coincidir con las mejores personas del pueblo; cuando tenía que trabajar de sol a sol y después coser o tejer en el telar.



Siempre quiso que nos formáramos y cuando protestábamos por ir al colegio, nos recordaba que ella nunca pudo estudiar. Sólo asistía a la escuela los días que no le mandaban tareas. Recordaba con especial cariño al maestro andaluz que en la postguerra llegó exiliado al pueblo con su familia. Se hizo muy amiga de sus hijas, “aunque hablaban raro”. Ella tenía mucho interés por saber y recordaba que ese maestro le decía: “Olimpia deja que el lobo se coma las ovejas, así podrás venir a la escuela”. Antes de perderse en la niebla del Alzheimer, pudo disfrutar de una de sus grandes aficiones, la lectura.

Esta Olimpia alta, elegante, trabajadora, buena y lista es la que descubrió Manuel en el camino de vuelta de una feria de Piedrafita del año 1953. Por eso en unos meses ya lo tenía completamente enamorado. Por eso mantuvieron una relación breve con cartas y visitas de Manuel a Villaspasantes, haciendo una caminata de más de dos horas, por montes y valles, después del trabajo. Los habitantes de los pueblos que cruzaba lo veían pasar al atardecer; y comentaban, “Ahí vai Manuel do Xastre a ver a Olimpia de Ferreiro”. Estaban una media hora de charla en el portal de la casa, bajo la mirada atenta de la “Maíña”, la abuela Filomena, comentando trabajos y penurias. Luego, la vuelta, ya de noche, muchas veces con frío, atento por si aparecía alguna alimaña.



En los primeros años cincuenta, Olimpia pasó una época también muy dura en el pueblo. Era la única hermana que quedaba soltera, y los próximos bromeaban con lo de “quedar para vestir santos”. Como la madre se hacía mayor, era ella la que tenía cada vez más obligaciones y responsabilidades. Trabajar como un hombre acompañando a su hermano Fermín al que ayudaba además a construir su casa “¡Cuanta piedra acarreamos!” decía. Además, criaba a su sobrino Eduardo, uno de los hijos mayores de tía Remedios, que vivían en Villanueva de Pedregal y que se mudaron a la casa de Ferreiro, cuando Olimpia se fue y el tío Fermín se casó con la tía Virginia. La familia de Remedios y Manuel es la actual propietaria de la casa de Ferreiro. Después de la pandemia del COVID y en la actualidad, allí vive una de sus nietas con su pareja. Jóvenes de ciudad que han apostado por la vuelta al pueblo. Han restaurado la casa y cuidan algunas propiedades mientras hacen teletrabajo. ¡Lo que es la vida!



Mi hermana y yo tenemos la teoría de que, aunque es verdad que nuestros padres se querían, que había una química entre ellos que les duró más de sesenta años, lo que más animó a mamá a aceptar las propuestas de matrimonio que le hizo papá, fue la posibilidad que le planteó de salir de las montañas. La tía Carmen, hermana de papá, ya vivía en Ponferrada con Gumersindo y su familia, y les habían ofrecido su casa para los primeros tiempos de casados, además él tenía muchas posibilidades de conseguir trabajo de carpintero. Así que, Manuel y Olimpia se casaron un nevado 19 de febrero de 1955.



Como avanzaba la mañana y él no llegaba, por el metro de nieve que cubría montes y valles, los del pueblo le bromeaban diciendo: “Vas ter que casar con outro, Manuel non chega”. Ésta fue la primera, de infinitas veces que tuvo que esperar al marido, pues siempre llegaba

tarde, para comer, para ir a algún sitio, para ir a dormir...Pero llegó, con tres únicos acompañantes, sus hermanos Emilio y Alfredo, y su primo y vecino José María de Crespo, abriéndose camino a través de la nieve.

Tras la boda se fueron a vivir a Ponferrada, la capital de la comarca de El Bierzo, que a mediados de los cincuenta estaba en pleno desarrollo por la minería, la central térmica, la construcción del pantano de Bárcena y la implantación del regadío transformando tierras de secano; y especialmente la construcción de la central hidroeléctrica.

Olimpia volvió al pueblo muchas veces para ayudar a sus hermanos Fermín y Remedios, o para buscar documentos como el libro de familia. Hacía un viaje de cinco horas, más de dos horas en coche y otro tanto caminando, desde Ponferrada hasta Villaspasantes. Cogía el coche de línea en el barrio de Cuatrovientos, al lado del bar Tropezón. Eran aquellos autobuses con baca en la parte superior a la que el conductor accedía por una escalera, y ocasionalmente también llevaba alguna vaca u otro animal, en el compartimento trasero destinado a ellos. Pasaba lentamente por todos los pueblos del Bierzo bajo: Camponaraya, Cacabelos, Valtuille y Villafranca del Bierzo, donde después de unas maniobras complicadas por la estrechez de las calles, tenía que cambiar a otro coche, aún más viejo o sencillo que pasaría por El Portelo, cuyo destino era Liber, en el Ayuntamiento de Cervantes en la provincia de Lugo. Después de Villafranca, Pereje, Trabadelo y Ambasmestas, el autobús iniciaba la

ascensión al Portelo pasando por Quintela aún en el valle, Paraxís, Villarmarín, el puerto de El Portelo y a unos dos kilómetros, ya en la provincia de Lugo, se bajaba en un paraje llamado “A Campa do Couso”, explanada aislada de toda población. Le quedaban más de dos horas de caminata, montaña abajo y montaña arriba, pasando por las aldeas y tierras de San Miguel, Bazal, Gumieiro, hasta llegar a Villaspasantes. Si salía a la cuatro de la tarde, llegaba al anochecer, casi siempre cargada con productos que en el otro lugar no tenían. La verdad es que a la vuelta solía viajar más cargada, después de haber ayudado en la siega, en la “malla” o en la matanza, volvía con algo de carne de cerdo curada o para curar, verdura o semillas de berzas, repollo, nabizas, o habas para plantar en el huerto.

Pasaron unos meses viviendo en la casa de Carmen y Gumersindo en el barrio de Flores del Sil. Manuel buscó y encontró trabajo en una carpintería en el centro de Ponferrada, y Olimpia con ayuda de sus cuñados, alquiló y trabajó una huerta en el barrio de La Martina. Allí plantaba las semillas traídas del pueblo, y además de sembrar patatas, cultivaba otros productos que en El Bierzo se daban mejor como tomates, pimientos o lechugas. Continuaron en El Bierzo siendo los dos unos trabajadores infatigables.

Sobre 1956, Manuel se une al grupo de carpinteros que harían el encofrado de la presa del embalse de Bárcena, próximo a Ponferrada. Esta infraestructura aseguraría el agua a la ciudad en crecimiento espectacular, y el sistema de regadío con los canales alto y bajo de El Bierzo,

provocando la transformación agrícola de toda la comarca. Cuando en 2019 hubo una exposición, relacionado con el embalse de Bárcena, en el centro cívico de Fuentesnuevas, otro barrio de Ponferrada, preparamos un documento que ofrecimos a los organizadores. Quizás entonces se empezó a gestar en mi cerebro esta autobiografía, al ver que Manuel tenía muchos y muy claros recuerdos.



CARPINTEROS EN EL PANTANO DE BARCENA (1955-1958)

Recuerdos de Manuel Cerezales Santín (Villanueva, 1922)

"El jefe de obra era Piñeiro y el encargado, de apellido Agra. Nos llevaban en autobús hasta el taller situado en la zona alta próxima a la presa. Allí preparamos los andamios para la gran grúa, como no había en España, la trajeron de Francia. Se me dio bien el trabajo y me ascendieron pronto a oficial de primera. Trabajaba 11 horas al día y me pagaban 700 pesetas al mes. Recuerdo solo un accidente grave, de una vagoneta que descarriló abajo en el río. En la fotografía estamos todo el grupo de carpinteros que preparábamos la madera de los encofrados de la presa. No recuerdo el nombre de los dos obreros de los extremos, los demás (de izquierda a derecha) son: Aureliano (Galicia), Félix (Ponferrada), el de la boina soy yo, luego Paco (Barco de Valdeorras), Arsenio (La Válgoma) y Ramiro (Galicia). Como empezó muy fuerte la construcción en Ponferrada me fui a las obras de la ciudad, porque se pagaba más."

Olimpia no estaba a gusto en Flores del Sil, a pesar de que en otoño de 1956 pasaron a vivir solos en una de las viviendas de alquiler de los tíos Gumersindo y Carmen. Ella prefería el barrio de Cuatrovientos, situado un poco más alto, “por si alguna vez falla el pantano”; y especialmente porque estaba en la ruta del coche de línea hacia su pueblo, y los vecinos eran emigrantes de las zonas de Balboa o Cervantes, que se quedaban en las tierras de labor de este barrio, mucho más baratas que el centro de la ciudad. Estaba cruzado por la carretera Nacional VI, que le daba mucha vida. Además, tenía dos o tres grandes fincas de gente acaudalada con sus chalés; el resto del territorio eran campos de cultivo, entonces de secano; pequeñas construcciones de planta baja pertenecientes a los obreros de la primitiva central térmica, muchos de ellos andaluces; y alguna que otra casa de planta y piso con huerta de los emigrantes de pueblos bercianos como Villabuena, Arborbuena, Valtuille, Paradaseca, y otros pueblos de las montañas del oeste. Así que se buscaron una vivienda de alquiler en la planta baja de la casa de la Sra. Anuncia de Valdecañada, con cocina tipo bilbaína, habitación y un pequeño cuarto de baño. Estaba en la calle Juan XXIII, en el barrio del Veterinario.

Mientras Manuel trabajaba en el pantano, Olimpia además de atender la casa y hacer la comida, seguía con la huerta en La Martina, ahora a más de tres kilómetros, cultivando hortalizas a pesar de su embarazo. También preparaba la canastilla, con todo lo necesario para el futuro bebé: pañales de hilo, jerséis, faldones, fajines para proteger el vientre, patucos, calcetines...

Yo nací en agosto de 1957, en la habitación de aquella casita de alquiler, ayudada por la comadrona D^a Bernarda y un par de vecinas. Cuando mamá recordaba aquella época su cara era feliz y muy dulce, por fin había dejado la vida dura de la montaña, su trabajo para otros y tenía un buen compañero, cariñoso, trabajador, y, lo más importante, una niña a la que cuida, educa y protege hasta que a finales de los años noventa se cambiaron los papeles.



Manuel, se pasa a la construcción sobre el año 1958, en la empresa de Porfirio Fernández. Empieza como obrero para todo tipo de trabajos. Iba caminando al tajo los dos kilómetros que separan el barrio de Cuatrovientos de otras zonas de la ciudad. Llevaba la merienda para comer en la obra y no volvía hasta la tarde.

Cuando aún podían porque había luz, iban a la huerta para cavar, sembrar, plantar, regar, cosechar o recoger sus hortalizas. Criaban un cerdo en las cuadras de Gumersindo y Carmen, que les proporcionaba la carne de todo el año.

Con el dinero que iba consiguiendo en el trabajo en la empresa y en otros trabajos a particulares, casi siempre tejados de casas de vecinos, que hacía en los días festivos, pudieron comprar un terreno a D. Ramiro, y hacerse una vivienda propia. Así fue como a lo largo de 1959 empezaron a construir su primera casa de planta y piso en

una zona de Cuatrovientos, en el lado izquierdo de la carretera, donde sólo había huertas y un par de construcciones. La casa, estaba pegada a la de la Sra. Encarna de Castañeiras, dueña del club “Casablanca”, fue hecha por unos albañiles ayudados por Manuel y Olimpia. Ella ejercía de pinche sin ningún problema. Nos contaba que tuvo que dejar la obra cuando, realizando uno de los trabajos, se puso de parto de mi hermana. En el primer recuerdo de mi vida veo a mi madre en su cama y a dos señoras en su habitación, una de ellas diciendo “¡Lleaos a esa niña!” Estaba naciendo Manoli y yo estaba presente. El segundo recuerdo sería de unos días después, en su bautizo. Yo con tres años intentaba subir a un gran coche negro, el taxi que nos llevaría a la iglesia de Columbianos, porque la del barrio de Cuatrovientos se estaba construyendo. Nos decía mamá que no había hombre más feliz que Manuel con sus dos niñitas.

Esta primera casa en propiedad estaba en la actual calle Cervantes, entonces no tenía nombre, en el número 7. Tenía un patio posterior con un pequeño huerto, una bodega y un pozo que hizo Manuel, al igual que el tejado. Pusieron luz eléctrica, pero no había agua corriente y se sacaba del pozo con un caldero de zinc. El espacio de la cocina era el más grande de la casa y allí se hacía la vida. Se calentaba con leña, recortes de la carpintería o carbón. Olimpia fue varias veces a la vía del tren de la M.S.P. para recoger el carbón que caía de las vagonetas que lo transportaban al lavadero, hasta que Manuel se enteró y se lo prohibió por lo peligroso que era. El cuarto de baño era muy básico y al principio no tenía bañera, sólo inodoro

y lavabo. Todos los muebles de la casa los hizo Manuel en su carpintería que estaba en la planta baja. Allí puso su banco y sus herramientas que le permitían trabajar después de venir de las obras o los domingos. Por toda la casa se oían los ruidos de martillos, sierras, cepillos de carpintero, y la viruta aparecía en cualquier lugar. El suelo de toda la casa era de mosaico con bonitos dibujos, recuerdo a mi madre fregándolo de rodillas con estropajo de esparto y un trapo para aclarar. También la recuerdo deshaciendo en verano, al sol, los colchones de lana de oveja, para airearla o lavarla, secarla y ahuecarla antes de volver a coserlos.



Nuestros padres siempre estaban trabajando. Olimpia, nos cuidaba, nos hacía la ropa, se encargaba de la casa, lavaba en la pila al lado del pozo, cultivaba algunas hortalizas en el pequeño huerto de la casa, atendía a las gallinas y conejos. Manuel, o estaba en la empresa, que en aquellos años era la constructora de José Fernández,

“Catachán”, o en otros para vecinos y familiares. Uno de los trabajos fue la construcción de una pequeña vivienda en una parte del bajo de su propia casa, con entrada por el patio. Sólo una habitación, una mínima cocina y un aseo en la que poder acoger a su hermano Emilio, antes de que emigrara a París, o a otros familiares que bajaban del pueblo a buscarse la vida.

En 1962 murió el abuelo Delfino. En aquella época era costumbre hacerse una foto familiar en el cementerio. Está enterrado en el cementerio de Balboa.



Manuel continuaba trabajando con Catachán, que en aquel momento estaba construyendo el edificio Uría, el más alto de Ponferrada “la ciudad del dólar”. Se sentía muy orgulloso de participar en ese proyecto, siempre estaba implicado y decía “si la empresa va bien, los obreros también”.

Le dejaba la gestión del dinero familiar a Olimpia, porque era una gran ahorradora y sabía muy bien cómo gastarlo en compras interesantes, para ir mejorando en la vida. Con la venta de las tierras de la casa de Ferreiro de Villaspasantes que ella heredó, compraron también a D. Ramiro por ochenta y ocho mil pesetas una larga tira de suelo de dos cuartales, muy cerca de su casa, con buena tierra para cultivar y acequias de riego del Plan General de Regadío. Su hermano Emilio, que estaba de emigrante en Francia, también compró en la misma zona y se plantearon hacer en esos terrenos unas casas un poco más grandes, muy parecidas, y más modernas por tener ya agua corriente. Cada propiedad tenía su pozo con un motor que sacaba el agua a un depósito situado en el desván. De allí se distribuía por tuberías a la cocina y al baño.



En aquella época se casó la prima Antonia, hija de Teresa, hermana de mamá. Olimpia fue a la boda y de paso conocer Barcelona. Fue una bonita experiencia que Manuel permitió saltándose las costumbres machistas de aquellos tiempos. Mamá, siempre trabajó mucho para colaborar en los gastos familiares; y defendió sus ideas con opiniones claras, llenas de sentido común. Era ella la que se movía para conseguir los permisos del Ayuntamiento o hacer cualquier tipo de gestiones.



Olimpia fue quien le puso el nombre a la calle que quedaba entre las casas de Manuel y Emilio. Como venía de Cervantes (Lugo) pensó que éste sería un buen nombre y se lo propuso al funcionario municipal cuando le preguntó. Por eso muchas de las calles de Cuatrovientos que se generaron después, serían “bautizadas” con

nombres de escritores como Rubén Darío, Jovellanos, Lope de Vega, Zorrilla... Este viaje le sirvió también para modernizar su imagen, con el pelo corto y potenciar su elegancia natural.

Durante las semanas que pasó en Barcelona, Manuel y nosotras dos nos quedamos con la tía Carmen en Flores del Sil. Entonces vivimos nuestra primera aventura. Un día Manoli, con poco más de dos años, tuvo un percance y la tía Carmen le riñó. Yo la cogí de la mano y me la llevé de vuelta a nuestra casa. Menos mal que nos encontraron antes de llegar a las vías del tren que separan los dos barrios.

Entonces yo iba a la Escuela Nacional de Doña Basila, ubicada en la planta baja de su propia casa, en la calle Villa Luz. Como estaba muy cerca, iba por un sendero a la orilla de una acequia que cruzaba las huertas. Tenía prohibido acercarme a la carretera, aunque pasaban pocos coches. Si, que era un espectáculo, y todos los vecinos nos acercábamos a verlo, los días que Franco iba a Galicia, Ferrol, Coruña o Meirás, con todo su séquito y escolta de motoristas. En esa escuela, a la que acudíamos solo niñas de todas las edades, aprendíamos unas de otras. La maestra iba en galochas y con una mañanita de lana sobre los hombros, entraba y salía de la escuela a la huerta y de la huerta a la escuela. A veces, nos atendía D. Nicolás, su marido, supongo que mientras ella hacía la comida. Teníamos una estufa de leña y el calor llegaba solamente a los pupitres de alrededor, creo que en aquella época tuve sabañones. Aprendí a leer con unas tarjetas grandes

con dibujos de colores y una cartilla que había en clase. Lo que yo llevaba a la escuela todas las mañanas era una pizarra y un pizarrín blando, de los buenos, de “manteca”, y un vaso de cristal con un poco de azúcar. Las niñas mayores, durante el recreo, preparaban encima de la estufa en una gran olla, una bebida con agua y leche en polvo. Era el complemento alimenticio que la Ayuda Social Americana había enviado para repartir a los niños en los Colegios Nacionales.

Son muchos los recuerdos propios que me surgen al hacer esta biografía de mi padre, pero tendrán otro espacio propio, antes de que se presente la niebla, de la que hablaba mi madre y mis tías.

A pesar de vender la primera vivienda a la Sr.^a Estrella y el sr. Alfredo, también emigrantes en Francia, y las fincas que le habían tocado en herencia a Manuel, no les llegaba el dinero para terminar la construcción de la nueva casa, en lo que sería el número doce de la calle Cervantes. Además, tendría como añadido, un tendejón para taller de carpintería.

Por eso deciden que Manuel emigraría, “con gran dolor de corazón”, a París donde estaban Emilio y Rosalía. Se va en abril de 1964 según su pasaporte, que aún conserva, así como las nóminas. Aunque el sueldo al principio era bajo, como trabajaba muy bien, a los dos meses ya cobraba en torno mil francos franceses, unas doce mil pesetas. El triple de lo que cobraba en España. Tiene recuerdos agridulces de aquellos tiempos de emigrante. Los barracones en los que vivían varios obreros de distintas

nacionalidades, pasando frío o calor, situados a pie de obra. La mala comida que cocinaban y cómo se buscaban la vida para lavar la ropa o cuando estaban enfermos, sus dificultades con el francés y con las monedas, los francos. El lado bueno sería conocer la preciosa ciudad, con sus calles, avenidas, edificios, monumentos ... para Manuel, tan interesado por la arquitectura, fue todo un descubrimiento.



Aprendió a moverse en el metro y a “chapurrear” el francés imprescindible para la vida cotidiana, aún dice “la puvela” o “las carrotas”. Sus mejores recuerdos tienen que ver con los encuentros con los parientes o amigos que hacían los días de fiesta, para pasear por Los Campos Elíseos y el Arco de Triunfo, el Trocadero al lado de la Torre Eiffel, las orillas del Sena... Sólo unas buenas caminatas, sin parar en ningún café, porque había que ahorrar para enviar todo el dinero posible a casa.

Para ayudar en la economía familiar se solía alquilar una de las habitaciones de la casa a personas conocidas, recomendadas por familiares o amigos. Antes de que Manuel emigrara, vivía con nosotros Nicanor de Quintela, un hijo del maestro de Balboa, que trabajaba en la RENFE de Ponferrada. Era un señor culto y educado. Cuando no trabajaba ni leía, nos daba clases a mi hermana y a mí. Aún

le recuerdo explicándome gramática con la enciclopedia Álvarez y enseñando a Manoli las primeras letras... ¡Cuánto le costó la letra e! Manuel le hizo una estantería para sus libros, que al marchar nos regaló y aún la tenemos. Como no estaba bien visto que un hombre soltero permaneciera en casa cuando el marido no estaba, vino su hermana Minas, una persona encantadora, y se fueron a vivir a un piso cercano. Para Olimpia el “qué dirán” era muy importante.

La tía Rosalía estando embarazada de su hijo pequeño, Milo, volvió a su casa recién construida para dar a luz. En Francia quedaron Emilio y Manuel. El bautizo reunió a una parte de los Cerezales y los Quiroga. Los padrinos fueron Manolo y Mari de Flores del Sil.



Cuando Milo tenía casi dos años, la tía Rosalía vuelve para Francia y le deja a nuestro cuidado. Mamá le atendió como si fuera un hijo, aunque, como era tan inquieto, le dio y nos dio muchos disgustos. Un día casi se envenena con un insecticida que se usaba para el huerto, bien

guardado en un rincón de la bodega. Otro día, jugando en el remolque de un tractor, se dio un buen corte en un dedo, aún hoy tiene las cicatrices. La “trastada” más seria fue cuando se le ocurrió junto a un amigo “bañar” a todos los conejos que Olimpia criaba en el tendejón que sería la carpintería, algunos no sobrevivieron.

Papá vuelve en febrero de 1966, con muchos regalos para sus mujeres, para Manoli un bolsito rojo y para mí otro igual azul. Aún siento su cara fría cuando me besa y me fijo en que lleva una chaqueta rara, una cazadora de cuero negro. Con lo conseguido en Francia, pueden terminar la casa y celebrar mi primera Comunión en mayo. D^a Basila, mi maestra me ayudó a memorizar una poesía que recité ese día.



Manuel volvió a su trabajo en la empresa de construcción de Catachán y Olimpia al cuidado de su casa, a mejorar como cocinera, y a su huerta, gallinas, conejos, e incluso cerdos. Por lo menos hicimos tres matanzas en aquellos años. El tío Gumersindo dirigía y se hacían todas las tareas

igual que en el pueblo. El secado de los chorizos y botillos se conseguía con un pequeño fuego en desván de la casa, donde se colgaban, controlando el proceso.

Manoli había empezado a ir a la escuela de D^a Juanita, la hija de mi maestra, que tenía su clase de pequeñas al lado de la nuestra. Íbamos juntas, hasta que en septiembre de 1967 yo empecé en el colegio de las Madres Concepcionistas en el centro de Ponferrada. Olimpia tuvo que hacer varias gestiones para que me aceptaran en ese colegio. Habló con unos familiares de parte de la abuela Filomena, que eran personas influyentes en Ponferrada, pues tenían una clínica privada de prestigio. Para ella nuestra formación era un asunto muy importante, y Manuel estaba de acuerdo. Aunque tuvieron que hacer un esfuerzo económico para comprarme el uniforme, y pagarme el autobús los cuatro viajes diarios, tenían claro, especialmente mamá, que teníamos que aprender todo lo que ella no pudo y formarnos para tener un futuro mejor.



Se empezaba a notar que ya teníamos otra situación económica, porque Manuel trabajaba mucho y muy bien. Era muy querido y valorado en la empresa, donde aplicó muchos de los conocimientos adquiridos en Francia. Mamá trajo a la abuela para que estuviera un tiempo con nosotros, y poder disfrutar de ella. Pronto empezó a “perder la cabeza”, y murió en su pueblo, Villaspasantes, a principio de los años setenta.

Teníamos, en una balda de la cocina, un viejo aparato de radio con la que escuchábamos en Radio Juventud de Ponferrada a Luis del Olmo, Ignacio Linares o Yolanda Ordás. Las noticias eran importantes para los mayores, pero nosotras estábamos más pendientes de las dedicatorias, de Elena Francis o del programa del Mago Chalupa cuando se acercaban las Navidades. Manuel no tenía tiempo de radio, todo su afán era el trabajo.

En el tendejón, próximo a la casa, instaló con un socio un taller de carpintería profesional. Compraron maquinarias, herramientas y grandes cantidades de madera. Manuel no quiere hablar mucho de ese proyecto, porque algo no le “olía” bien. La sorpresa la tuvimos una mañana de invierno con mucha niebla, pues mientras estábamos desayunando oímos un estruendo en el exterior. Al subir la persiana, nos encontramos con mucho humo y el tejado de la carpintería desplomado. Al parecer, el seguro pagó los desperfectos. Sobre ese solar está la última casa que construirían, nuestra vivienda actual, en la calle Jovellanos, muy cerca de sus otras casas.



Fotografía realizada por Teolindo de Canteixeira en la terraza de casa con la abuela Filomena "A Maiña"

Sobre 1967, Manuel y Olimpia proyectaron la que crearían su vivienda definitiva, con dos pisos y un gran bajo comercial, pegada a la casa de Cervantes, en el número 14. Las carambolas del destino hicieron que las circunstancias jugaran a su favor, porque en esos momentos, se aprobó la construcción, en unos terrenos cercanos a nuestra calle, el Colegio Público Jesús Maestro de Cuatrovientos, que sustituiría a los Colegios Nacionales del barrio. Como se iba a utilizar una zona en parte ocupada por nuestra huerta, se les propuso a Manuel y Olimpia hacer un cambio de terrenos con unos vecinos. Todo ello está en un documento privado realizado por D. José Tahoces, un maestro de Fuentesnuevas, que "sabía hacer esos papeles" y firmado también por Horacio, Jesús y sus mujeres, propietarios de los solares. Pronto se inicia la construcción de la casa de la calle Cervantes, 14. En

pleno desarrollo económico, nada da miedo a Manuel y Olimpia, aunque tendrían que pedir dinero prestado a su primo y amigo Suso Crespo, porque los préstamos bancarios, en esos años, eran imposibles para la gente humilde. Una obra tan ambiciosa suponía muchos gastos, por eso venden por quinientas mil pesetas, la casa de Cervantes 12 a Antonio Lamas y Eulogia Quiroga, hermana de la tía Rosalía, también emigrantes en Dijon (Francia).

Como se iban a quedar sin huerta, Manuel y Olimpia compraron dos cuartales de buena tierra y riego en otra zona del barrio, en La Granja de Las Piedras, después del Canal bajo de El Bierzo. Será mamá quién se ocuparía de su cultivo y nosotras la acompañábamos para ayudarle en algunas tareas. “A vuestro padre no le gusta mucho el campo”. También les ayudaba Luis, el primo de Villaspasantes, hijo de la tía Remedios, que aquel año vino a vivir a nuestra casa, para empezar a aprender el oficio de mecánico en los talleres del barrio. Fue el que más trabajó en la mudanza al primer piso de la casa nueva. También le hacía de pinche a Manuel, aunque reconoce que era muy difícil trabajar con él. Como en el piso nuevo había cuatro habitaciones, en la cuarta se instaló otro primo, Suso de Villanueva, que también inició su emigración hacia Ponferrada, y trabajaba en las obras al tiempo que aprendía el oficio de soldador en los cursos del PPO, Promoción Profesional Obrera, en la Escuela Sindical.

Parte del local comercial de la nueva casa lo alquilaron a Adolfo Samprón, un viajante de la marca alimentaria

Nomen y vecino de la calle. En la otra parte del local, la más pequeña, Olimpia decidió poner una librería. Les pareció una buena idea teniendo en cuenta que ya estaba en construcción el cercano colegio público Jesús Maestro. Así fue como mamá se hizo empresaria. Se buscó la vida para conseguir los permisos del Ayuntamiento; relacionarse con los libreros de Ponferrada, siempre estuvo agradecida a los propietarios de la librería Granja; atender a los representantes de editoriales o de almacenes; hablar con los directores de los dos colegios del barrio; y con los profesores para conocer sus necesidades relacionados con el material escolar. Se hizo muy conocida en el barrio por su saber hacer, su seriedad y su amabilidad.

En junio de 1968 celebramos la Primera Comunión de Manoli, que la hizo con todas las compañeras de la clase de D^a Juanita, María José, Charo, Ana, ...

Sería el último acontecimiento juntas porque en septiembre se incorporó al colegio de La Inmaculada. Ella empieza el ingreso y yo el tercer curso del Bachillerato Elemental. ¡Cuánta paciencia tuvo conmigo! Por mi tranquilidad y falta de puntualidad cuando por la mañana cogíamos el autobús urbano para ir al centro de Ponferrada.



Esta nueva etapa en la vida de Manuel puede ser la del gusto. El gusto de elegir a una de las mujeres más trabajadora, buena y elegante de los pueblos de alrededor. El gusto de disfrutar la buena cocina que hacía, especialmente el caldo gallego, el pollo o el conejo caseros guisados los domingos; o los canelones, que aprendió a hacer con sus hermanas de Barcelona. El gusto que tuvieron al ir mejorando sus casas, cada vez más modernas y con mejores servicios. El gusto al vestir, sabiendo pasar de estar como obreros en las situaciones de trabajo, a estar muy elegantes y trajeados, cuando la ocasión lo requería. El gusto por disfrutar de los encuentros familiares con padres, hermanos, sobrinos ..., donde siempre estaba Olimpia con sus postres como el arroz con leche, la tarta de galletas, el brazo de gitano o el flan. Siempre haciendo de anfitriona excepcional. Con un estilo que la hacía única, elegante y con mucha clase, a pesar de “ser una pastora de ovejas” como ella bromeaba.

5.

TRABAJO Y AHORRO

A principios de los años setenta, Manuel empezó a trabajar en la MZOV, una gran empresa que estaba construyendo la nueva Nacional VI, sacándola del centro de Ponferrada. Él trabajó en los tramos de las provincias de León y de Lugo. Como su nivel de competencia era muy alto, pronto lo nombraron capataz. Tenía amistad con el Sr. Presas, el encargado y con un ingeniero joven, el Sr. Santamarta. Ellos le dejaban algunos planos de distintos tramos de la obra, de los canales o de los puentes, se enfrascaba en ellos y los estudiaba con atención.

Tuvo mucho interés por hacer una maqueta, en madera, del Puente del Azufre, que iría a las afueras de Ponferrada, sobre el río Sil.



Los que trabajaron con él dicen que era muy difícil en el trato profesional, pero, “un cacho de pan”, en el trato personal. Quería que en el trabajo las cosas se hicieran muy bien y a su estilo. No admitía opiniones, al menos en un primer momento. Tenía mucho genio y llegaba a enfadarse. En muchas ocasiones acababa haciendo él todas las tareas, para evitar enfrentamientos. Parecía obsesionado por el trabajo y “echaba muchas horas en el tajo”. Además, se iba interesando por tareas más complejas, que necesitaban cálculos y operaciones matemáticas que no conocía. Como yo estaba cursando el 4º de bachillerato elemental y por la noche me veía haciendo los deberes, me preguntaba estrategias para aplicar a sus trabajos. Le enseñé la regla de tres, la raíz cuadrada y, más adelante, algo de trigonometría. Pero a veces, no sé cómo lo hacía, llegaba a resultados correctos “por las cuentas de la vieja”.

Tenía croquis, esquemas, anotaciones en pequeñas libretas que aún conserva. Todo lo tenía que medir, anotar, razonar y experimentar. En sus bolsillos siempre llevaba un lápiz de carpintero, “o navallo”, una libreta cuadriculada pequeña, un metro, el pañuelo de tela sucio y arrugado, y alguna punta o tornillo. Olimpia se hartaba de coserle los bolsillos de la ropa de trabajo, pocas veces usó la “funda” azul. Sólo se mentalizó de su uso cuando empezaron las normas de seguridad en la empresa, que les obligaba a llevar el mono, el casco, las botas y los guantes.





Con los cargos de más responsabilidad empezó a ganar más dinero. Nos enseñaba todo orgulloso los sobres a final de mes. Unos con el sueldo base que le correspondía y otros con el dinero por complementos como el cargo de capataz, las horas extraordinarias o algún añadido por fin de obra. Entre sus ganancias en la empresa y lo que mamá sacaba en la librería se pudo iniciar el ahorro familiar y hacer algún gasto especial como la televisión, el teléfono o la lavadora.

Antes de comprar la televisión, mi hermana y yo íbamos los domingos por la tarde a ver El Virginiano a casa de una vecina, la Sra. América. Nos juntábamos en su cocina varios chiquillos de nuestra calle a comer pipas y a disfrutar de los programas infantiles. Manuel no compró nuestra primera tele en una tienda, se la encargó a un amigo que se dedicaba a arreglar televisores, el señor Vicente. Luego había que llamarlo cuando fallaba, y

siempre la dejaba funcionando. El teléfono, fue otra modernidad que tardamos en tener y era más necesario para la librería que para el uso personal. También compró la lavadora, para que mamá tuviera menos trabajo. Hasta entonces tenía que lavar la ropa, en verano, en la acequia grande de riego, con una tabla que él le había hecho. En invierno se lavaba también con una tabla más pequeña, pero en la bañera de casa. El agua caliente se cogía de un depósito que tenía la cocina de carbón. Como aún no habíamos puesto calefacción, pasábamos mucho tiempo en la cocina durante el invierno. Allí se puso la televisión, porque la salita con su tresillo de escay y su mesita “elevadora”, que también servía para comer, se compró más adelante.

En la librería – papelería – tienda de golosinas de Olimpia también pasábamos frío los meses de invierno, a pesar de la estufa de butano. Manuel había hecho los mostradores, estanterías y escaparate tan sencillos y poco acabados que Olimpia protestó porque “siempre trabajas mejor para los de fuera de casa”. Cuando no teníamos clase ayudábamos atendiendo a los clientes, primero me tocó a mí, pero como aprendí a escaquearme porque tenía muchos deberes, fue Manoli la que trabajó más tiempo. Durante la campaña de los libros de texto, finales de agosto y todo septiembre, atendíamos las tres, y ganaba el dinero de todo el año.

Ya se habían marchado nuestros primos, Luis a París a trabajar de mecánico en la Renault; Suso a Puentes de García Rodríguez como soldador; y Toya y Pepe de El

Comeal, que vivían alquilados en nuestra casa anterior, a Cataluña, como la mayor parte de la familia. En Barcelona y alrededores tenemos a muchos Ferreiros, y los 15 de agosto de cada año nos juntamos, desde hace un tiempo, en una comida de reencuentro familiar.

Según la costumbre de Olimpia de ayudar en lo posible a sus hermanos y sobrinos, invitó a Filo de Villaspasantes, la hija mayor de tío Fermín a venir a casa para aprender a coser. Estuvo con nosotros hasta que se casó con Manolo de As Cobas, la aldea donde está el molino de Ferreiro, y donde aún viven.



A mediados de los setenta se desarrolló un Plan de Urbanismo en Ponferrada, para mejorar la traída de agua y el saneamiento. Nuestra calle fue la primera de Cuatrovientos en hacer las obras. Los vecinos pusieron la mano de obra, dirigidos por Manuel, y el Ayuntamiento aportó los materiales. Por eso nos salió más barata que otras calles. Antes teníamos el pozo con el motor, un depósito para el agua en el desván, y el pozo negro, para las aguas sucias, en la parte de atrás de la casa, donde estaba el huerto. Al tiempo que se modernizaba la ciudad, Manuel y Olimpia procuraban hacer mejoras también en su casa. Por eso, pidieron dinero prestado a Manuel Núñez, un primo, y a Emilio Saco, un vecino recién llegado de la emigración en Suiza, para terminar el segundo piso de la casa. Cuando las obras finalizaron nos pasamos a vivir en él porque era más luminoso, y alquilaron el primero a una familia de Pereje.

Con el inicio de mi adolescencia, surgió la primera y única bofetada que papá me dio en la vida. Fue merecida; por una falta de respeto a mamá, con subida de tono y expresiones inadecuadas. A Manoli nunca le ocurrió, porque era mucho más tranquila, incluso en la edad del pavo, que pasó leyendo los libros que cogía “prestados” de la librería, como las historias de Los cinco o los comics de Burguera. Otro disgusto que les di ocurrió el día que me vio entrar en la cafetería Samoa con “un chico”. Yo cursaba sexto de bachiller superior y “salía” con Carlos. Fui consciente, cuando lo vi pasar en su bicicleta, de que aquella situación era un punto de inflexión. Al llegar a casa Olimpia lloraba y Manuel estaba cabreado. Su niña había

crecido y ahora era una jovencita... “¿Tienes novio? ¿Quién era ese? ¿Qué hacíais en la cafetería? ...” Se les pasó un poco el susto cuando, después de investigar entre las vecinas, descubrieron que el chico era del barrio, de buena familia, tranquilos y trabajadores.

Los años siguientes Manuel siguió trabajando en la MZOV, pero a medida que la autovía avanzaba hacia Lugo, él tenía que vivir durante la semana lejos de casa. Estuvo hospedado en Rábade o en Bahamonde cuando estaban haciendo los tramos gallegos; y sólo venía los fines de semana. Yo empecé a estudiar Magisterio en 1974 en la Escuela La Inmaculada de Ponferrada, porque eran los únicos estudios superiores que había junto a Enfermería, y la situación económica no permitía gastos en otra ciudad. Afortunadamente, desde pequeña tuve mucho interés por la docencia. Cuando tres años después Manoli empieza los estudios universitarios, la situación económica era mejor y pudo ir a Santiago de Compostela a cursar Farmacia. Fue la tercera de las “Ferreiras”, mujeres de la familia de mamá que consiguió una Licenciatura. Manuel y Olimpia se sentían muy orgullosos de que las dos hijas pudieran hacer estudios superiores y ganarse la vida de forma independiente.

Manuel me preparó un espacio en el bajo de la casa, con entrada desde el huerto, cuando empecé a dar mis primeras clases en el verano de 1973. Hizo una gran mesa redonda en la que entraban cinco o seis niños, varios bancos y un encerado con una chapa de madera que pintó de negro. Durante varios años impartí allí clases

particulares de todos los niveles de primaria, y excepcionalmente alguna asignatura de ciencias de BUP.

Cuando se terminó el trabajo en la nueva carretera Nacional VI, la MZOV se hace cargo de las infraestructuras de la nueva universidad de León. Así que Manuel tuvo que irse a la capital a vivir durante la semana laboral. Alquiló una habitación en casa de una familia de Villaobispo, un barrio de León. En uno de esos viajes, con un compañero de trabajo, tuvo el único accidente de tráfico que sufrió en su vida. Afortunadamente sin heridas importantes.



En junio de 1977 terminé Magisterio y en septiembre me fui a la universidad a estudiar el curso puente de Biológicas, cursando algunas asignaturas de segundo y tercero. Buscamos un piso en el barrio de San Mamés, cerca del futuro Campus, donde él trabajaba; así

ahorrábamos viviendo juntos. Yo tenía que cruzar la ciudad de León para ir a mis clases, entonces en la facultad de Veterinaria. Nos fue bien, aunque pasamos bastante frío en aquella vivienda porque se nos apagaba la calefacción de carbón mientras estábamos fuera; y el invierno en León, siempre fue muy crudo.

En uno de sus viajes a León, que hacía en el coche de un compañero de trabajo, tuvieron un accidente de tráfico cerca de Astorga. Aunque no fue grave, estuvo de baja, por primera vez, unos días. Manuel nunca quiso sacar el carné de conducir. Se movía con su bicicleta por Ponferrada, en el autobús de línea, en el tren, o con compañeros o amigos que tenían coche. Nos dio pena cuando a principios del siglo XXI, vendió aquella vieja bici por diez euros a un vagabundo que al pasar la vio en la carpintería.

Uno de los primeros disgustos serios de mi infancia fue aquel día que mamá estaba muy angustiada y preocupada porque él no aparecía; y era la una de la madrugada. Asomadas las tres a la ventana, estuvimos esperando hasta que apareció la luz de su bicicleta, al comienzo de nuestra calle. Cuando subió y nos quejamos, sólo respondió que “estaba terminando un trabajo en Fuentesnuevas”. Hacía lo que quería y aún lo hace ahora. ¡Menos mal que es buena persona! Creo que yo he heredado algo de su cabezonería y empeño.

En junio de 1978, Carlos, mi novio, acabó la carrera de Filología Francesa en Madrid. Había solicitado participar en un acuerdo hispano- francés para docentes, y le

contratan de lector de español para el siguiente curso en Burdeos. Como no me iba muy bien en la carrera de Biología, me habían quedado tres asignaturas para septiembre, decidimos que podía ir con él. Iniciar nuestra vida juntos con una bonita experiencia en otra cultura; además, yo podría aprender francés. Tanto Manuel como Olimpia solo aceptarían la idea, si antes había boda. Así que, después de una comida en mi casa, y otra en casa de Carlos, con su familia, concretamos la celebración para el 23 de septiembre. Sería una ceremonia religiosa, tradicional, con más de cien invitados y una gran comida en un buen restaurante. Era la costumbre de la época, y además mamá quería que tuviese “cierto nivel” porque sus ahorros se lo permitían. Nuestros padres pagaron a medias el restaurante, Aurelio y Nides nos compraron el dormitorio, que aún utilizamos hoy; y mis padres nos regalaron el Simca 1200 que nos duró veinte años. No sería la única ayuda económica que nos darían. Su generosidad, tanto por parte de los padres de Carlos como de los míos, ha sido infinita. Siempre les estaremos agradecidos.



Mi hermana Manoli que había empezado el curso anterior los estudios de Farmacia en Santiago de Compostela, fue la madrina; y el padrino de bautismo de Carlos, nuestro padrino de boda. Como Carlos y yo estuvimos todo el curso, hasta junio en Francia, papá y mamá quedaron solos por primera vez en mucho tiempo. Manuel seguía con su trabajo en León, aunque venía todos los fines de semana, y Olimpia, siempre pendiente de sus ocupaciones en la librería, en la casa y en la huerta. Fue una época de bastante ahorro, porque solo tenían los gastos de Manoli, porque nosotros ya éramos independientes con el sueldo de Carlos, a cargo del gobierno francés.

Para Manuel y también para Olimpia esta fue la época de la vista. Vista que tuvo Manuel para relacionarse en la empresa MZOV con responsables competentes y con poder. Vista para permitir que les guiasen o ayudasen personas listas como D. Ramón con sus asesoramientos en tierras y propiedades; o Fidel, un pariente con un buen puesto en el Ayuntamiento, que les solucionó algunas gestiones con los permisos de obras. Vista para realizar algunos trabajos para los maestros del colegio, que luego ayudarían a mamá.

Vista que tuvo Olimpia para poner la librería al lado del colegio, un buen negocio en aquellos años; para buscar ayuda en las personas adecuadas; o mantener el trato con sus familiares de prestigio del Sanatorio Santiago. Vista que tuvieron los dos para ir vendiendo casas a la vez que edificaban otras mejores y más modernas; para alquilar el bajo grande que siempre les dio un dinero añadido.

No tuvieron vista para darse cuenta de que yo tenía problemas en los ojos. Con trece años, como no veía las potencias en el encerado de clase, me llevaron al oculista que descubrió una seria miopía. Aunque sí que tuvieron vista cuando me mandaron a Barcelona, con dieciséis años, a casa de mis tíos, a ponerme lentillas porque aún no se ponían en Ponferrada.

Los dos también tuvieron vista para conocer y comprender que la familia de Carlos era muy buena gente, que me acogieron con cariño, lo mismo que nosotros a él. Aurelio, mi suegro, era conserje de tarde en la Residencia Sanitaria Camino de Santiago de Ponferrada, y por las mañanas trabajador infatigable en la gran finca de manzanos que tenían en la carretera del Canal, siempre con ayuda de Nides, mi suegra. Ambas familias se tuvieron y se tienen respeto y cariño.

6.

CARPINTERO AVENTURERO

Para la familia de Manuel los años ochenta y noventa serían difíciles, no tanto por la situación económica, que había mejorado un poco, como por todos los acontecimientos que ocurrirían.

La recuperación del piso que tenía alquilado fue una de las primeras batallas de entonces. Cuando Carlos y yo volvimos de Burdeos, Manuel y Olimpia hablaron con los inquilinos para pedirles que dejaran el piso, porque lo necesitaban para nosotros. Como no se dieron por aludidos, buscaron un buen abogado que puso el asunto en manos de la justicia. Se tardó casi un año en resolver el tema a nuestro favor. Así que estuvimos viviendo con ellos, en el segundo piso, todo ese tiempo, porque si alquilábamos otro, ya no podíamos reclamar el nuestro. Fue la única vez en su vida que mi padre tuvo que verse ante un juez.

Carlos aprobó la oposición a profesor de francés para los Institutos, como entonces era a nivel nacional, le dieron la plaza en Asturias, en La Felguera. En plena cuenca minera e industrial, había pocos pisos para alquilar. Conseguimos uno viejo y sin muebles. Fue Manuel el que nos consiguió lo básico para empezar y nos lo llevó un vecino en una camioneta. Manoli y papá nos acompañaron para hacer la mudanza porque yo estaba embarazada de mi primer hijo. Manuel se encargó de montar los muebles, de cargar y descargar cajas y paquetes con ayuda de Carlos y del conductor. Entonces no se utilizaban tanto las empresas de mudanza, y cada uno gestionaba el traslado. El piso tuvo muchos problemas de humedades y contaminación, no se podía tender la ropa afuera porque la recogías sucia. Para colmo, surgió el Golpe del 23 de febrero. Carlos se preocupó mucho por estar en la cuenca minera y suponer que podría haber revueltas. Después de Semana Santa, ya me quedé en Ponferrada con mis padres.



Otro contratiempo fue la operación de hernia de Manuel. Después de tantos esfuerzos y de trabajos físicos duros, se le presentó una hernia que controló durante un tiempo con fajas y medios mecánicos. Cuando la situación se complicó, se vio la necesidad de una operación. Así que, a través de contactos de la empresa, con ayuda del Sr. Santamarta le operaron en el Hospital de León. Como Manuel “es bastante quejica”, no lo pasó nada bien. Olimpia le acompañó y cuidó durante la recuperación ya en casa.

Ya se sabe que en la vida se alternan las alegrías con las tristezas. Una gran alegría de ese año fue el nacimiento de su primer nieto, mi primer hijo, José Pedro, que nació en Ponferrada el 3 de mayo de 1981.

Como ya vivíamos en el primer piso de la casa que tuvimos que renovar por completo, y mis padres en el segundo, la comunicación y ayuda, entonces más por su parte, era constante. Le faltó tiempo al recién estrenado abuelo, para prepararle una cuenta corriente infantil en el banco Pastor, “Pedrín, como le llamará siempre, debía tener su cartilla de ahorro”.



Nuestro niño “vino con un Instituto bajo el brazo”, pues a Carlos le dieron una comisión de servicios para abrir un nuevo centro de Formación Profesional en Fuentesnuevas, en el que lleva trabajando más de cuarenta años y aunque podría jubilarse desde hace seis años, sigue con ilusión en su puesto de profesor de Francés, muy querido por sus alumnos. Le llaman “Monsieur” y él los lleva, cada año, de excursión por Francia u otros países europeos.

Mientras Carlos “trabaja con la cabeza”, Manuel no para de cavilar sobre cómo seguir avanzando en el desarrollo del patrimonio familiar. Vendieron la huerta de La Granja de las Piedras y se dispusieron a construir otra casa en la calle Jovellanos. Les costó mucho conseguir los permisos, porque había que donar una parte del terreno al Ayuntamiento para poder abrir esa calle, que sería peatonal y que mejoraría los accesos al colegio público Jesús Maestro.

Prepararon dos viviendas adosadas, pero con portal y escalera común. Manuel se encargó de construir el tejado en el que abre unas buhardillas; del suelo que por entonces se empezaba a hacer en madera, al menos las

habitaciones; e innovar con un nuevo modelo de construcción a base de Pladur, que mejoraba el aislamiento y ofrecía un material alternativo a los ladrillos para las paredes.



Él siempre tuvo interés por probar distintos caminos y posibilidades. Con este material aisló las buhardillas para ampliar las viviendas. Así fue como creó varios espacios habitables que configuran la gran casa que ahora compartimos todos.

En la época en la que se construyó la casa de la calle Jovellanos, mamá trajo a vivir con ellos a una sobrina nieta de El Puente de Doiras, para que estudiara en el colegio cercano. María José se crió con nosotros unos años y compartió juegos con mis hijos. Ahora es catedrática de Física en la Universidad.

En el año 1985, Manoli terminó su carrera y pasó un tiempo hasta que encontró sus primeros trabajos en distintas farmacias de la provincia de León. Manuel no duda en comprarle un pequeño Seat 124 rojo de tercera mano para los desplazamientos. Fue su última ayuda.

En junio nace Alberto, nuestro segundo hijo. Manuel será el padrino de Bautizo y María del Mar, la hermana pequeña de Carlos, la madrina. Este fue otro de los buenos momentos que la vida le ofreció a Manuel, y que le ofrece, pues hoy tiene con su "Albertín" una relación que le ayuda en la ilusión por vivir.



A lo largo de los dos años siguientes, hasta su jubilación, Manuel alterna su trabajo en la empresa con pequeños encargos que marcarían el futuro de este hombre incansable como carpintero. Hoy podría decirse que tenía adicción al trabajo. Olimpia se quejaba de este tipo de vida, porque pocas veces se permitía tiempos de ocio, él no conocía ni domingos, ni vacaciones. Por eso cuando en enero de 1987 muere Aurelio el padre de Carlos, su consuegro, con 67 años y de forma súbita, inició una reflexión sobre los tiempos de trabajo y de relación con la familia.

Este fue un golpe de la vida que, además de dolor, nos complicó un poco la existencia. Tenía una plantación de frutales en pleno rendimiento, que nadie sabíamos cómo trabajar. Hicimos toda una piña familiar, acompañando a Nides, para ir transformando la finca en una zona de recreo, manejable por unas personas desconocedoras de los temas agrícolas. Manuel sufrió por no poder ayudarnos en los cultivos, pues no los conocía ni le interesaban. Sí hizo una gran labor de transformación de un viejo secadero de tabaco en una construcción acogedora para las reuniones familiares. Se encargó, buscando la ayuda necesaria, de hacer un pozo de agua, una escalera, una terraza y todo el suelo, en madera el piso de la buhardilla, y en mosaico, los suelos del piso y del bajo.

En estos tiempos difíciles, las familias formadas por Manuel, Olimpia y Manoli, por un lado, y por nosotros cuatro, creamos unos vínculos de cariño y ayuda que aún

hoy mantenemos, como si fuésemos un solo núcleo familiar, compartiendo espacios, vivencias, comidas y apoyo económico. María José, ya se había marchado al internado del colegio de Villafranca del Bierzo con su hermana Silvia. Los primos Miguel y Fernando Cerezales, que tenían alquilados los pisos de la casa de la calle Jovellanos, junto a sus mujeres, los dejaron libres. Fue el momento en que mamá decidió dejar el segundo piso de la calle Cervantes 14, para pasar a la vivienda izquierda de la casa de la calle Jovellanos. Se trataba de buscar un modelo más cómodo “de cara a la vejez”. No tendría tantas escaleras, era más pequeña, más nueva y con menos trabajo de limpieza. Tenía una buena orientación al sur y la calle al ser peatonal, era más tranquila.



Otro cambio importante fue la jubilación de Manuel en octubre de 1987. A pesar de sus 65 años tenía intacta toda su ilusión por el trabajo. Así que pronto empezó su vida de “carpintero aventurero” que le llevó a hacer en una primera etapa trabajos de reconstrucción, rehabilitación o restauración de las casas de familiares en El Puente de Doiras con Pepe; en Villarín de Doncos en casa de la tía Carmen y el tío Manuel; en Villaspasantes tanto en la casa de Ferreiro con los tíos Remedios y Manuel como en casa del tío Fermín; en Villanueva en la casa do Xastre y en la capilla; o en Castañeiras en casa de Ofelia, entre otras.



Más adelante, cuando quedó el bajo de la casa de la calle Jovellanos libre, pues lo tenía alquilado a un fontanero, montó su definitivo taller de carpintería. Consiguió una sierra profesional y una cepilladora multifunción, que a mamá disgustaban mucho, por el peligro, el polvo y el ruido, con las que se atrevió a hacer todo tipo de trabajos en madera. La lista de muebles u otros objetos es tan larga que, a pesar de su buena memoria, no recuerda más que

algunos. Entre esos trabajos, de esta primera época, están todo el mobiliario del bar Los Robles de Ponferrada, muchos para casa de Ofelia, o para su prima de Villadecanes; y para muchos vecinos y familiares.

Hizo con especial cariño, para la restaurada casa de Marcelino y Cesca en El Comeal, mesas, sillas, escaños, alacenas, hasta una biblioteca diseñada por Rafael, su hijo. La única condición que ponía era que le tenían que dar el dibujo con las medidas; luego él se encargaba de buscar la madera, pues sabía dónde había troncos de castaños, hayas o nogales que llevaba al taller para limpiarlos y pulirlos, antes de empezar el objeto a construir. Muchas veces usaba madera reciclada de otros objetos como ventanas, puertas, vigas ...hasta telares o muebles antiguos en mal estado, que él restauraba. Tenía un espíritu de ahorro y aprovechamiento que envidiarían los ecologistas de hoy.



En 1989 Manoli abre una farmacia en Carucedo. Alquila un bajo en la carretera N536 y Manuel le ayuda en algunos aspectos de su arreglo y puesta en marcha. También dirige los trabajos con Pladur de las bajocubiertas de la casa de la calle Jovellanos. En la buhardilla derecha, se prepara un apartamento para Manoli, con el consiguiente disgusto de Olimpia, porque no entendía que se independizara, aunque fuese para vivir en el piso de arriba y siguiera comiendo con ellos.



Yo empecé a estudiar Pedagogía en la UNED para aumentar las posibilidades de trabajo para cuando Pedro y Alberto fuesen un poco más mayores. Al mismo tiempo

seguimos, con la ayuda de Manuel, mejorando la finca y replantándola con árboles que necesitaban poco cuidado; pusimos nogales, pinos de Oregón, y algunos frutales. Se empeñó en buscar y plantar un castaño, a su sombra, años más tarde hizo y colocó un banco, donde tenemos uno de los rincones más especiales de la Finca.

Olimpia se ocupaba de los niños y muchas veces de la comida de todos. Esta tarea fue mucho más frecuente desde abril de 1990 cuando nos mudamos para el piso izquierdo de la casa de Jovellanos. Entonces ellos nos ayudaron mucho y, aún más, cuando en 1992 empecé a trabajar como profesora en distintos colegios de la comarca de El Bierzo. Fue cuando consolidamos un núcleo familiar formado por los siete, colaborando y conviviendo con cariño y respeto. Siempre estaré agradecida a su ayuda tanto económica como de cuidado de los niños o de comida casera que mamá hacía tan bien. Fue un tiempo de mucho trabajo para todos, hasta que Olimpia sobre 1993 traspasó su librería a Rosario una vecina que tenía mucho interés en ella. A partir de entonces, pudo disponer de más tiempo para realizar su afición favorita, la lectura, o para tener momentos de descanso y pasear.



También recuperó la relación con su extensa familia. Es una época de viajes y contactos en Villaspasantes, Teixeira, El Comeal, Villanueva... Serán los últimos encuentros en los que todos disponen de aceptable salud, antes de que empiecen las enfermedades serias y las demencias pasen a formar parte de la vida de casi todos los hermanos de mamá.

Siempre era Olimpia la que se ocupaba de las relaciones familiares: llamar por teléfono, invitar a casa o proponer encuentros. Manuel, que ya trabajaba menos, aceptaba acompañarla a sus casas de las aldeas, ya restauradas y con servicios básicos.

Todos les acogían con mucho cariño y agradecimiento; tanto por la ayuda en los arreglos de las casas como por darles muebles o ropa que ellos ya no necesitaban. Aunque será poco el tiempo que podrán disfrutarlas. Los tíos Remedios y Manuel se irán a una casa que les compraron sus hijos en Villafranca del Bierzo. La tía Adoración se fue a Barcelona porque ya no podía quedarse sola en Teixeira, y allí estaban sus hermanas Teresa y Rosalía.

Después de los encuentros, siempre volvían a casa con regalos en forma de buenos productos del pueblo como berzas, chorizos o patatas. En estas visitas se “ponían al día” de los acontecimientos familiares, se recordaban las partes buenas de los tiempos pasados, y se hablaba de proyectos futuros.



Ante el portal de la casa de Ferreiro con Adoración, Teresa, la prima Mila, Remedios y su marido Manuel

En estos años los tíos de El Comeal, mi madrina, la tía Victorina y su marido, el tío Jesús, vinieron a vivir a Cuatrovientos por recomendación de mamá. Así ella podría estar pendiente de su hermana que había empezado con demencia, como le había ocurrido a la abuela Filomena, su madre. Manuel y Olimpia estuvieron pendientes de ellos y en comunicación con sus hijos, Marcelino, Toya y Pepe que vivían en Cataluña, y que les visitaban en verano o Navidad.

Cuando Manuel empezó a tomar conciencia de que la salud es un bien que empeora con los años, inicia una etapa con gran preocupación por el cuidado al cuerpo. Empieza con remedios caseros como el lino para antes del desayuno. Como la leche no le sienta bien, hará sopas de pan a las que añade hojas de menta. Se obsesiona por los gases y probará todo tipo de remedios y suplementos que

le dan en la herboristería. Consulta a un “buen médico” de León, cuyo diagnóstico y recomendaciones alimenticias aún las tiene presentes. Va cogiendo la costumbre de comer sólo lo que ha comprobado que le sienta bien. Con el tiempo quitaría todos los embutidos, el pimentón, las legumbres, el repollo y algunas verduras, la mayor parte de la carne roja, los dulces... ¡Un lío para la cocinera! No sabemos si éste será el secreto de su longevidad.

Algo novedoso para él, siempre ocupado con el trabajo fueron los tiempos dedicados al paseo. Empezó a acompañar a Olimpia en las caminatas por el barrio, y serían unos de los primeros mayores que valorarían esta actividad como saludable. El camino del parque Picasso de Cuatrovientos, que llevaba a los viejos lavaderos de Gaiztarro, fue una de sus rutas diarias, solos o acompañados de alguna vecina. Ahora le llamamos el Camino de los Abuelitos.

Como mamá también empezó a tener problemas de circulación y artrosis, aconsejados por unos amigos fueron, durante tres o cuatro años, al balneario de Lugo, una quincena de cada verano. ¡Las únicas vacaciones de su vida!



Olimpia iba bastante a Misa y participaba en más actividades religiosas que Manuel. Él tenía y tiene una religión personal, muy “rezadora”. Le gusta responder a familiares y amigos, aún lo hace, cuando sabe que tienen un viaje o una necesidad o problema especial. Asistía a algunos actos como bodas, comuniones y sobre todo funerales de familiares y amigos.

De vez en cuando, leía textos religiosos como la hoja parroquial, los catecismos de nuestras Comuniones, nuestros libros de texto de Religión Católica, incluso hubo un tiempo que se atrevió con los Evangelios.

En aquella época, los dos se animaron a ir a viajes con las personas de la parroquia de nuestro barrio, San José Obrero. Un año visitaron Lourdes en Francia, otro Fátima en Portugal, o Santiago de Compostela. Al parecer Manuel complicaba la vida a los guías de turismo que los acompañaban, porque abandonaba al grupo y se iba a ver objetos o edificios de su interés; y se entretenía admirando una puerta antigua, una casa construida con materiales o formas que a él le llamaban la atención, un puente moderno o cualquier objeto que despertara su curiosidad. Olimpia terminaba enfadándose con él, y él protestaba, porque no entendía eso de ir todos juntos para mirar y escuchar sólo lo que les decían las personas que dirigían la excursión. “Toda la vida cumpliendo órdenes, ¿y ahora también?”. Aunque siempre le gustó ir por su cuenta, según cumplía años hacía, la mayor parte de las veces, lo que le daba la gana.

Como Manoli trabajaba en su farmacia y pasaba mucho tiempo en Carucedo, por las guardias; y yo conseguía cada año un puesto de profesora interina de Primaria por distintos colegios de El Bierzo, hasta que aprobé la oposición en 1998; decidimos que estaría bien buscar a una persona que nos ayudase en los trabajos de casa, porque Olimpia empezaba a cansarse y a tener pequeños problemas de salud. Fue una tarea muy complicada, porque Manuel no comprendía la necesidad de esa ayuda, ni quería tener “gente extraña en casa”. Hasta empezó a colaborar en fregar platos, recoger ropa, ir a comprar... a estar más pendiente de lo que pasaba en casa. Al final aceptó que viniese Geli, una vecina muy atenta y servicial que estaba alquilada en nuestro piso de la calle Cervantes. Les costó a los dos aceptar que anduviese por casa y no sabían mandarle tareas. Establecimos un calendario de trabajos, señalando especialmente los de limpieza y plancha. Olimpia quería seguir haciendo la comida y la compra, aunque poco a poco también tuvo que ceder algunas de esas actividades. Su cuerpo “protestaba” por todos los esfuerzos a los que lo había sometido desde pequeña. Había llegado el tiempo de descansar un poco.

Emilio, el hermano de Manuel, su compañero de vida en muchas situaciones y vecino, desde siempre, se puso enfermo y precisó de un largo tratamiento. Esto le entristeció, porque es muy sentido y le quería mucho. La comunicación entre ellos era un poco especial, al estilo de otros tiempos, poco hablar y mucho protestar o reñir, los dos tenían “su carácter”. Por otro lado, siempre se llevó muy bien con la tía Carmen, la hermana pequeña de

mamá. No solo había hecho parte de la restauración de su casa de Villarín de Doncos, pasando con ella mucho tiempo, sino que también la visitó con mamá en su casa de Vigo, o en Reus, donde aún está viviendo.



En 1995 Manoli compró un terreno en Carucedo al inicio de la carretera a Las Médulas, para hacer una casa y poner su farmacia. Manuel la estuvo ayudando en todo lo que él sabía y podía hacer. Así que a lo largo de un tiempo compartieron trabajos y discusiones sobre los materiales, que si elegía lo más caro; sobre los acabados, “papá este azulejo está colocado regular”; sobre el dinero que estaba invirtiendo...

Al final, la casa quedó muy bonita, con unos diseños y una decoración con mucho gusto. Manuel se implicó especialmente en el altillo del salón y su escalera, elementos funcionales y elegantes a la vez.



Cuando se termina la construcción de la casa de Carucedo, Manuel y Olimpia irían allí con frecuencia, tanto para acompañar a Manoli, como para disfrutar de la vida en un pequeño pueblo muy próximo al paraje de Las Médulas. En este entorno declarado Bien de Interés Cultural en 1996 y Patrimonio de la Humanidad y monumento Nacional en 2002, empezó a desarrollarse una gran actividad turística, así que había mucha vida y desarrollo local. Hicieron amistades con vecinos y, además de pasear por los alrededores, cultivaron una pequeña huerta en la parte posterior de la casa. Nosotros cuatro íbamos a comer algún domingo o fiestas para estar todos juntos.

Creo que fue en aquellos años, cuando Manuel cogió un poco de miedo tras una experiencia, casi traumática, a la salida de su banco habitual. Era él quien casi siempre hacía las gestiones bancarias, entre otras ir a buscar, a primeros de mes, el dinero para los gastos de la casa. Siempre fue

muy confiado, pero en una ocasión, al salir de la sucursal le abordaron tres individuos a plena luz del día. Por lo visto, según lo poco que nos contó, al principio creyó que le iban a preguntar algo. Pero lo rodearon y le “informaron” de que tenía que “compartir” el dinero que acababa de sacar. Le “invitaron” a acercarse a un coche, allí dentro le “recordaron” que tenía familia y que a cambio de su dinero le “regalaban” un paquete. Cuando llegó a casa, casi aterrorizado, sólo se le ocurrió entrar en su carpintería, y al abrir el paquete, vio que contenía papeles de periódicos. Todo ello, le hizo creer a la policía que había sido objeto del “Timo de la estampita”. No quiso hablar nunca más de ese asunto, pero reforzó todas las cerraduras de casa, por si acaso. Siempre le importó más su familia que el dinero o los bienes materiales.



Sería ésta la época del oído. Empezó a darse cuenta de su pérdida auditiva por trabajar con la sierra y la cepilladora durante tantas horas y sin protegerse. Por ignorar las peticiones de mamá, que le decía que tenía que ponerse mascarilla para no respirar el polvo de la madera, que usase guantes fuertes al trabajar con las máquinas y que estuviera menos horas con aquel ruido ensordecedor. Por entonces las medidas de seguridad en el trabajo eran mínimas, por “hombría mal entendida” y poca cabeza para prevenir las consecuencias.

Pues no solo fue la pérdida auditiva, que con los años fue aumentando, sino también por los dos o tres accidentes que tuvo con varios cortes en los dedos. Era duro como una piedra, y en ocasiones, muy poco razonable, a pesar de su inteligencia.

También hacía oídos sordos a las propuestas de Manoli en relación con las cosas de Carucedo, y por ello tuvieron muchas discusiones y desacuerdos. También desoía las recomendaciones de su hermano Emilio en relación con la propiedad compartida por todos los hermanos de parte de la casa do Xastre. Tardaron años en solucionar esa multipropiedad y en 1999 se la vendieron al hermano mayor. Además, a la muerte del tío Gumersindo, también decidieron vender el soto de castaños de A Roda, cerca de Balboa, que pertenecía a todos los hermanos. A Manuel ya no le quedaba ninguna propiedad en Villanueva.

Podría haber aprovechado más los viajes culturales que hizo con mamá, si hubiese estado más atento a las explicaciones de los guías o de los compañeros expertos.



O darle gusto a Olimpia, compartiendo más viajes o experiencias culturales que a ella interesaban tanto. Parecía “sordo” a sus propuestas.

Si que disfrutó de los llantos, risas, primeras palabras... y luego

pequeñas charlas con los nietos, con los que se emocionó y compartió vivencias, más que con sus hijas. No es un reproche, es que entonces disponía de más tiempo.

Participó en muchas de sus experiencias, aunque él no entendía que pasasen tanto tiempo en el ordenador o con juegos que no comprendía. Sí que les transmitió su interés por el trabajo de carpintería;



su interés por lo antiguo, por sus vivencias, por sus conocimientos. Según fueron creciendo, ellos le dieron un

valor especial a sus palabras y consejos.



Con ellos aún mantiene una buena comunicación. Cada domingo espera con ilusión la llamada telefónica de Pedro, y aunque a veces no le oye todo lo que le dice, se

queda conforme porque se acuerda de él. Con Alberto tiene una comunicación más frecuente por las visitas mensuales que hace a Ponferrada. Está al tanto de su trabajo y vivencias, ahora preocupado porque se cuida poco...aún no sabe, aunque lo sospecha, que no dejó de fumar.



Si que escuchó y aceptó la necesidad de tener ayuda para las tareas de casa, y empezó a estar más pendiente de mamá y a colaborar en tareas antes ignoradas por él. Cuando Geli se fue para trabajar en la limpieza del Hospital de El Bierzo, vino Mari Paz que aún está con nosotros desde hace veinte años.

Con el cambio de siglo, estuvo al tanto de las noticias o en la televisión o en la radio. Muchos fueron los temas a los que prestó atención, como el cambio de moneda con el consiguiente manejo del euro. Se hartó de hacer cuentas en sus libretas pasando pesetas a euros y euros a pesetas.

Otros asuntos que le ocuparon fueron los atentados del 11 de septiembre de 2001 en EE. UU.; la guerra de Irak o los cambios en la política española, que siguió hasta hace

dos años. No le gustan los políticos actuales, y en las últimas elecciones no quiso ir a votar.

En casa hubo teléfono desde los años setenta y él mantuvo comunicaciones frecuentes con familiares, amigos y relaciones de trabajo. En los años dos mil les pusimos en casa un aparato más sencillo y manejable por ellos, tenía la foto de las personas más usuales e instrucciones de no dar información telefónica. Hace más de diez años que le regalamos un móvil que ha sido capaz de manejar. Ahora solo recibe llamadas de los más cercanos, sólo oye y comprende frases muy sencillas en voz alta. Y ya no sabe llamar.

La peor noticia de aquella época fue la muerte de su hermana Carmen, a la que siempre estuvo muy unido, aunque en sus últimos tiempos se veían poco. Cuando cinco años después murieron sus dos hermanos pequeños Alfredo por enfermedad repentina y Emilio, después de una larga lucha, llegó a la depresión con una gran tristeza. Tardó casi dos años en volver a retomar sus trabajos de carpintería; que como siempre tendrían un valor casi terapéutico.



El trabajo para él siempre fue “vida”, se le pasaba el tiempo volando y casi siempre perdía la noción de la realidad. Casi todos los días Olimpia tenía que enfadarse con él porque no aparecía para la hora de comer. Bajaba a llamarlo varias veces, pero siempre le quedaba algo que no podía dejar. Otras veces se presentaba cuando ella ya estaba terminando de comer y él aparecía en la cocina con la ropa llena de serrín o virutas, “porque esto no mancha”. Mamá tuvo una paciencia infinita con él.

En esta etapa del oído, aún me parece escuchar el sonido ensordecedor de la carpintería incrementado por el Heavy Metal. En el año 2002 Alberto montó un grupo de música con dos amigos del barrio y Manuel les dejó ensayar en un cuarto de la carpintería, donde estaba la cocina de carbón y que él usaba como espacio caliente para trabajar en invierno. Así que algunos días a la semana, entre las seis y las ocho de la tarde se oía simultáneamente al abuelo carpintero serrando y al nieto músico tocando y ensayando para los conciertos.



Dos años más tarde el grupo de música se mudó a otro local, porque el espacio era muy pequeño y ya no entraban con todos los bártulos. El espacio que durante dos años fue un local de ensayo, no duró vacío mucho, porque no le faltó tiempo a Manuel para volver a llenarlo de trastos, puntas, maderas, herramientas...

Fueron muchos los trabajos que siguió haciendo para conocidos, amigos o familiares. Se sentía orgulloso de que con el paso del tiempo le iban saliendo cada vez mejor las cosas, y se atrevía con trabajos más especiales.



La entrada del nuevo siglo tendría cambios importantes en nuestra familia, Pedro se fue a Madrid para estudiar Periodismo. Le echábamos mucho de menos, como luego nos pasaría con Alberto cuando le siguió los pasos en 2004 o Javi, nuestro sobrino, en 2007. El carpintero aventurero daría el relevo a estos jóvenes que se fueron de nuestro querido Bierzo, como él se fue, a mediados de los años cincuenta, de su Villanueva natal, también buscando un futuro.

7.

DE CUIDARSE A CUIDADOR

Los primeros quince años del siglo XXI fueron para Manuel y Olimpia una etapa de dulce declive. Pasaron de disfrutar de cierta salud y mutua compañía, en los primeros años, a empezar con dificultades y deterioros físicos y mentales en mamá, que despertaron en Manuel un sentimiento de empatía desconocido para él. Su sentido común y su inteligencia le ayudaron en esta etapa otoñal. Pasaron de mirar juntos al frente buscando objetivos comunes a mirarse el uno al otro para cuidarse y protegerse.



Paradójicamente, ésta fue una de las épocas más tranquilas y felices. Disfrutaban de lo que habían conseguido y nos ayudaban en la medida de lo posible.

Manuel siguió con sus trabajos de carpintería, que en esos años hizo “en equipo” con un nuevo amigo, el señor Felipe de La Granja de las Piedras. Se empeñaron en rehabilitar unas viejas construcciones que él tenía en Palacios de Compludo; y allí se pasaban mañanas y tardes completas, hasta que los problemas de salud les obligaron a quedarse en casa por más tiempo.



Tuvo que ponerse una dentadura postiza completa que le supuso el doble dolor del tratamiento y del “bolsillo”. Le ocupó mucho tiempo en consultas; y le hizo adelgazar bastante, él que ya era delgado, porque no podía comer bien.

Manuel y Olimpia decidieron vender el primer piso de la casa de la calle Cervantes para poder disponer de dinero,

“por lo que pudiera pasar”. Fue una manera de ver rentabilidad a sus esfuerzos de tantos años. Él llevaba todas las cuentas, tenía anotaciones en sus libretas, en los sobres de las facturas de la luz... Hacía las gestiones en el banco, se ocupaba de que no se gastase más de la cuenta; y de ayudar económicamente cuando surgían compras como el coche de Pedro, y más tarde el de Alberto.

Acompañaban a Manoli a Carucedo aquellas semanas que a ella le tocaba guardia en la farmacia. Tenían un buen trajín de maletas, cestas y bolsas entre comida, ropa y herramientas. Pero les gustaba mucho estar en aquella casa tan bonita; Olimpia preparaba la comida; Manuel siempre tenía arreglos para hacer; y entre los dos cultivaban un pequeño huerto.

Hicieron amistad con vecinos y paseaban por los alrededores hacia el Lago o a la presa de Campañana. Como había una buena subida hasta un mirador sobre el lago y los pueblos, y mamá se cansaba, le pidió que hiciese un asiento con unas tablas, y lo colocó en una vuelta del camino, ante un paisaje precioso con Las Médulas al fondo. Más tarde alguien puso un banco de verdad.

Hay tres anécdotas relacionadas con los viajes a Carucedo que reflejan muy bien la forma de ser de Manuel.

Un día, de los que él estaba por allí, vino a la farmacia un señor del pueblo, con quien había hecho amistad, a pedir algo para la tos, y cuando Manoli empezó a buscar el medicamento, se oye a Manuel diciendo “Dale el jarabe...” “¡Pero bueno! ¿Ahora eres también

farmacéutico?” se cabreó Manoli con razón. Nunca dudó de su capacidad, para lo que fuese.

Otro sábado por la mañana temprano ya tenían todo preparado y cargado en el coche para ir a Carucedo. Manoli y Olimpia llevaban esperando un rato porque Manuel siempre tenía varias cosas que hacer en el último momento. Creyendo que ya estaba dentro arrancaron y, después de recorrer más de un kilómetro, se dieron cuenta de que lo habían dejado en casa. Cuando volvieron se lo encontraron al inicio de la calle Cervantes, muy “enfurruñado” y sorprendido. Siempre sufrimos esa costumbre suya de apurar hasta el último minuto lo que estaba haciendo, fuese lo que fuese siempre llegaba tarde. Al final, dejamos de reñirle y empezábamos a comer sin él.

Carlos también recuerda la mañana de un domingo que íbamos a comer los cuatro a Carucedo, porque Manoli tenía guardia. Manuel siempre llevaba un gran manojo de llaves, de su casa, de los locales, de la carpintería... Estábamos preocupados porque no era la primera vez que nos encontrábamos todo el manojo en la puerta de su taller. Era muy confiado y creía que no pasaría nada “¿Quién va a entrar?”. Así que cuando ya nos disponíamos a salir en el coche, Carlos se fija en que el manojo de llaves quedaba en la cerradura de la puerta del portal. Le preguntó por ellas, y Manuel después de la sorpresa y de ir a buscarlas, empezó a darle importancia al hecho de llevar todas las llaves juntas. Las repartió en tres llaveros que controló hasta hace poco.

En 2006 Alberto se saca el carné de conducir y a partir de entonces será el “chofer oficial” de Manuel por El Bierzo y alrededores. “Que si me llevas a buscar madera al aserradero, que si vamos a Villadecanes que me hicieron un encargo, que en el pueblo hay unos muebles viejos y unas vigas en madera de castaño que me puede servir...” Y el nieto no se negaba, y al tiempo que practicaba la conducción, lo observaba y aprendía estrategias para andar por la vida. Olimpia se quedaba preocupada, pero orgullosa de la relación que tenían. Alberto es el que mejor entiende la vida y los sentimientos de Manuel.

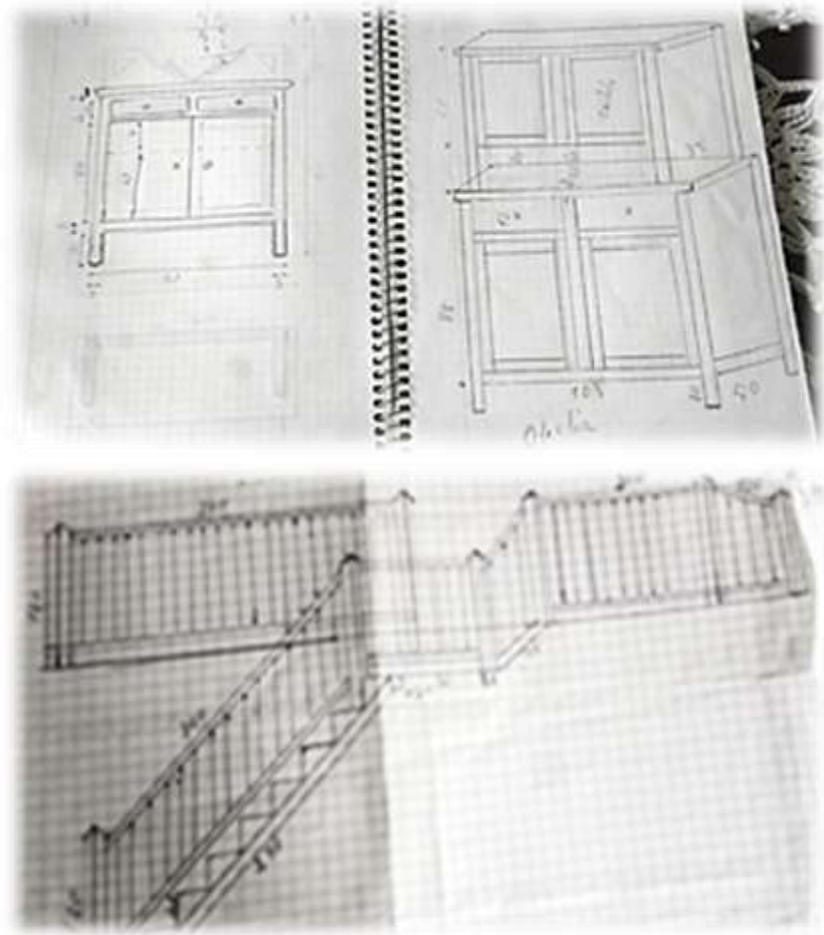
Visitaron muchos de los pueblos de la familia, y Manuel le fue mostrando algunos de los trabajos que había hecho a lo largo del tiempo, de los que se sentía orgulloso, como la librería de diseño para El Comeal. También le contaba historias y sucesos, es con el único que se atrevió a hablar de las vivencias de la Guerra Civil.





En estos primeros años del dos mil, mamá aún se ocupaba de la comida, incluso hacía potajes para todos. Mari Paz, que atendía la limpieza y el cuidado de la ropa, recuerda como poco a poco ella le fue dejando entrar en la cocina, de pinche; y después ya empezó a cocinar, bajo sus indicaciones. Mamá pasaba mucho tiempo leyendo, le encantaban las novelas sobre temas rurales que reflejaban el mundo que ella conoció; pero también disfrutaba con las novelas históricas o las biografías. Podía leer dos horas por la mañana y otras tantas por la tarde.

Mari Paz recuerda que se dio cuenta del inicio de su deterioro cognitivo el día que ella le comentó que no podía leer, que no veía. Aún podían visitar a los familiares y disfrutar de los encuentros veraniegos.



Manuel se entretenía mucho haciendo cuentas o esquemas de futuros trabajos, cálculos de precios o de presupuestos. Planificaba nuevas salidas, viajes o propuestas. Poco a poco fue disminuyendo estas actividades y acompañaba más a mamá cuando salía a caminar por las tardes con sus vecinas, las señoras Mirce, Sara o Adelina. O se iban a tomar el sol al atardecer al patio del colegio, cuando ya casi no había niños. También la acompañaba a comprar o a los oficios religiosos.

Cuando ella empezó a tener problemas de circulación en las piernas, la acompañaba a las consultas o a las sesiones de masajes. Hacían gimnasia por las mañanas en unas colchonetas o en la cama. Aprendió a estar mucho más pendiente de ella. Casi todas las mañanas se acostumbraron tanto Manuel como Olimpia a hacer gimnasia en casa. Él recordaba algunos ejercicios de cuando hizo el Servicio Militar, básicamente de brazos y piernas acompasando la respiración. Ella tenía una colchoneta, que a veces usaban los dos, y hacía flexiones y otros estiramientos sencillos, lo que su “problemática” espalda le permitía. Duraban unos minutos, antes de asearse y vestirse. Pero no les daba pereza realizarlos con frecuencia casi diaria. Sabían que les iban bien.

Un poco antes de que Manoli dejase la farmacia y la casa de Carucedo, para hacer un trabajo de Inspectora de Sanidad en Ponferrada, mamá tuvo un accidente en la huerta. Se cayó entre los cultivos y se hizo una herida bastante fea, que le dio muchos problemas. A las dificultades de movilidad se le fueron añadiendo otros deterioros intelectuales que nos hizo estar muy pendiente de ella y de sus necesidades. Fue el principio de una decadencia que Manuel observaba. Poco a poco, desarrolló en él un sentimiento de empatía y protección, que le acompañó hasta que ella nos dejó. Era el otoño de la matriarca. La mujer que todo lo había controlado. La compañera que le había animado e incluso azuzado en los proyectos, que le había dicho qué comer o vestir, cuando se tenía que cortar el pelo o ducharse... Ahora ella se iba

desentendiendo de las cosas cotidianas, y será Manuel el que toma el relevo y aprenda a ocuparse de casi todo.

Olimpia se disgustó mucho cuando Manoli empezó a arreglar el segundo piso de la calle Cervantes, donde habíamos vivido los cuatro hasta mi boda. Dejó su apartamento de Jovellanos, que “heredó” Alberto. Aunque estaba al lado, y venía a comer todos los días. Manuel fue más comprensivo, pero a Olimpia le parecía que ya no estaría tan pendiente de ella, justo ahora que ella notaba su declive físico y mental.

En noviembre de 2006 se empezaron las consultas médicas de mamá en un centro puntero de La Coruña, EuroEspes, dirigido por el Dr. Cacabelos. Le hicieron un profundo estudio médico y nos dieron un diagnóstico. Nos propusieron un tratamiento con determinados medicamentos y complementos alimenticios, que ralentizarían el progreso de la enfermedad, demencia senil. A pesar de que cada visita suponía mucho dinero, Manuel quería que se hiciese todo lo posible para mejorar su calidad de vida. “Para eso ahorramos toda la vida, para usarlo cuando fuese necesario”. En estos primeros tiempos casi no se le notaban los fallos de memoria o de organización, como era muy lista siempre encontraba la manera de disimular. Al tiempo que su salud disminuía, aumentaban sus momentos de tristeza o ansiedad. Ya no se entretenía tanto leyendo, empezó a ponerle “pegas” a los libros. Escuchaba menos la radio y hacía siestas en la salita más largas. Se me ocurrió proponerle tareas de estimulación intelectual que conocía por mi trabajo de

profesora de Educación Especial en integración. La inicié en el manejo del ordenador, para juegos de atención y concentración, entre otros; aprendió a manejar el ratón y le gustaba hacer esas tareas unos minutos al día. Trabajábamos con los álbumes de fotos de la familia. Le traje cuadernillos de Conocimiento del Medio con tareas de lectura y escritura. Al principio eran de un nivel de 3º de primaria, que tuve que ir bajando porque Manuel, que pasaba mucho tiempo con ella, me contaba que algunos ya le eran difíciles. Un día se plantó y me dijo “ya no más tareas de leer y escribir a tu madre”. Él aprovechaba cuando Mari Paz o nosotras estábamos en casa para seguir con sus trabajos de carpintería y sus viajes de trabajo con el Sr. Felipe, o Alberto cuando estaba en casa o con el que le encargase un trabajo.

Durante la campaña electoral de 2007, el candidato del PP a la alcaldía de Ponferrada, Carlos López Riesco, estaba de visita por el barrio. Al pasar por delante de la carpintería de Manuel, se le presentó y lo saludó. A él le gustó el detalle, pero le comentó, “¡Hombre! Para qué tanta molestia, mi voto ya lo tenía”. Su pensamiento político siempre estuvo lleno de sentido común, más que ideología tenía sentido práctico. Hablaba de la época franquista con pena por las consecuencias de la guerra civil y de la miseria de los primeros años de postguerra, pero con la intuición de que el trabajo y la “paz social” ayudaron al progreso, incluido el propio. Conoció el desarrollismo de los años sesenta tanto en España como en Francia. Votó la Constitución de 1978 y a Adolfo Suárez en las primeras elecciones democráticas. Siempre

preocupado por las personas debido a su bondad natural, manifestando el interés y el deseo de que a todos les vaya bien. Defendía a la empresa privada, porque “si los empleados nos esforzamos para que las cosas funcionen aseguraremos nuestro propio trabajo en el futuro”.

Nunca entendió ni hizo huelgas. Creía que solo el buen hacer de todos, empresarios y trabajadores, podían construir y mantener las empresas, y conseguir un buen desarrollo económico para todos. Él siempre fue un luchador y trabajador infatigable. Tuvo y tiene una mano en el corazón, con ideas de izquierda; y la otra en el bolsillo, con ideas de derechas. Creo que votó a Felipe González en 1982 por influencia de Olimpia, que siempre fue “más de izquierdas” y preocupada por las causas sociales. Hoy votaría a cualquiera de los casi extintos partidos de centro o a ninguno como ocurrió en las últimas elecciones.

Este pensamiento político más que explicarlo se lo mostraba con sus actitudes en el día a día a sus nietos Pedro y Alberto. Por eso se alegró cuando ellos fueron encontrando sus caminos profesionales en empresas que les aseguran, por ahora, un trabajo digno que les permite vivir aceptablemente, aunque sea en Madrid. Se siente muy orgulloso de ellos y se preocupó por saber si estaban contentos y si sabían desenvolverse en el mundo laboral.

Cuando Pedro compró un piso con Cristina, su novia, ahí estuvo Manuel para darle un pequeño préstamo que le permitiese arrancar esa nueva vida. También colaboró haciéndoles algunos muebles diseñados por ellos, como la

mesa y la alacena de la cocina, una estantería para el baño y varias banquetas que luego ellos pintaban, y que aún, tienen y usan. Como siempre él puso su grano de arena para ayudar en lo que sabía y podía.



Los muebles para el apartamento de Alberto, al que se mudó en cuanto Manoli se fue para su piso, los hicieron “en equipo” y con “broncas”. Manuel estaba encantado de trabajar con y para el nieto, pero ambos tenían ideas muy distintas sobre el trabajo, especialmente sobre los acabados. El nieto diseñaba la mesa, estantería, alacena ... lo que fuese. El abuelo dirigía todo el proceso, desde la elección de las maderas y su limpieza, tomaba las medidas, hacía los cortes y los ensamblados.

Alberto era su “pinche” y de paso aprendió muchos procedimientos y trucos. Los problemas aparecían cuando Manuel intentaba “hacer alguna chapuza” a criterio de Alberto, como usar un tablero de madera con algún

defecto, porque ya sabemos que Manuel no tira nada. Pero lo que más discusiones les ocasionó fueron los acabados, porque el joven quería un modelo redondeado que al “viejo carpintero” le parecía que rompía con todos los cánones que él dominaba. El esfuerzo de Alberto por respetar a su abuelo hizo que “la sangre no llegara al río”; y además de conseguir unos muebles muy especiales, aprendieron y disfrutaron mucho uno del otro. En los últimos trabajos ya ponían, además de la fecha, la firma con el “Cerezales”.



Según avanzaba la década tuvo que bajar un poco su ritmo de actividad pues le aparecieron problemas de salud un poco más importantes. Siempre tuvo molestias digestivas, que cuidaba con bicarbonato o con tisanas compradas en la herboristería. Como todo lo hacía con minuciosidad también los cuidados alimenticios y los remedios naturales que llegaron a obsesionarle. Siempre recordaba al médico “de León”, el Dr. Culebras, que le había hecho un estudio en los años noventa y dado unas recomendaciones de dieta para sus problemillas de vesícula. “Eso no lo puedo tomar porque lo pone el papel del médico de León” y así fue dejando los embutidos, los pimientos, el repollo, las legumbres...y según pasaban los años la lista se hizo más corta.

Dejó de desayunar café con leche y empezó a hacer sopas de pan todas las mañanas. Se las preparaba él solo echando agua con un poco de sal y dos cucharadas de aceite en una sartén. Después cortaba en lonchas un trozo de pan duro de días anteriores. Cuando el agua hervía le añadía el pan y unas hojas de menta. Más de veinte años hizo este desayuno. También probaba todo lo que le recomendaba la chica de la herboristería, como semillas de lino, salvia, preparados para los gases...No sabemos si su longevidad tiene que ver con el control que tuvo con su alimentación y los cuidados a su cuerpo.

Cuando en 2009 fue a la consulta del urólogo, éste le diagnosticó un problema de próstata por el que tuvo y aún tiene que medicarse. Le acompañamos a las revisiones anuales, hasta que hace cinco años le valoraron que ya no

serían necesarias. En 2010 tuvo su primer y muy doloroso cólico de vesícula, pero con las precauciones en su alimentación lo pudo tener a raya. Ese año se operó de una catarata y al año siguiente de la otra. Desde el 2013 sus problemas con los lacrimales le hacían estar muy incómodo, por eso, en enero de 2015, la Dra. Pastrana le hizo una intervención quirúrgica en la clínica San Francisco de León, para limpiárselos. Ya podría llorar para lo que le vendría en ese año.

Manoli compró un apartamento en Coruña cerca de las playas de Santa Cristina y Bastiagueiro. A pesar de que mamá ya tenía, además del deterioro cognitivo, muchos problemas de movilidad pudieron disfrutarlo en varias ocasiones. Solían ir en puentes o vacaciones. A veces coincidía que ellos estaban en Coruña y nosotros en Madrid. Manuel decía “¡Vaya cada uno en una punta del país!”. En junio del 2010 celebramos el cincuenta cumpleaños de Manoli que nos invitó a un buen restaurante en Ponferrada.



Fue por entonces cuando Manuel tuvo un accidente con su bici en la rotonda del barrio, frente a la iglesia. A pesar de su edad continuaba utilizándola como medio de transporte. La tenía en la carpintería y la llevaba, fuese donde fuese, en un entorno de diez kilómetros, si no había mucha pendiente. Manoli se enfadó y le riñó porque ya veíamos que para él era un gran riesgo, a pesar de su agilidad y de que circulaba muy lentamente, por sus problemas de oído y por los coches. Así que, desde entonces, sólo la usaba de forma puntual, a escondidas y por el barrio.

Una tarde estaba en la carpintería y tenía su vieja bicicleta, la de los años sesenta, apoyada en la fachada porque la había limpiado. Alguien que pasaba por allí le dijo que se la compraba por diez euros, le propuso que le daba cinco en ese momento, y que al día siguiente vendría a pagarle los otros cinco. Él aceptó, el hombre se la llevó y... no volvió. Nos llevamos un disgusto, especialmente Pedro y Alberto que le tenían mucho cariño. Carlos le regaló otra bici más moderna, y con barra baja para que pudiera bajarse mejor. Fue la que usó hasta cerca de los noventa años.

Como la vida de la familia iba a complicarse, yo pedí el traslado del colegio de Cacabelos a otro más cercano. En 2010 me dan destino en el colegio de Fuentesnuevas, al lado del hospital, lo que facilitaría las futuras visitas o asistencia a consultas con Manuel y Olimpia. Ya tuvimos que aumentar los tiempos de dedicación a ambos, y gracias a vivir al lado unos de otros la tarea fue y es fácil.



En su 88 cumpleaños nos sorprendió a todos cuando nos dijo “Hoy cumplo 32.120 días” por lo que, en vez de soplar los años, ese cumpleaños soplo los días que había vivido hasta ese momento.

Cuando “los niños”, Pedro y Alberto, vienen a casa siempre es motivo de celebración. En las navidades de 2010, también festejamos que “el pequeño” ya tenía un buen trabajo, con posibilidades de permanencia en la empresa. Manuel estaba muy orgulloso de sus nietos, siempre interesado en sus cosas y preocupado por los viajes Ponferrada – Madrid. Además del responso siempre les decía “Llamame cuando lleguéis”

Cada vez hacía menos trabajos con Felipe, porque ya habían terminado la restauración de la casa en Palacios de

Compludo. Además, las hijas no querían que condujera porque ya estaba en los ochenta; y era un riesgo que fueran por las carreteras de montaña.

Manuel aún pasaba tiempo en la carpintería recolocando la madera, cambiando de sitio las herramientas. Limpió en la medida de lo posible el suelo y el baño del taller, y cuando hacía frío, prendía la vieja cocina de carbón que está en un espacio aparte. A veces te lo encontrabas con los pies metidos en el horno, a la vieja usanza; “cavilando” decía cuando le preguntábamos qué hacía. A pesar de que cada vez eran más abundantes los tiempos de tranquilidad, aún tenía otros momentos para el trabajo, el esfuerzo y el riesgo.

Fue Manoli quien le “amenazó con denunciarlo a las autoridades” si volvía a subirse a los tejados para arreglar las goteras de casa con sus ochenta bien cumplidos. “Te quitarán la pensión”. En junio de 2011 aún se subía al cerezo del patio con ochenta y nueve años. “¡Como no es muy alto...!” Procuraba que Manoli no estuviera en casa. La verdad es que parecía un gato encaramándose de rama en rama. Teníamos que estar pendientes para coger el caldero y ayudarle en lo que necesitase. Y “cruzar los dedos”. Siempre hacía lo que le parecía.



Entre 2011 y 2013 tuvieron un tiempo de vejez tranquila, a pesar del deterioro cognitivo de mamá. Manuel empezó a ocuparse de ella de una forma sistemática, ayudándole a vestirse, controlando la medicación con ayuda de los pastilleros que les preparaba Manoli, haciendo recados cuando estaba Mari Paz en casa, acompañándola en los paseos, dándole conversación de forma inteligente... No quería que se sintiera mal ni que sufriera.



En junio de 2011 nació Nacho, el primer hijo de Pedro. Manuel subió de categoría al hacerse bisabuelo con aquel niño tan precioso, que había heredado sus ojos azules.



Ese año fue el último que Manuel y Olimpia viajaron varias veces a Coruña, al apartamento de Manoli. Ya no podían ir a las playas cercanas andando y era necesario acercarlos en coche. Además, había que llevarles sillas playeras para que estuvieran cómodos, estar poco tiempo y muy protegidos del sol. Manuel siempre se preparaba su maleta con algo de ropa, los bizcochos de Noel en un táper, contados para los días de estancia, sus objetos personales y sus plantas medicinales. También metía unas herramientas básicas como martillo, puntas, destornillador, alicates, ...

Un día, Manoli oye unos golpes en la pared del dormitorio principal, donde dormían ellos. Cuando fue a ver lo que pasaba se encontró a Manuel clavando una punta en medio de la pared, frente a la cama. Era para “colgar su reloj de cadena”. Se tuvieron que poner unos cuadros para tapar el boquete.

Otra anécdota que nos muestra el espíritu de Manuel, su atrevimiento y ganas de probarse, fue cuando en el verano de 2012 dejó aparcadas sus herramientas de carpintero y, para matar el tiempo, se iba al patio del colegio él solo a jugar al baloncesto. Tiraba a canasta y para no tener que ir a buscar la pelota, la tenía desinflada para que cayera a plomo y simplemente iba andando, la recogía y volvía a tirar.



Pero un día dio un traspies y se cayó, se hizo un corte en la cara que sangraba mucho. Cuando lo llevamos a urgencias, el médico que le puso unos puntos en la herida no se creía que había sido jugando al baloncesto; tenía noventa años.

A finales de ese verano, le pidió a Alberto que le llevase a Xove en Lugo, para ver a su hermano José, el único que le quedaba y que estaba en una residencia de ancianos. Yo también los acompañé porque el tío Pepe era mi padrino y hacía mucho que no lo veía. Allí vivimos una experiencia agridulce. En un principio, muy contentos por el reencuentro, pero como los dos estaban bastante sordos, la comunicación se hizo bastante difícil, hasta que llegaron mis primos Maruja y Abelardo. Aunque ambos tenían la cabeza bien, los recuerdos de los tiempos pasados, buenos y malos, les perturbaban. Nos volvimos tristes por ver a Pepe bastante enfermo, apenado y poco autónomo. Papá se quedó impresionado porque le llevaba solo dos años. No lo volvió a ver, falleció un tiempo después.



Manuel y Olimpia tuvieron los últimos encuentros en las aldeas donde nacieron. Fue en 2012 cuando visitaron juntos por última vez Villaspasantes. Aunque mamá tenía lagunas de memoria, si reconoció a su hermano Fermín y a su mujer, la tía Virginia. Pasamos la tarde con ellos y con Oliva, su hija pequeña, que preparó, como hace siempre, para agasajarnos, una merienda con productos caseros. Mamá disfrutó mucho recorriendo, a pesar de tener que ir con bastón, tanto los espacios de la casa, ahora rehabilitada, como distintos rincones del pueblo. Se encontró con su compadre, José de la casa de Rios, y paseó por algunos de los caminos que ahora le costaba reconocer. No entendía que hubiese tanta vegetación “salvaje” y que los senderos ahora fuesen casi carreteras. El Campo de la Vieja, la explanada que había en la loma de separación entre dos valles, donde ella iba a cuidar a los cerdos cuando tenía cinco o seis años, ya no existía. Solo era un cruce de caminos. Aunque aún seguía siendo un espacio mágico desde el que se divisa unos paisajes espectaculares tanto hacia Teixeira, al suroeste, como hacia las montañas de Ancares en el noreste.





Manuel estaba pendiente de Olimpia en todo momento, le servía de ancla al pasado y de apoyo en el presente. Ahora estaba dedicado, casi en exclusiva, a su atención, ayuda y cuidado. Parecía un señorito, en aquel entorno que cincuenta y cinco años antes había sido tan duro y difícil para ambos. En el que se habían movido afanados en miles de trabajos, vestidos con ropa vieja. Mamá se sentía “rara” y extraña en un lugar tan querido para ella. Papá adaptándose a todo. Había pasado de la boina que siempre usó hasta los años ochenta, a la visera de trabajador hasta los años dos mil; y por fin, a los sombreros de paja o fieltro que aún usa.

En esta época de cuidador, aprendió lo que es la empatía, aunque ignore el concepto. De ser él el centro de atención pasó a centrarse en Olimpia, mamá era su principal ocupación y preocupación. Si dormía o si estaba despierta;

le acompañaba al baño; estaba pendiente cuando se aseaba; le ayudaba con el desayuno hasta que tuvo que ser él quien se lo preparaba; le ayudaba a vestirse; se ocupaba de que estuviera cómoda en la salita o en la cocina; le organizaba actividades como pelar nueces o leer revistas. Fue capaz de dejar sus rutinas, pues casi no bajaba a la carpintería, para mantener las rutinas de mamá. Solo cuando Mari Paz estaba en casa, él salía a dar una vuelta por su cuenta; a ver a amigos o familiares. Siempre le gustó explorar por el barrio e incluso ir al centro de Ponferrada en el autobús. Él era completamente autónomo para ir al médico de familia o la farmacia; para ir al juzgado a buscar la Fe de Vida para enviar a Francia por su pensión; para resolver sus asuntos bancarios... Todo el mundo se sorprendía cuando les decía que estaba en los noventa.

Poco a poco fue entrando en él la tristeza. Fue tomando conciencia de que la situación, a todos los niveles, estaba empeorando. Le empezó a entrar miedo porque él ya no podía controlar las circunstancias con su inteligencia, esfuerzo y tesón. Veía que mamá perdía competencias y se hacía muy dependiente. Cada poco había que acudir a consultas médicas, mantener unos tratamientos periódicos y permanecer en casa. Ya solo salían algunas veces a la calle peatonal, cuando el tiempo lo permitía, a pasear un rato, dar un par de vueltas y sentarse al sol del atardecer. Se dio cuenta de que estaban en el “ocaso de la vida”, una vida larga y bien aprovechada; juntos casi sesenta años.



Parte de la tristeza también fue motivada por la complejidad que adquirieron las transacciones bancarias que él ya no entendía, y los problemas para vender las Cédulas Hipotecarias que le habían “propuesto” en 2006. Cómo veía que las circunstancias se ponían difíciles, quiso disponer de sus ahorros con libertad “por lo que pudiera pasar”. Cuando fue al banco para hacer la gestión y le dijeron que no podía ser, que no le podían liberar el dinero hasta que alguien comprase las “dichosas” Cédulas. Volvió a casa con un gran disgusto. Fue Carlos quien me propuso que se las comprásemos nosotros para que él pudiera tener sus ahorros a la vista. A partir de entonces Manuel fue dejando de ir al banco, ni para coger el dinero del mes, ni para cualquier requerimiento que no fuese imprescindible.

En abril de 2013 nació Martina, hermana de Nacho y su segunda bisnieta. A pesar de que las circunstancias eran un poco más complicadas, Olimpia aún pudo jugar y disfrutar de ella. Venían con cierta frecuencia a

Ponferrada, mientras Cristina tenía permiso por maternidad; y nos alegraban la realidad cotidiana. Mamá siempre dijo que “los niños pequeños son quitapenas”.



Otra quitapenas fue una gata preciosa que había aparecido en el patio y que poco a poco fue cogiendo confianza en la casa. Olimpia le cogió cariño y cuando nos dimos cuenta ya estaba dentro, primero en el balcón que da al patio; y poco a poco hasta la cocina. Hizo una buena labor de estímulo mental y emocional como todas las mascotas. Manuel le daba de comer y beber en la carpintería, y como había un hueco en la pared, ella entraba y salía sin dificultad. Cuando hacía frío la dejaba estar en la cocina de abajo, donde él también se calentaba. No le pusimos nombre, pero mamá le llamaba “mixiña”, en gallego. Cuando la gata se puso muy enferma un tiempo después, tuvimos que sacrificarla porque la veterinaria, nuestra prima Carolina, nos dijo que no tenía

solución. Nos quedamos todos un poco tristes y la extrañamos.

Durante el invierno de 2014 fue la última etapa en la que mamá estuvo relativamente bien. Podía pelar nueces o avellanas con Manuel, que estaba pendiente de lo que hacía; y si tenía dificultades o se cansaba, le ayudaba o paraba la tarea. Para desplazarse por casa el SACYL nos prestó un andador. El que habíamos comprado nosotros estaba en el portal y lo usaba para moverse por la calle. Aún podía bajar la escalera, pero con mucha dificultad. Por eso Manuel me comentó que iba a hacer otro pasamanos en la pared de la escalera, así le sería más fácil subir y bajar sujeta a las dos barandillas. Como a mí no me parecía buena idea, y además me parecía mucho trabajo para sus 92 años, se lo dijo a Alberto cuando vino con unos días de descanso. Entre los dos lo prepararon y un día a la vuelta del colegio me los encuentro montando el pasamanos que habían hecho. Tuve que darles la razón porque, aunque sorprende desde el punto de vista estético, es muy funcional. Sirvió para mamá, y ahora lo usamos los demás.



La barandilla fue el último trabajo importante que hizo. Solo de vez en cuando construía una banqueta o una pequeña estantería para los zapatos de Nacho o algunas “chapuzas” que le conectaban con su oficio de carpintero. Permanecía poco tiempo en el taller porque siempre quería estar pendiente de Olimpia.



A lo largo de la primavera del 2014 la salud y la calidad de vida de mamá empeoró. Manuel estaba muy angustiado y nos pareció que la situación le estaba sobrepasando. Decidimos buscar una persona de confianza y con habilidad para cuidarla durante el tiempo que estábamos trabajando. Le preguntamos a Rosi una vecina de toda la vida, casi familia, que es auxiliar de clínica. Nos propuso, con buen criterio, a Montse que había cuidado muy bien a su madre, hermana de la tía Virginia de Villaspasantes. Tuvimos mucha suerte porque mientras Mari Paz atendía la casa y la comida, Montse se ocupaba de la atención

directa y constante a mamá. Le daba el desayuno, la aseaba y vestía, le hablaba en gallego de personas y entornos que ambas conocían... Manuel estaba encantado y agradecido por lo bien que iban las cosas. Por las tardes ya nos ocupábamos nosotros de su cuidado. Procurábamos alternarnos Manoli, papá y yo, para no dejarla nunca sola.

La situación se fue complicando después del verano del 2014. Mamá tomaba seis medicamentos diarios, sus dolores eran frecuentes, empezó a comer poco y adelgazó mucho. Solicitamos la ayuda a la dependencia y en diciembre la llevamos a consulta de Geriátrica del hospital de El Bierzo. A finales de diciembre empezó con una bronquitis muy fuerte y, como se puso peor, la llevamos a Urgencias el día 27 de diciembre. Estuvo hospitalizada diez días y volvió a casa con un tratamiento fuerte de antibióticos, añadidos a su otra medicación.



Mientras ella estaba en el hospital, hablamos con papá y decidimos que, por el bien de los dos, cuando volviera a casa mamá durmiese en otra habitación, así nos aseguraríamos el descanso de ambos. Empezamos a notar que la tristeza y el cansancio de papá iba en aumento. Compramos una cama articulada que nos permitiría atenderla mejor, asegurar que no se cayera porque tenía barandillas; y variar las posiciones según necesidades. Cada poco teníamos que llamar a su médica porque tuvo crisis frecuentes entre enero y marzo. A mediados de marzo volvió a estar hospitalizada durante siete días. Todos veíamos que su calidad de vida se iba deteriorando. Su ubicación en espacio y tiempo empeoraba.

Continuaron las consultas a urgencias y atenciones domiciliarias durante todo el invierno, hasta que, a mediados de mayo, en su última hospitalización, nos informan de que tenía un tumor en el páncreas, sin solución. La podrían trasladar a otro hospital e intentar un tratamiento molesto e incluso doloroso y con pocas expectativas de éxito. Manoli y yo consultamos a otros médicos y profesionales. Cuando lo hablamos con papá, él decidió dejarla tranquila y, después de conocer la propuesta de cuidados paliativos, dijo que la llevaran allí, en el propio hospital de Ponferrada.

Pedro con su familia y Alberto vinieron desde Madrid unos días, y pudimos estar todos juntos, acompañándola. En su duermevela sereno tuvo momentos de lucidez y pudimos hablar con ella. En uno de esos momentos le salió “su carácter” para pedir a los nietos que no discutieran,

seguro que era por una tontería. Las visitas de Milo, el sobrino que había cuidado de pequeño; y del primo Luis de Ferreiro, su mujer Marce y su hija Carolina, con sus muestras de cariño hicieron que la tarde anterior a su fallecimiento fuese un poco más suave y se cerraran círculos. Luis siempre fue para mamá un sobrino y ahijado muy especial.

Mamá falleció el 31 de mayo de 2015, de madrugada. Manoli la acompañaba. Cuando nos llamó por la mañana temprano Carlos y yo nos abrazamos con tristeza y alivio, porque había dejado de sufrir.

Papá acogió la muerte de su compañera de sesenta años de vida con mucho, mucho dolor. También con la valentía y el coraje que le caracterizan. Aceptó las numerosas muestras de afecto y cariño de tantas personas que nos acompañaron en el tanatorio, en el funeral y en el entierro. Manuel no se sorprendió de que vinieran familiares y amigos de todas partes, “vuestra madre era muy querida”. Ambos son queridos porque su calidad humana y competencia personal han quedado sobradamente demostrada.

Tanto Manoli como yo nos quedamos muy sorprendidas cuando al comentarle que íbamos a encargar la lápida, él nos dio un papelito manuscrito. Era una de las hojas de su vieja libreta, y nos dijo “Quiero que estas letras queden grabadas en el mármol”.

No había más que decir. Solo pedimos al marmolista que, al lado de sus palabras, labrara una rosa. Eran las flores preferidas de mamá.



“Cuanto sufrimiento para perderte y que bonito fue tenerte “

8.

DUELO

Los meses siguientes al fallecimiento de mamá, Manuel parecía “un alma en pena”. Triste, silencioso, cabizbajo...

Como había estado el último año tan pendiente de ella, ahora se encontraba descolocado. Empezó a moverse de forma más lenta, sin la vitalidad a la que nos tenía acostumbrados. Todos nos volcamos con él de una forma sutil, estábamos pendientes de lo que hacía y de su estado emocional. Aunque no quería ver a nadie de fuera de la familia, nos pidió que llamásemos a Montse, la chica que había cuidado a mamá el último año, le estaba muy agradecido y quiso decírselo.

Cuando en el verano tuvimos la primera comida familiar, nos quedamos muy sorprendidos porque fue el primero en sentarse a la mesa, nunca más nos hizo esperar.

Olimpia podría estar orgullosa, al final había conseguido que entendiera algunas normas que ella le recordaba con frecuencia.



Casi no salía de casa, porque no quería que le preguntaran o le hablaran de ella. Andaba por las habitaciones revisando papeles y ordenando cosas. Siempre dispuesto y obediente cuando teníamos que hacer las gestiones burocráticas que iban surgiendo por su estado de viudedad. Al principio, dejamos las cosas de mamá en la habitación que habían compartido. Luego, poco a poco, fuimos quitando parte de su ropa para donarla; y guardamos Manoli y yo sus objetos personales. Recogimos el andador que Manuel tardaría cinco años en necesitar. Dispusimos la casa para que a él le fuera cómoda y estableciera nuevas rutinas.

Manoli y yo pensamos que era el momento de llevarlo al audiometrista para que valorara su problema de oído. Así se ocuparía de sí mismo y le ayudaría en el proceso de duelo. Como tenía una dificultad de audición importante, le propusieron el uso de audífonos en ambos oídos. Durante un tiempo lo intentó, y se manejaba muy bien en su uso. No le gustaba mucho eso de tener que cambiar las pilas cada poco, le parecía un gasto excesivo. Aguantó con ellos más de un año, pero poco a poco empezó a quejarse de que “se oía respirar” “que estaba incómodo” “que no oía mejor” ... Cuando volvió a hacer algún trabajillo en el taller los guardó en su estuche y no quiso volver a ponerlos.

Avanzando aquel verano, empezó a salir de casa y a pasear solo, no quería que le acompañáramos. Iba casi siempre muy tarde, después de la cena. Así no se encontraba con nadie. Una noche de agosto, sobre las once, volvió a casa un poco molesto. Mientras caminaba por la avenida de Galicia, cerca de casa, una señora se le acercó y le preguntó si estaba perdido. Seguramente la actitud triste y ausente preocupó a la mujer. Le hicimos ver que era lógica la pregunta de la señora al ver a un hombre de su edad, casi noventa y cinco años, a esas horas de la noche deambulando por la avenida.

Empezó a levantarse tarde, sobre las once. Volvió a empezar a hacer sus ejercicios de gimnasia en la colchoneta de mamá, que luego recogía. Se aseaba y preparaba su desayuno, las peculiares sopas de pan. Cuando llegaba Mari Paz, si veía que iba a poner el

aspirador “para qué tanto soplar”, pasaba a nuestro piso o al apartamento de Alberto. Se entretenía toda la mañana con sus cuentas y sus anotaciones en libretas; revisando planos, gráficos... y recuerdos guardados en cajones o estanterías. Controlaba todos los recibos de las casas. No nos dejaba pagar los impuestos municipales, aunque se lo proponíamos todos los años, siempre contestaba “Mientras tenga ese dinerín”, refiriéndose a sus pequeños ahorros. Salía al balcón si hacía buen tiempo a tomar el sol y a leer el periódico. A veces ponía la tele en los programas de debate o actualidad. Como se quitaba los audífonos se acostumbró a leer los subtítulos para entender las informaciones que le interesaban. Salía a pasear sobre las dos y media, cuando todo mundo estaba comiendo, y empezó a contar los pasos. La calle Jovellanos tenía doscientos pasos, hasta la avenida de Galicia quinientos, hasta la tienda de los chinos, setecientos... A veces se sentaba en uno de los bancos públicos hasta las tres de la tarde, cuando veníamos nosotros para comer. Por las tardes, después de la siesta, veía la tele, leía el periódico y atendía a los que, poco a poco, venían a visitarle. Suso Crespo y su mujer Josefa, primos y vecinos de toda la vida, eran los que le acompañaban con más frecuencia. También venían Mari, la prima, con alguno de sus hijos; o Pepe de Flores del Sil; también Eulogia y Antonio los vecinos más próximos, o la tía Rosalía. Aprendió a hacer el café y siempre había que tener pastas en casa, una vieja costumbre de mamá.

Es seguidor del programa Pasapalabra desde hace mucho tiempo. Le entretiene y le sirve de referente para ir

cerrando el día. Poco a poco fue cambiando los alimentos de las cenas, porque le producían muchos gases y pasaba malas noches. Probó de todo, incluso dejó de cenar algunas veces. Llegó a sufrir un cólico abdominal y tuvimos que llevarlo a Urgencias al Hospital de El Bierzo. Desde entonces tiene que tomar un protector gástrico que le alivia.

Todos los días quedábamos con él, Manoli, Alberto si está en casa, o yo, hasta las diez o las once de la noche, porque cogió la costumbre de acostarse tarde. Daba cabezadas en el sillón orejero y se iba a la cama hacia la una de la madrugada. Nunca se quejaba abiertamente, pero no dormía muy bien porque tenía que levantarse más de tres veces durante la noche, por sus problemas de próstata. Poco a poco fue acumulando tristeza, ansiedad y angustia... y a finales del 2015, cuando le diagnosticaron depresión, tuvo que tomar medicación durante un tiempo.

Aunque nos parecía que sería difícil, aceptó ir a Madrid a pasar las primeras navidades sin mamá. Miriam, la hija pequeña de Pedro había nacido en octubre y aún no la conocía personalmente. Así que dispusimos unas habitaciones para que Manoli y él tuvieran espacio en el piso alquilado de Alberto.

Procuramos que pasase unos días entretenido y mantuviera algunas de sus rutinas. Le llevamos a conocer el metro, en el que nunca había viajado. Paseamos con él por el centro para que viese la Puerta del Sol y el Congreso de los Diputados. Lo que más le llamó la atención y

despertó su curiosidad era saber cómo estaban construidas las Torres KIO, en la Castellana. Alberto tenía interés en que también viera las Cuatro Torres con sus más de doscientos metros de altura. "Mira abuelo, mira que altas son" a lo que él respondió "¿y aquellas por qué están inclinadas? toda la vida echando la plomada" Manuel aún continúa preguntándose sobre su construcción.



Al inicio de 2016 empezaron a ocurrir fallecimientos entre las personas conocidas y queridas. En febrero murió Nides, mi suegra, después de más de un año de enfermedad y pérdida cognitiva. En primavera falleció el Sr. Felipe, su amigo. Con ellos continuó la lista de muertes de familiares y amigos que le entristece y le hace sentir la

angustia de ser el superviviente. Ramón de Balboa, Suso Crespo, el Sr. Balbino y su mujer, el Sr. Agustín ..., son algunos de familiares y amigos que van desapareciendo de su agenda de teléfonos, no de su vida, porque los recuerda a todos.

Como es con Alberto con quien tiene más confianza, le pidió en el verano de 2016 que le llevara a ver a un primo que se llamaba como él, Manuel Cerezales Santín. Había vivido en otro barrio de Ponferrada, pero ahora estaba en una residencia de mayores en Cacabelos. Cuenta Alberto que “lo sometió a un tercer grado” con el interrogatorio sobre cómo se sentía, cómo lo cuidaban, cómo era la habitación... Dada la capacidad intelectual de Manuel, creemos que aquello fue una investigación sobre la posibilidad de ir a una residencia. Afortunadamente no pareció convencerle, y tampoco fue necesario.

Organizaron Alberto y él la visita a algunos lugares de su infancia y juventud. Subieron al castillo de Balboa y fueron a otros lugares que el nieto descubrió con la mirada y las explicaciones del abuelo.



Entre ellos se estableció una relación que ayudó a Manuel a ir superando la angustia de vivir. Inició nuevas rutinas vitales sin mamá, con una actitud serena y tranquila.

Poco a poco volvió a interesarse por la carpintería, aunque ahora sólo para realizar pequeños trabajos para casa. Le poníamos la condición de que tenía que estar Alberto con él en el taller, tenía 95 años. Ya aceptaba las ideas del nieto y, aprendieron a trabajar juntos, con menos discusiones. Sus últimos muebles tenían una estética de bordes redondeados, con un estilo peculiar; algunos con la firma de “Cerezales”. Les han propuesto comprar las máquinas de la carpintería, y aunque Manuel hubiera aceptado, ahora es Alberto quien no quiere desmontar el taller. Sabe que para “el viejo carpintero” es importante. Por eso entre el 2021 y el 2022 se ocupó de limpiar, primero, el tallerín que estaba en el bajo de la casa de Manoli, porque iba a reestructurarlo y poner un ascensor; y después el taller grande, donde están todas las máquinas y las herramientas. Hizo una buena tarea de limpieza, clasificación y ordenación.



En marzo de 2017 nos dio un buen susto por un cólico abdominal. Era el segundo, después del suave en 2015. Lo llevamos a Urgencias al Hospital de El Bierzo, y estuvo todo un día en observación. Cuando se estabilizó lo enviaron a casa y lo derivaron al especialista de digestivo. Sufrió otros episodios gastrointestinales y bucales que no se sabía si eran por ansiedad “Pueden ser nervios” reconocía él mismo.

Durante el verano, Manoli lo llevaba algunos días a Coruña. Aún podía caminar bastante bien, aunque despacio. Ya no iba a la playa, sí a pasear por los alrededores del apartamento. Allí donde iba establecía las rutinas que ya tenía y podía adaptar; y adquiría otras nuevas que le permitieran organizar su vida. Mantenía horarios, comidas y costumbres; y buscaba rutas para caminar que le fueran fáciles. Una tarde Manoli salió a tirar la basura al contenedor cercano, pero cogió unas llaves equivocadas. Así que a la vuelta tuvo que tocar el timbre. Como Manuel no sabía que ella había salido, y no la oía llamarle, no le respondía. Así estuvieron un rato, Manoli, delante de la puerta, escuchando que dentro del piso él la buscaba y llamaba. Cuando ella ya se hizo entender él le abrió; y le echó una buena bronca. Todo un personaje.



En los años siguientes, Manuel fue perdiendo capacidades de movilidad y continuaba con incidentes puntuales de salud. En uno de esos viajes, en los que, por cierto, siempre pagaba él el peaje con las monedas contadas que llevaba en la mano desde Ponferrada, tuvo otro cólico digestivo. Fue tan complicado buscarle asistencia médica, estando ella sola, que Manoli decidió que, a partir de entonces, siempre viajarían con otra persona. A veces los acompañó alguna de sus amigas, hasta que él ya no quiso viajar, “¡Estoy yo para ir a ningún lado!”.

Tampoco quiso ir con Marcelino, su sobrino de El Comeal, cuando una tarde vino a buscarlo para llevarlo hasta el pueblo. Desde entonces se negó a viajar. Aunque era feliz cuando venían cualquiera de los primos a visitarlo, ya fueran de la familia de mamá o de la suya.

En septiembre de 2018 se sentía muy cansado y, después de unos análisis, se vio que tenía falta de hierro. Desde hacía un tiempo comía muy poca carne. Tuvo que tomar suplementos de hierro y empezamos a mentalizarle de la necesidad de comer alimentos ricos en proteínas para disminuir la debilidad muscular.

A pesar de sus problemillas, continuó con la costumbre de partir y limpiar las nueces y las avellanas que producíamos en la finca. Inventó un sistema para partir las avellanas con facilidad. Usa un taco de madera al que le hizo un hueco en el centro. Golpea la avellana con uno de sus martillos “de losar”, que es pequeño y ligero. Cuando ya tiene todas las avellanas o nueces cascadas, empieza el proceso de limpieza y selección. Al final, las guarda en tarros que

reparte entre todos nosotros. Creo que le anima el sonido rítmico de la herramienta, y le trae recuerdos de otros tiempos. Dice que éste es ahora su trabajo.



Al acercarse el 8 de octubre, su cumpleaños, nos avisa de que no quiere regalos. Lo mismo dice cuando es el día del padre o el 1 de enero, que es su santo. Últimamente aprovechamos estas fechas para comprarle cosas imprescindibles como ropa que se va deteriorando, cremas para el cuerpo, fotos de los bisnietos ... El regalo que más le gustó, se lo hizo María Antonia, una amiga de Manoli. Fue una caja enorme de sus bizcochos Noel.

Como sigue preocupado por el cuidado del cuerpo, le compramos, de vez en cuando, la revista "Saber vivir". Selecciona los artículos o noticias que más le interesan, especialmente los relacionados con las digestiones y la eliminación de los gases. También le interesan otros que

hablan de la salud mental o de la importancia de mantenerse activo en la vejez. Memoriza donde están las informaciones y luego me informa. A pesar de sus 96 años es capaz de leer y escribir casi como antes. Se encarga de recoger el correo y de guardar recibos o comunicaciones. Aunque le acompañaba Alberto, y siempre tenían problemas con el vigilante de seguridad al pasar el arco metálico porque le hacían dejar allí la navaja o "navallo" como el la llamaba, utensilio que siempre llevaba encima. Las gestiones en el banco, la panadería, la farmacia o el centro de salud las seguía haciendo el solo, sin ningún tipo de problema.

Quizás el año 2018 fue el último en el que tuvo autonomía total y era capaz de realizar trabajos físicos, pero estábamos pendientes. Él se sentía capaz. Repartía las tareas en espacios cortos de tiempo, y se sentaba de vez en cuando, porque se cansaba. Quiso hacer él sólo la poda de los kiwis en febrero de 2019, se enfadaba si yo quitaba las ramas o cogía las tijeras. Quería hacerlo él a su manera. Utilizaba algunos principios que le había explicado su hermano Alfredo hacía más de diez años, cuando ambos los plantaron y empezó a cuidarlos. La tía Rosalía dice que cometía algunos errores, pero que era imposible que los admitiera. La verdad es que siempre hubo cosecha, algunos años más que otros.

Ese fue el último año que se ocupó de ellos. Cuando en febrero de 2019 había que empezar a podar, me dijo: "Arréglate tú con la poda y el cuidado de los Kiwis". Ya no se veía con fuerza, equilibrio ni habilidad para intentarlo.

Tampoco me quiso dar explicaciones de cómo hacerlo... “Pregunta a Rosalía”. Me informé y vi algunos vídeos sobre poda para atreverme a hacer la tarea. Son árboles agradecidos, porque siguen dando frutos cada año. Aunque Alberto los tiene sentenciados, porque dice que dan mucho trabajo.



El año 2019 fue para Manuel un tiempo de descanso y disfrute tranquilo. Se cuidaba, aún practicaba un buen rato en la bicicleta estática que tenía en su habitación, paseaba por la calle, comía según sus rutinas, disfrutaba de la lectura y la charla con nosotros o con los vecinos.

Estaba pendiente de todo lo que le rodeaba, se ocupaba y se preocupaba por todos. Sabía dónde estábamos, qué hacíamos, preguntaba por las personas o los cambios en las vidas de familiares y conocidos. Cogió la costumbre de “responsar” a todos. Su cerebro estaba al cien por cien.

Alberto le animó a jugar a las cartas para ocupar las tardes en las que ya no trabajaba. Luego, como la tía Rosalía venía a tomar el café, que Manuel preparaba, empezaron las partidas diarias a la brisca con ella. Había jugado ocasionalmente con mamá, cuando ella empezaba a “perder la cabeza..., para que pensara”. Las partidas con la tía eran, y son, muy reñidas e interesantes. Ella se enfada, porque él gana muchas veces. Al terminar, veían la tele un rato y, cuando la tía se iba, preparaba su cena y cenaba. A veces, según el tiempo que hiciese, volvía a salir a pasear otro rato.

Disfrutaba mucho de la vida en familia, especialmente cuando venía sus nietos y bisnietos. Los pequeños, con su alegría, le animaban mucho. Como sabían de su problema de oído, le hablaban a voces “¡Manuel! ¿qué haces?”.



Miriam, la más pequeña, es un poco remolona para comer, pero descubrimos que, si Manuel le daba la comida, no protestaba y empezaba sin protestar. Le gustaba mucho verlos revolotear por todas las viviendas. A ellos les encanta “la casa de Ponferrada” porque tienen mucho espacio para recorrer y hacer múltiples actividades.

En casa de Manuel, hacemos la comida y comemos todos juntos. En mi casa duermen y juegan. En el patio hacen su cocinita, pintan en la terraza de Manoli y juegan a profesores en la pizarra que me había hecho Manuel cuando empecé a dar clases hace más de cuarenta años. En el garaje juegan a los dardos con la diana; en la calle peatonal con los patinetes o las raquetas; y en el cercano patio del colegio, al fútbol o al baloncesto. No me extraña que les cueste dejar Ponferrada cuando tienen que irse.

A Manuel también le gustaba mucho sentarse en el jardín cuando hacía buen tiempo. ¡Si mamá lo viese! Le pidió miles de veces que ordenara el patio que siempre tenía lleno de maderas; incluso trabajaba allí cuando le parecía. Era otro espacio más de carpintería. Pero poco a poco, según él fue dejando los trabajos, yo fui limpiando, recolocando, sembrando o plantando para crear un sencillo espacio verde.

Por fin parecía un jubilado... ¡A los 97 años!



Esta etapa en la vida de Manuel fue la más tranquila porque ya solo se ocupaba de cuidarse y estar bien. Aunque siempre pendiente de los demás. Que si Alberto se engordaba o si no tenía que “embarcarse” en un piso. Que, si Manoli viajaba demasiado, “¡Qué se le perdió en Portugal o Roma o Francia...!”. Que si nosotros íbamos mucho a la finca “¡No trabajes tanto!” Que si Rosalía tenía dificultad para dormir ...

Cuando le preguntábamos por él, siempre decía “¡Estoy amorriñado!”. Una frase que parece simple y no lo es, un firme reflejo de su personalidad. "Amorriñado" para él significa, que esta aburrido, perdido, triste, que tiene morriña y echa de menos otros tiempos, personas y seres queridos; y especialmente lo que más ha marcado su estabilidad física y mental a lo largo de toda su vida, el trabajo.

Comprendía cuando Carlos y yo nos íbamos a Madrid durante casi todo el verano, para ayudar con los niños. O cuando en Navidad teníamos que separar la familia y él, que ya no viajaba, se quedaba en casa con Manoli, a veces también con Alberto.



El último viaje de Manuel, en coche, fue con Alberto en febrero de 2020. Fueron a dar una vuelta por la finca, a saludar a Chus y Paco, mis cuñados; y a ver cómo estaba todo. Aunque yo le insistía que fuese conmigo, que allí estaría mejor, paseando y respirando buen aire, entre los pinos, nunca quiso... “A qué voy a ir”.

Pero con Alberto se animó. Seguro que revisó todos los trabajos que había hecho allí. El pozo, las escaleras, la terraza, el tendejón, el castaño y su banco, las pizarras y vigas que trajo del tejado de la casa de la calle Cervantes, los suelos de madera o de mosaico, la escalera de madera, los muebles de la cocina reutilizados de la primera farmacia de Manoli, la mesa de comer y los escaños... “¡Cuántos trabajos!” “Ahora ya no valgo para nada...”

Teníamos que recordarle la edad y lo bien que estaba, con sus capacidades mentales completas y su capacidad de movimiento. Vendrían tiempos peores.

Empezó a usar de forma sistemática el bastón, más por seguridad que por falta de equilibrio. Además, quería caminar a buen ritmo. Hacía cálculos sobre la velocidad y el tiempo que empleaba, así evaluaba cómo estaba de salud. “Hoy di sólo cuatro vueltas en la calle” “Tardé más tiempo que ayer” “Ya no me atrevo a ir hasta los chinos” “No debo cruzar la calle”.

Charlaba con las personas que se encontraba, y todo mundo se quedaba sorprendido de sus capacidades físicas y mentales. Reconocía a todos, preguntaba por unos y otros, sabía de sus vidas... Más que “cotilla” cómo le decía

Alberto, era sano interés por las personas. Todos le felicitaban y se alegraban por los años tan bien llevados.

De todas formas, procuraba que las charlas fuesen breves. Su dificultad para oír bien la suplía con inteligencia y memoria. Pero aún manifestaba interés por relacionarse con las personas del entorno.



El 14 de marzo del 2020 empezó el confinamiento por la pandemia del COVID 19. Todos tuvimos que encajar una realidad inimaginable un mes antes. Carlos y yo estábamos en la finca el viernes día 13 con Chus, Fidel y Mari, cuando nuestra sobrina Cristina, médico de medicina interna en el Hospital de El Bierzo, nos explicó lo que iba a venir. Al principio no le creíamos y debatimos muchos aspectos de la nueva situación. Cuando “la doctora”, como le llamamos en familia, le dijo a Carlos que tendría que suspender una excursión a París para el domingo día 15, que ya estaba en marcha, empezamos a comprender que la cuestión era importante. La realidad iba a complicarse con una carga de incertidumbre hasta ahora nunca vivida.

Los primeros días las informaciones eran complejas y confusas. Siempre hemos sido de la opinión, de que a Manuel hay que mostrarle la realidad, a ser posible dulcificándola un poco. Le dijimos la verdad que conocíamos. Él, al principio, estaba atento a las noticias de la televisión, aunque poco a poco fue empezando a desinteresarse. Creo que no quería sufrir, y una manera de defenderse fue alejarse de las noticias. Dejamos de pasarle los periódicos, y en la tele buscábamos programas agradables, a ser posible ajenos al COVID. Lo que más le molestó a Manuel fue que suspendiésemos las visitas de la tía Rosalía, por el bien de ambos. Todo era inquietud e incertidumbre en los primeros tiempos de la pandemia.

Como Mari Paz no podía venir a casa, y nosotros teníamos que hacer teletrabajo, nos tuvimos que organizar y

planificar. Manoli, que también teletrabajaba, pasaba a comer con nosotros por el patio interior, creando así una unidad familiar. A primera hora yo utilizaba el ordenador para mandar a mis alumnos los planes de trabajo y las actividades, atender los correos, desarrollar las aulas virtuales de los grupos a los que daba clase... A media mañana le dejaba el ordenador a Carlos para que hiciera lo mismo con sus grupos y clases. Manoli que no podía desarrollar muchas de las tareas que implican su trabajo, se dedicó a hacer limpieza sistemática, ahora sabemos que exagerada, de su piso y de la casa de Manuel. Yo me ocupaba de la comida, y la compra nos la repartíamos, para salir un poco a la calle.

Procuramos tener actividades complementarias, Manoli y Carlos la lectura, yo inicié una rutina de ejercicio físico en casa recorriéndola a marcha rápida, desde las buhardillas hasta el jardín. A Manuel le animamos a mantener sus ejercicios en la bicicleta estática o los pedales mirando la tele. El día 1 de mayo, fiesta de San José Obrero en nuestro barrio, se transmitió la misa por internet, y Manuel la siguió desde mi Tablet. ¡Ya no se sorprendía de nada!

Nos fuimos adaptando a la “nueva realidad” y aceptamos las normas. Nos costó un poco que Manuel comprendiera que no podía salir a pasear a la calle; y, sobre todo, que tenía que poner mascarilla y usar el gel desinfectante. Luego lo aceptó sin problemas, e incluso, cuando se acabó el confinamiento, él y Rosalía jugaban a las cartas con mascarilla. “Por si acaso”

En Junio 2020 fue la última vez que “carpenteó” en su banco, me arregló el “picacho” pequeño, porque se le había salido el mango y lo necesitaba para trabajar en el jardín. Aprovechamos el tiempo de confinamiento para plantar hortalizas en jardineras y mejorar los árboles y arbustos que había en el patio. Manoli me tiño el pelo a cambio de que quitase un arbusto que ocupaba mucho espacio. Tuvimos suerte de tener muchos rincones para movernos.



Más adelante entró varias veces en la carpintería, pero le daba tristeza. Cuando Alberto le preguntaba si podía hacer limpieza y ordenar la madera y las herramientas, siempre daba largas. “Para qué te vas a molestar” le decía, o “Eso es mucho trabajo y te vas a llenar de polvo”.

A finales de junio, cuando terminó el confinamiento volvimos al trabajo. Carlos y yo sólo hasta finales del mes, luego cogimos las vacaciones de verano en la enseñanza y nos fuimos para Majadahonda a cuidar a los nietos, porque Pedro y Cristina no tenían vacaciones hasta mediados de agosto. Mari Paz volvió a trabajar en casa; y Alberto y Manoli se turnaban cuidando a Manuel.

En septiembre de 2020, en plena pandemia, a Manuel le salió una dermatitis en la frente que necesitó cirugía. A lo largo del verano había tenido una infección en la piel, que no le pasaba con la medicación. Manoli le había hecho

fotos para enviársela a su doctora y que la valorase. Le mandaron a Dermatología al hospital, y en octubre le hicieron una operación, con anestesia local, para limpiar la herida, coger muestras para análisis y ponerle varios puntos. Fue un buen paciente, esta vez no se quejó.

Empezamos el nuevo curso 20-21 ya de forma presencial, pero con todas las precauciones. Fue una tarea muy complicada y estresante, preocupados por evitar el contagio y transmitírselo a Manuel. Sabíamos por las noticias cómo este virus afectaba a los mayores. Tanto Manoli como yo o Mari Paz procurábamos llevar siempre la mascarilla en presencia de Manuel, utilizar con frecuencia el gel desinfectante y ventilar la casa, siguiendo los consejos oficiales. Le hacíamos visitas breves pero frecuentes, para ver qué hacía y cómo estaba. Procurábamos no estar más de una persona con él. Nos organizábamos trabajando, saliendo a pasear cuando era posible, leyendo ... Sólo nos juntábamos los cuatro en alguna de las comidas navideñas.



Afortunadamente Manuel fue de los primeros en vacunarse. En febrero de 2021 se puso la primera vacuna del COVID, fue de los primeros, por la edad, justo después de los ancianos de las residencias. También nosotros, Carlos y yo como docentes, y Manoli como sanitaria, nos vacunamos en la primavera del 2021. A pesar de que nos pusimos las dosis de refuerzo, todos, menos Manuel, pasamos la enfermedad; Carlos en enero, yo en febrero y Manoli en mayo del año 2021.

Manuel estuvo muy bien de salud durante la pandemia, ni un catarro. Pero perdió mucha movilidad. El bastón se le hacía imprescindible para caminar, aunque fuese por casa. También perdió capacidad de comunicación, lo notamos cuando la tía Rosalía ya pudo volver a pasar la tarde y jugar a las cartas. Además, notamos que oía peor.

A finales de agosto vinieron a visitarlo los primos Mila y Manolo, antes de irse para Barcelona. Fueron los primeros familiares que se acercaron a ver a Manuel. Como había mucho miedo a los contagios, estuvimos en el patio de charla un rato. Notamos que Manuel se cansaba más que antes con las visitas.



Con el comienzo del nuevo curso parecía que se volvía a la normalidad. Las mascarillas ya no eran necesarias en la vida cotidiana, sólo en centros sanitarios o en transporte público; y a pesar de que aún se hablaba de contagios, las complicaciones del COVID venían asociadas a otras problemáticas. Todo parecía volver a lo que conocíamos.

Pero unos días antes del 18 noviembre 2021, Manuel se quejaba de “problemillas” digestivos. Tomó la decisión de comer menos durante un tiempo. Ese día no había probado bocado desde el desayuno cuando a las seis y media vino la tía Rosalía para tomar el café. Como no había leche en la cocina, Manuel bajó a la despensa del bajo a buscar otra botella. Rosalía miraba la tele, y yo trabajaba en el despacho. Las dos oímos un golpe, pero no le dimos importancia. A los pocos minutos fui a ver si ya estaban tomando el café y Rosalía me dijo que mi padre había bajado a buscar leche, pero que aún no había vuelto. Fui a buscarlo y me lo encontré caído en el suelo del garaje, consciente, pero quejándose de que no podía levantarse. Tan asustado que no tenía fuerza ni para llamarnos. Marqué el 112, y les expliqué la situación. Muy amablemente me dijeron que lo abrigara, pero que no lo moviera dada su edad, mandarían una ambulancia. Conseguí meter bajo su cuerpo unos periódicos, lo tapé con una manta y traje sus semillas calentadas en el microondas. Esperamos casi media hora porque la ambulancia estaba haciendo otro servicio, nos explicaron, cuando Carlos y Manoli llegaron y volvieron a llamar a Emergencias.

Fue la primera vez que estuvo en el hospital dos días mientras le trataron el golpe y las rozaduras en la zona lumbar; y también la gastroenteritis aguda que tenía. En el informe de alta nos propusieron una consulta en Geriátrica, a la que se negó a ir; y el seguimiento con su médico de familia, con el que sí estuvo de acuerdo.

Desde esa caída Manuel no volvió a recuperar las capacidades que tenía. Cogió miedo y no quiso volver a salir a la calle, incluso se negó a salir al balcón con la frecuencia diaria anterior. Su movilidad sufrió mucho, y frases como “Estoy agotado”, “No valgo para nada” “Ahora sí que se acabó el paisano” estaban continuamente en su boca. Aumentaron los episodios de problemas respiratorios, que al tratar con antibióticos le dejaban “machacado” cada vez por más tiempo. Ya no quería ducharse solo y necesitaba que le desvistieran y vistieran. Disminuía su interés por las interacciones con las personas, pues es preciso comunicarse con él sólo con palabras significativas como sustantivos o verbos; y frases cortas y claras, añadiendo gestos o datos del contexto.

El 14 enero de 2022 hicimos la solicitud de ayuda a la dependencia y, seis meses después, nos llegó la resolución con la categorización de grado 2. Optamos por el modelo de Cuidados en el entorno familiar, aunque suponía una aportación económica muy pequeña. Nunca hemos considerado la opción de una residencia por sus capacidades mentales casi intactas, sus dificultades comunicativas y porque casi no da trabajo. Solo precisa vigilancia, atención y cariño en su casa. Fue entonces

cuando empecé a plantearme “en serio” la posibilidad de jubilarme en agosto. Nos pareció que sería mejor que yo me ocupase de atender a Manuel en las primeras horas de la mañana, hasta que viniese Mari Paz. La otra opción, de solicitar una persona por la categoría de dependencia o de forma particular, no era muy oportuna, dadas las características y necesidades de Manuel.

Empezó a insistir en que me ocupase de todos los papeles, el año anterior ya me había dado unas viejas carpetas llenas de documentos, planos y escrituras. Poco a poco revisé los cajones y, como lo guardaba todo, encontré lo que había acumulado en los últimos años. Aparecieron todas las cartillas bancarias desde hacía 30 años; las facturas de la luz, el agua, el gas, el alcantarillado y la basura desde 2016; y lo que más me sorprendió, unos planos de la primera casa de la calle Cervantes. Se los di a los propietarios actuales. Fue una de las primeras tareas que hice al empezar mi tiempo de jubilada.

Mari Paz, a quien cogió mucho cariño, le corta el pelo cuando lo necesita. Cuando le arropa todos los días al llegar, sobre las once y media, él se lo agradece, y si está despierto, le dice “que Dios te lo pague”. Le encantan las natillas que le prepara, en las que van “camuflados” dos huevos para enriquecer su dieta. Ahora, ya no se queja cuando pasa el aspirador, o si la ve limpiando tampoco comenta “limpia sobre limpio”. Lo mejor, son los caldos para sopas de carne o pescado con verduras, que le prepara para varios días, a los que luego añade sémola o tapioca. De segundo plato suele ofrecerle, aunque a veces

no quiera comerlo, algo de la carne o el pescado cocido o una tortilla francesa. Cuando está bien de salud deja los platos especialmente limpios. Hace tiempo hasta repasaba el plato hondo con una miga de pan. Ahora deja las raspas del pescado y los huesos de las tajadas de carne totalmente limpios. No desperdicia nada. Mari Paz está pendiente de sus rutinas y, si tiene que ir fuera de casa, lleva el aparato de escucha por si le llama. No se marcha, de lunes a viernes, si Manuel no está comiendo tranquilo y si no hemos llegado alguna de nosotras.

Los cuidados de la tarde son nuestros. Manoli hasta las cuatro porque come con él. Luego me toca a mi hasta que viene la tía Rosalía o hasta más tarde si no viene. Dormimos la siesta en los sillones de la salita, vemos la tele y leemos los periódicos. Aprovecho para darle charla comentando sucesos presentes o pasados. Le tenemos al tanto de la vida de todos, sólo le evitamos noticias de fallecimientos de vecinos, porque ahondamos en la idea de que casi no queda nadie de su generación. Le facilito la comunicación con gestos, el tono alto y frases sencillas. Utilizo el humor siempre que es posible. Aunque se enfada, “la vida no está para bromas”.

Son pocas las visitas que tiene, tanto por las consecuencias de la pandemia, como por sus dificultades de audición. Pero agradece mucho cuando se interesan por él, o cuando se acercan Eulogia y Antonio; Mari o Pepe de Flores del Sil; Miguel y Blanca que acaban de ser abuelos; Fernando el hijo de la Sra. Encarna de Castañeiras; los vecinos, Charo y Lelo o Josefina y Ramón.



Después de ver Pasapalabra, apaga la tele porque no quiere ver las noticias. Cena un concentrado de proteínas y reza durante más de media hora sus oraciones. Estoy con él hasta que decide acostarse sobre las diez y media. Da unos paseos con su andador por la casa, va al baño, y a veces se quita la dentadura postiza. Le ayudo a

descalzarse, desvestirse y acostarse. Hay que ponerle las bolsas de semillas calientes para que esté confortable. Dejamos el orinal, las zapatillas chanclas y el botón de llamar a su alcance, por si necesita algo durante la noche. Con un “¡Hasta mañana!” cariñoso y sonriente, le dejo; aunque paso una o dos veces a lo largo de la noche para ver cómo está. Como duerme mejor que yo, cuando paso a verlo durante la madrugada, casi siempre está como “un ceporrín”.

Como era muy remolón para ducharse, para Manuel nunca era el momento, tuvimos que sistematizar el baño semanal. Así que, desde hace años, los viernes por la tarde toca ducha y “baño” de crema para el cuerpo. Hasta la caída de noviembre de 2021, se duchaba solo; aunque estábamos en su casa, por si necesitaba algo. Pero desde la caída aumentó mucho su inseguridad; y hay que estar con él en el baño, pendientes, y ayudándole a desvestirse, sentarse en la ducha. Le encanta que le frotes la espalda. Colabora en secarse, ponerse la crema y vestirse, que le es lo más difícil.

Desde hace un año viene a casa una podóloga para cuidarle los pies. Al principio protestó, “Os sobra el dinero”. Se cortaba él las uñas, pero cuando ya no podía, para nosotras era complicado y no queríamos hacerle daño. Así que nuestra podóloga, que trabaja en las residencias de ancianos, viene cada dos meses. Manuel le cogió mucho cariño. Ahora está encantado y la despide “tirándole” besos.

También le tiene mucho afecto a su médica desde hace más de quince años, la dra. Ana Ramos, que también era la doctora de mamá. Ella no tiene ningún problema en venir a casa a verlo cuando pedimos cita, sobre todo desde que es dependiente, porque no puede ir a la consulta en el Centro de Salud. Tiene su medicación asignada, y solo la llamamos cuando tiene fiebre o dolores fuertes. Cada cierto tiempo viene la enfermera, Sandra, para hacerle una analítica, que suele tener mejores resultados que la mía. Hablando con Sandra descubrimos que su abuela es María Santín Cerezales de la casa de Palleiro de Villariños, por tanto, familia lejana de papá.

Tuvo dos crisis de salud a finales del 2022. La primera en agosto con una fuerte infección respiratoria, sospechamos Neumonía, que nos llevó a Urgencias del hospital. Después de la valoración le recetaron un fuerte antibiótico, y aunque le propusieron quedarse en el hospital, él decidió volver a casa. Manoli suspendió su viaje anual de vacaciones y, entre las dos, le atendimos hasta que superó el proceso. Cuatro meses después, a finales de diciembre, se repitieron los mismos síntomas, pero sin fiebre. No hizo falta ir al hospital, y su doctora le diagnosticó y recetó lo mismo que la vez anterior. Como tiene tantos años su cuerpo acusa mucho la tos, las flemas, la falta de apetito, los efectos de los antibióticos... Todo ello hace que, como está acostumbrado a escuchar su cuerpo, se sienta muy débil y se queje mucho. Si le preguntas cómo está, contesta “¡Mal, muy mal, no lo ves!” ... “¡Hay Diosín ...qué será de mí!” ... “Ahora sí que se acabó...”

Cuando lo vemos muy agobiado, le hacemos un “protocolo” que le tranquiliza un poco. Le medimos la fiebre, el nivel de saturación y la tensión, algunas de las variables que mira la enfermera cuando viene. Tenemos que estar más pendientes de él día y noche; y llevamos un cuaderno con las anotaciones de sus cuidados y su medicación. Así Manoli, M. Paz o yo sabemos cómo van las cosas.

Cada vez le cuesta más volver a una situación normalizada, pero vemos que lo va consiguiendo cuando ya no protesta para comer y duerme mejor. Tranquilidad, paciencia, buen humor ... y cariño, mucho cariño.

Ahora todo va a cámara lenta en la vida de Manuel. Es importante que nos mentalicemos y nos adaptemos a su ritmo vital, llenándonos de paciencia. Desde que dice que se va a levantar de la cama hasta que se pone a ello pueden pasar diez minutos. La visita al baño durará más de quince minutos; si es con el aseo, será casi media hora. Las vueltas por el comedor, además de lentas serán sobre diez o doce contadas por él; pero, cuando está enfermo, hará sólo una o dos. También tarda más en comer, en leer los periódicos, en buscar objetos que necesita... Aunque su nivel de comprensión es muy bueno, le cuesta más captar la información, por eso tenemos que repetirle las frases dos o tres veces, hasta que notamos que ya entendió el mensaje.

Suele estar serio, a veces triste; y puntualmente tiene momentos de enfado cuando se descolocan o se cambian cosas o situaciones. Está contento cuando llega la tía

Rosalía para tomar el café y jugar a las cartas; y sobre todo cuando vienen los nietos y biznietos. Especialmente le hacen reír Alberto, que le hace y dice “tonterías”; y Miriam, la pequeña, que es muy cariñosa con él, y es la que más se parece a la abuela Olimpia.



Cuando están en Ponferrada, Nacho y Pedro juegan a las cartas con Manuel. Él está muy orgulloso del bisnieto, porque lo ve muy listo... “¡Qué bien juega Nachín!”.

Martina, la más sensible, a veces pregunta con cierta angustia “¿Manuel es inmortal?”. Aún recuerdan un poco a la abuela Olimpia, menos Miriam, que no la conoció. Les enseñamos fotos y le hablamos de lo cariñosa, lista y buena cocinera que era.

Manuel se siente muy orgullosos de sus nietos, aunque no se lo diga. Tanto de Pedro por su vida responsable y de esfuerzo con su familia y su trabajo, como de Alberto, cómplice en esta última etapa. Los dos están pendientes y vienen a verlo en cuanto pueden.

9.

ENSEÑANZAS

A estas alturas del relato biográfico, ya se habrá reflejado cómo es Manuel. Es difícil priorizar y secuenciar los adjetivos que pueden caracterizar a este hombre luchador y “cabezudo” según palabras de mamá; trabajador infatigable hasta límites exagerados; generoso, amigable y familiar. Siempre mostró un gran coraje, fuerza y tesón en sus proyectos. Vivió todas las etapas de su vida con una gran inteligencia, honradez y curiosidad que engrandecían lo cotidiano. Fue claro y sincero en sus propuestas y relaciones. Lo que también le caracteriza es su nobleza y su gran corazón. Nunca manifestó ni envidias, ni celos, ni rencores.

Como es poco comunicativo y no le gustaba mucho dar explicaciones, tuvo dificultades, más que en las interacciones con las personas, en las relaciones del

trabajo en equipo. “Es muy difícil trabajar con él” reconocieron en muchas ocasiones Alberto, el tío Emilio, Pepe de Flores del Sil, Suso de Villanueva... Sólo los que, como Carlos, el Sr. Felipe o el Sr. Gabriel, que le dejaban dirigir y organizar, podían “ser sus pinches” sin conflictos. Siempre fue muy independiente.

Temperamental, impulsivo y de genio vivo, a veces poco controlado hace que, ocasionalmente, las relaciones cotidianas sean difíciles. Su intolerancia inicial fue transformándose, y ahora, se da cuenta y reconoce cualidades, actitudes y realidades que antes le costaba ver y comprender.

Sus enseñanzas, lo que aprendemos de Manuel, siempre son a través de su ejemplo, de verle vivir y actuar. Es un “hombre de poco hablar y mucho hacer”. No le salen las felicitaciones, los aplausos, los reconocimientos o las muestras de afecto tipo “carantoñas”. Sabemos que nos quiere por su actitud, su generosidad y su preocupación por todos. Ahora nos enseña a tomar la vida con calma, dándote cuenta de lo que ocurre, sin prisas, con conciencia. Parece ser una persona reflejo de las herramientas de carpintero, que ha usado casi toda la vida...

*Cálido, vivo y duradero como la madera.
 Equipado y con buena base como su banco de trabajo.
 Diseñador y matemático con su lápiz y su metro.
 Equilibrado como el nivel o la escuadra.
 Constructor como la sierra, el serrón y el cincel.
 Trabajador como los diferentes martillos o el mazo.
 Planificador y controlador como sus llaves, sargentos, alicates y tenazas.
 Hábil como el destornillador, las limas y las escofinas.
 Un poco desordenado como los cajones de puntas, clavos, tuercas o tornillos.*

Cuando Alberto en el verano del 2022 se puso a hacer la limpieza de la carpintería apareció una cuchara de madera muy antigua, que había hecho cuando era “un rapaz”; un compás de hierro, un nivel hecho por él, un candil de los que usaban en la aldea, un cepillo rascador de la madera usada en los encofrados, una plomada, restos de los tensores del viaducto del Azufre, una llave inglesa antigua... Además, todo tipo de recortes o “sobras” de los materiales usados en las distintas tareas que hacía además de las de carpintería. Manuel ponía persianas; arreglaba goteras; colocaba puertas o ventanas y sus cerraduras; arreglaba y limpiaba chimeneas... Podía hacer la mayor parte de la albañilería y carpintería de una obra, le costaba más la fontanería; y ni le gustaba, ni se atrevía con la electricidad.



Más que síndrome de Diógenes, Manuel tiene un espíritu de acumulación de todo lo que ha usado a lo largo de su dilatada vida, tanto lo relacionado con su vida personal como con su vida profesional. Siempre fue reacio a tirar las cosas. Para nada participa del paradigma actual de usar y tirar.

Olimpia fue la agricultora, porque a Manuel le gustaba poco el trabajo en la huerta. Solo le ayudaba en las tareas de fuerza. Utilizaba el “picacho” para hacer los surcos, o la “forquita” para extender el abono. Cuando el tío Alfredo le propuso plantar unos Kiwis en el patio, al principio, él no estaba de acuerdo. Mamá le convenció, y después, descubrió que le gustaba podarlos, regarlos y recogerlos. Hasta los noventa y siete años se ocupó de ellos.

10.

CABREADO, RESIGNADO, AGRADECIDO

En este último capítulo intentaré reflejar “Cómo está Manuel” camino de los 101 años.

Está tranquilo, serio, lúcido, introvertido y silencioso. Aunque si le preguntas ¿Cómo estás?, sigue contestando “amorriñado”. Su significado con otras palabras sería inactivo, con pocas ilusiones, casi desconectado... y sobre todo poco comunicativo, a veces cabreado, pero agradecido.

Más que inactividad, es que todo va a otro ritmo. Como si fuese a “cámara lenta”. Manuel aún se ocupa de sí mismo, de su aseo, comida y desplazamientos con el andador. Se viste y calza, y se ducha con algo de ayuda. Se maneja bastante bien con las cartas. Puede leer y firmar.

Más que incomunicado, es que tiene menos interés por todo lo que no sea su vida cotidiana y las relaciones familiares cercanas. Además, su pérdida auditiva, en aumento, disminuye las posibles comunicaciones, reduciéndolas a lo básico y necesario. Su entorno es silencioso y tranquilo. Roto de vez en cuando por frases en voz alta; o por la radio o la tele, como sonidos de fondo para los que estamos con él.

Está serio, la mayor parte del tiempo, porque está lúcido, pero no triste. Su cerebro funciona muy bien en todas las capacidades. Es él quién nos recuerda que tiene que tomar la pastilla o que hay que cargar el móvil porque llamará Pedro... su memoria es buena. Controla el calendario, el reloj, las anotaciones bancarias en su libreta... Argumenta cuando le proponemos un cambio que creemos bueno para él; ahora, a veces hace caso. "Tienes que beber más agua" "Hay que levantarse al baño y aprovechar para dar una vuelta por la casa" "No dejes de salir al sol al balcón" y se pone su sombrero ...

Cuando está un tiempo en soledad, parece más introvertido, como cerrado en sí mismo y alejado de la realidad presente. Siempre que podemos, pasamos a su lado para provocar interacciones sencillas como arroparle, preguntarle o contarle algo cotidiano. Ocasionalmente se pone triste y no quiere hablar ni que le hablemos. Somos partidarios de hacerle partícipe de la realidad diaria, sin agobiarle.

Puntualmente también puede estar cabreado. Cuando los recuerdos del pasado le presentan con fuerza todo lo que

proyectó, lo que trabajó, lo que sintió y vivió... las decisiones que tomó, a veces, ahora reconoce poco acertadas ¡Quién sabe lo que pasa por su cabeza! Porque quiere contar poco... “Sólo pienso tonterías”. A veces, pasa del cabreo a una tristeza profunda, incluso con lágrimas, cuando se ve enfermo o incapaz “¡Cuánta lata doy!”. Lo peor es la angustia que notamos que le aparece algunas noches... y dice “Diosín ¿Cuándo te acordarás de mí?” ...que nos parte el alma. En muy raras ocasiones, si se enfada mucho, puede llegar a tirar lo que tiene a mano. Luego ves que te mira con arrepentimiento, como pidiendo disculpas.

Su nivel de resignación va aumentando, según pasa el tiempo. Acepta mejor las circunstancias y se adapta a lo que va surgiendo sea bueno o menos bueno... “Casi no me tengo en pie, ayudadme” ... “Esto es lo que hay” ... “Tenemos una casa cómoda” ... son algunas de sus frases de aceptación tranquila. Incluso, cuando la tía Rosalía no viene a pasar un rato con él, ya no le insiste como hacía antes. Aunque suele preguntarle cuando le llama por teléfono “¿E por qué non viñeches?”.

Sobre todo, es agradecido. “Soy el hombre mejor cuidado de España” suele comentar. Cuando le visitan algún amigo o familiar se esfuerza por atenderles bien, y nos pide que le invitemos a una bebida o unos bombones. Cuando se van, además de agradecérselo, les dice “Esta sí que es una gran visita”.



También es agradecido con nosotros, su familia cercana. Muestra una actitud serena, aceptando cada día mejor lo que le proponemos, porque sabe que es por su bien. Ya no protesta cuando le recomendamos ...beber más agua, comer alimentos con proteínas, caminar por la casa de vez en cuando, seguir las normas de higiene ... Sabe que todos estamos dispuestos, y nos organizamos, para que su tiempo entre nosotros sea tranquilo y lo más feliz posible. Cuando nos pregunta a unos por otros, sólo le preocupa un hecho “¿Están/estáis/está contento?”. También nosotros nos preocupamos y disfrutamos con él. Se lo merece después de toda una vida. Su coraje y energía es nuestro ejemplo para las luchas cotidianas.

Se muestra especialmente agradecido cuando vienen las médicas de familia y las enfermeras a atenderle. Ahora ya no las invita a café como hacía en las primeras ocasiones.

Lo mismo le ocurre con la monjita que ayuda en la parroquia, y que viene a visitarle de vez en cuando, como a otros ancianos del barrio. Después de Navidad trajo un niño Jesús y una pandereta. Manuel estaba encantado y le aplaudía cuando ella se puso a cantarle un Villancico.

A todos les dice al marchar “¡Que Dios te lo pague!”. Muchas veces les manda besos, con un gesto muy personal.

Me sorprende y admira cómo remonta, aunque sea lentamente de las pequeñas crisis por enfermedad. Durante el proceso parece que está al final de su tiempo... pero poco a poco se va recuperando y vuelve a niveles casi iguales a los de antes de caer enfermo.

Manuel, es como el Ave Fénix, aunque su “reseteo” cada vez le cueste un poco más. Cuando hace un tiempo descubrí el Mindfulness, y lo puse en práctica con mis alumnos, me di cuenta de que Manuel también usaba algunas de las rutinas de este modelo de vida.

¡Respira!

¡Piensa sólo en la respiración!


¡Deja que el pensamiento fluya!

¡Observa como piensas y sientes sin analizar!

¡Vive aquí y ahora!



...Se trata de jugar la partida con las cartas que nos han tocado...

A photograph of a dirt path in a forest. The path is covered with fallen brown leaves. The trees are tall and thin, with some green and some yellowing leaves. The lighting is soft, suggesting an overcast day or late afternoon. The text is overlaid on the image in a white, serif font.

*Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás,
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino...*

ANTONIO MACHADO.

AGRADECIMIENTOS

A papá y mamá, por ser nuestros modelos; por enseñarnos lo importante que son el cariño, el trabajo y la honradez.

A mi hermana, compañera imprescindible de vida, por su generosidad y ayuda.

A mi marido, con quien descubro el mundo desde los dieciséis años; pilar básico y optimista en las luchas cotidianas.

A mis hijos y nietos, parte fundamental de mi vida. Por ellos y para ellos hice esta biografía, para que conozcan sus raíces y sigan la cadena de la vida.

A Mari Paz y Montse, por su ayuda en el cuidado de mamá y papá.

A la familia y los amigos, compañeros de camino y de aprendizajes.



Cereixáis

